

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA AMERICANA DIEGO BARROS ARANA

Piso 1	Estante	34	
Tabla 3			
Número del volume	7	13	
Volúmenes de esta	1		
Número de piezas de este volumen			
Obra número		855	

8. Robriguez Mendoza

(OL de Géry)

Dida Mueva...

D'Covela de costumbres sociales

BIBLIOTECA NACIONAL BIBLIOTECA AMERICANA "DIEGO BARROS ARANA"

SANTIAGO DE CHILE
AMPRENTA Y LITOGRAFIA ESMERALDA
30--BANDERA-30
1909

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA AMERICANA
DIEGO BARROS ARANA

Piso 1	Estante	34	
Tabla 3			
Número del volun	nen	13	
Volúmenes de es	ta obra	A	
Número de piezas de este volumen			
Obra número		855	



PIANUS



DE

C. BECHSTEIN

Rönisch, R. Ibach Sohn,

E. Rubinstein. A. Hornig. Pfeiffer UNICOS AJENTES

C. KIRSINGER Y C.A

Bandurrias, Guitarras, Mandolinas

CUERDAS de primera calidad para todos los instrumentos

AAE 5795

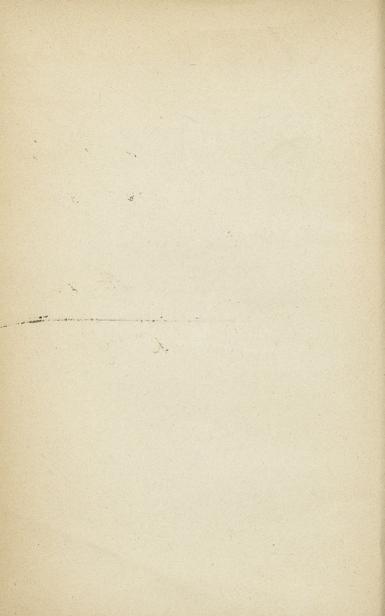
E. Rodriguez Mendoza

(a. de Géry)

Dida Mueva...

BIBLIOTECA NACIONAL BIBLIOTECA AMERICANA "DIEGO BARROS ARANA"

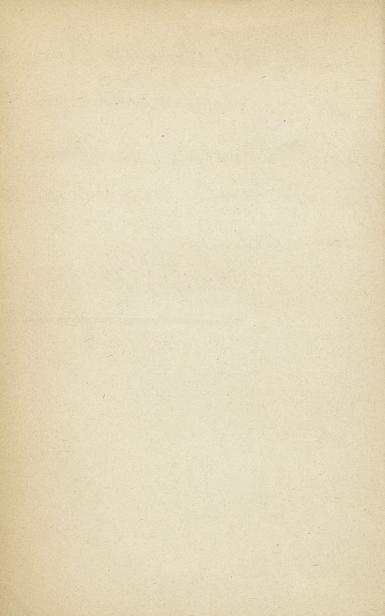
SANTIAGO DE CHILE
Imprenta, Encuadernacion i Litografia Esmeralda
30—BANDERA—30
1902



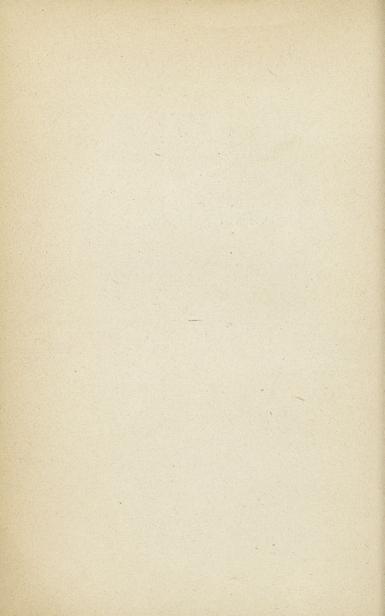
Menor Me Diego Barro, Sama Con la mas respetuson homenages a deser de Rodisatorios o Jimin John esta koveln insperata en hus
A fos amigos con quienes

The estate actual,
empecé mi vida literaria i
de todos los cuales conserva de cariñoso recuerdo. L'Aiston El Autor

Och. de 1913.



PRIMERA PARTE ADIOS A SANTIAGO



VIDA NUEVA

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"DIEGO BARROS ARANA"

I

Faltaban ya mui pocos dias para el viaje i Pedro se decidió, por fin a escribirle a Maria.

«Quisiera verte el mártes a las cuatro. Tenemos que hablar de algo que ojalá solo para mí sea triste. No dejes, pues, de ir. Hasta luego.— Pedro.

—En verdad—pensaba—es esto lo que me duele. I sin embargo, hai que hacerlo porque es inevitable...

I entónces ¿por qué se iba, por qué se alejaba para no verla mas?

Habia que alejarse: veia ya próxima una situacion tristísima i llena de esas angustias i pequeñeces que aplastan.

Era preferible, pues, alejarse, olvidarlo todo para que brotaran a la distancia las canas que hai que ocultar i que teñirse con cosméticos porque vivimos en medio de una farmacia de drogas morales.

Es la eterna vida de pena en pena, en interminable ascension de una escala cada uno de cuyos tramos va perdiéndose mas i mas en la sombra.

—Ahl,—pensaba—esta atmósfera santiaguina, esta vida de hotel, de excesos, de farsa, produce el desequilibrio, los espejismos, la neurastenia—este nombre nuevo con que las clínicas han bautizado al dolor, a la pena, a la dignidad que se subleva.

Sí, era necesario, alejarse en busca de tranquilidad i de calma.

Su espíritu estaba cansado, rendido por esta lucha interminable i que jamas concluye, en que nos mantiene la falsedad de situaciones, este ahogo moral que lleva poco a poco a la asfixia de sentimientos, afectos e iniciativas.

—Pobre jeneracion la mia—pensaba; jeneracion sin ideales, vieja, sin fuerzas para el trabajo honrado; dominada por el exhibicionismo, prisionero bajo el frac; torpe, envenenada por la miseria dorada en que vive! Hija desdichada de una educacion i un medio en que todo marcha estraviado, sin rumbo o enmascarado.

Monologaba en silencio:

- —Dispersada por la vida, encontrábase solo de tarde en tarde.
- —Qué somos, qué soi—continuaba, mortificado en lo mas íntimo de su ser de fracazado de la vida, de hombre que nada ha hecho, que hojea i hojea cansadamente un libro en blanco.
- —I para qué pensar en todo esto! ¿No ha ido infiltrándose poco a poco en nosotros un egoismo jeneral, que despues de destruir el concepto del bien por los demas, del trabajo verdadero, del esfuerzo honrado, destruye poco a poco hasta el hogar, hasta el concepto de la familia, que llega así a perturbarse, a vivir sin otros vínculos que los que impone el qué dirán de los demas i no el propio?

Seguia monologando:

—I qué educacion es esa que no nos ha enseñado a vivir en nuestro medio, tratando de mejorarlo, sin salir de él, sin saltar a otro; que tampoco nos ha enseñado a despreciar las imposiciones morales de esa moda cuyas víctimas viven en perpétuo sacrificio, en perpétuo bastidor, en viaje perpétuo del meson elegante, del teatro—que solo moraliza cuando se ocupa en él el asiento que sin esfuerzo puede pagarse del amor comprado, del club, del sport i del tapete a la mentira, al espediente, al garito, grande o pequeño.

Jeneraciones hijas de una tierra jóven, dispuesta a darlo todo al esfuerzo, vivís, sin embargo, a los piés de lo que se alza, de lo que aplasta, de lo que deprime: sea poder, banca o dinero de monte de piedad o de amargura. Se diria que se educa para pordioseros de guantes blancos, levita gris, baston con puño cincelado. I dónde está nuestra accion, nuestro esfuerzo; nuestras obras, nuestra pluma, nuestros libros, nuestras cátedras, nuestro surco, llámese escuela, hogar, hijos!...

Golpeaba su mesa como desde una tribuna:
—Ah! ensayo un discurso de ateneo—pensó sonriendose.

—Vivimos agotados i agotando, sin derecho a hogar, es decir a amor, a tener hijos en los cuales perpetuar los sentimientos, la idea que nosotros no realizamos; los instintos nobles, las pasiones que pudiera desarrollar el trabajo, el estudio, el libro en que se inclinó fatigada para siempre la cabeza venerable del padre. Sin derecho a nada porque no puede arrojarse una semilla que, nacida i ya en el surco, no ha de tener aire que la mezca, luz que la dore, agua

que, convertida en sávia, circule por sus fibras. ¡Pobre descendencia sumisa, educada en la escuela de la miseria moral con todas sus derivaciones atávicas! ¡Raza no manumitida que se llama libre; sin espansiones ni iniciativas.

Sus cigarrillos, fumados sin cesar en sus momentos de exaltacion, hacian vibrar intensamente los nervios de aquel tipo raro, convertido de súbito en apóstol i, lo que es mas curioso, en apóstol que decia no pocas verdades.

—Sí, hai que concluir con está clase de vida—repitió arrojando su cigarrillo.

Hostigado por la capital, tan cruel con él, queria lo práctico, lo útil; el campo, el surco, la tierra en plena maternidad de flores i de perfumes; el rocio que empapa las uñas de la bestia que se aleja de la mediagua, del corredor de vieja arqueria: de la casa del padre con sus rejas de barrotes asaltados por los suspiros i las madre-selvas.

Tomó un papel que habia sobre la mesa. Era la trascripcion del decreto en que se le aceptaba la renuncia de su empleo.

Una última retencion judicial de su sueldo con que hacia milagros para simular entradas de que carecia, habia concluido por determinar a *Usia*, como él llamaba al Director Jeneral «del ramo,» a pedirle su renuncia «indeclinable», cuya verdadera causa se le habia prometido que pasaria en silencio.

—Bien—dijo—haciendo pedazos ese papel.—

Una brisa de primavera despejaba en ese instante las nubes de su pecho.

Sentia algo sano i fresco dentro de su corazon, siempre propenso a escaparse hácia la pena i el dolor cual un malhechor que al ver el sol se fuga al oscuro interior de su celda.

Sus ojos, sus labios, todo su ser sonreia, por fin, en plácida ascension a la cumbre desde la cual divísase el sol que se levanta como el cáliz de oro entre un altar de nubes.

La inconciencia, el olvido momentárico de su situacion, sustrayéndolo de la realidad que lo rodeaba, colocábalo ya en la casa lejana, aplastada bajo las tejas viejísimas que, despues de la helada de la noche, vagueaban al sol de la mañana.

Cerró los ojos, se echó atras en su silla, sujestionado por completo i, como si en realidad fuera llegando por primera vez a la casa de campo, sintió el mismo frio que se percibe al entrar a una habitacion largo tiempo abandonada. Un panorama espléndido, una mañana transparente estendíase a su vista, infantilmente curiosa, ávida de mirar, de adormecerse en la infinita armonia de aquella tonalidad embriagadora, ámplia, en que sentia el aire matutino en su paso matinal por la yerba, bajo las ramas preñadas de yemas.

Ah! qué diverso era eso a las noches de la capital, marchitantes, indecisas como la luz de las madrugadas de invierno.

Adormecíase ante el kaleidoscopio de paisajes i escenas de campo que sucedíanse con esa estraña lójica de los semisueños.

Luego, púsose de pié, se acercó a la ventana, corrió una de las sombrillas i miró hacia la calle mojada por la garúa finísima que caia del cielo, cubierto por un manto empapado.

El reloj de la torre de los Capuchinos dió las dos.

Afirmó la frente en los vidrios i se quedó observando el paisaje de aquel dia lamentable, intensamente frio, dia de nubes oscuras, inmóviles que todo lo ennegrecian.

Se diria que sobre el azul se habia estendido el lodo que encharcaba la calle. Los rumores, los sonidos lejanos parecian un estremecimiento mas de la miseria que pasa encorvada, rotoza, hambrienta, de prisa en busca de un rincon, de un rescoldo o de un trapo que la caliente.

Entre la bruma azulada, violácea que cerraba el horizonte, ostentábase el Santa Lucia con su mirada solitaria en que se habia sentado tantas veces con Maria.

Un sobresalto repentino movióse en su pecho.

«Maria» escribió en los cristales de la ventana, empañados por la bruma i por su aliento.

I el nombre de la mujer, próxima a ser abandonada, fué borrándose poco a poco.

-- Acaso desaparecerá de igual modo de mi memoria-- pensó.

Una tristeza profunda, una amargura inconsolable le oprimia sin piedad.

-Ah, no podré olvidarla nunca.

¡Cuántos dias de su vida habrian sido insoportables sin ella!

Recordó el principio de sus relaciones casi románticas; las locuras, las horas llenas de besos.

¡Cuántas penas olvidadas por las caricias de aquel cuerpo que los años empezaban a abandonar.

Con la vista inmóvil, fija en la negrura del

barro, adormecíase, huia de si mismo hácia los dias lejanos a los cuales iba a poner término definitivo *la vida nueva*, el olvido con que venia soñando desde tanto tiempo.

Pasaba una que otra persona por la calle casi agreste, solitaria, de murallas humedecidas i de aceras matizadas por la yerba que crecia libremente entre las piedras.

Los escasos transeuntes deslizábanse presurosos, corrian al escuchar el asustado campanilleo de algun tranvia que se acercaba.

Luego la calle tornaba a quedar en silencio, sumida en calma hasta que escuchábanse de nuevo los pasos de alguien que seguia doblado por el frio.

Sentíanse de tarde en tarde las voces entumecidas i sin inflexiones, de vendedores ambulantes.

La bruma i la garúa, en progresivo aumento, convertíanse en sombra i en lluvia i concluian por dejar, perceptible apenas, sin color, oscurecida e imponente, la masa lejana del Santa Lucia.

¡Cuántas veces, no habia estado junto a ella, sin pensar en la separacion!

La historia de dos años desfilaba dolorosa-

mente escena a escena entre la atmósfera yerta de esa mañana que le oprimia el alma, aguzando su sensibilidad, mas que nunca viva i palpitante ante la separacion i la despedida.

—Me abandonarás alguna vez?—le habia preguntado ella la víspera, asaltada seguramente por algun presentimiento.—Dímelo—habia repetido.

I tomándolo con ambas manos se lo habia acercado a sus ojos llorosos de los cuales rodaban las lágrimas:

- -Ah, nuncal
- —De veras?
- -Sí, de veras.

Dejábase invadir por la dulzura de los recuerdos.

El dia parecia que iba a abrir, por fin, disipando la oscuridad que hacia de él un intermedio entre las sombras i la luz.

Empezó su lijera toilette.

Una sensacion indefinible, una fuga constante hácia el pasado, recordábanle el principio de esos amores, de esa amistad salvadora que iba a concluir.

Acarició entre las manos un poco de agua de Colonia e involuntariamente sus ojos se fijaron en un frasco de esencia, vacio ya, que ella le habia obsequiado i que él tenia el capricho de conservar.

Frotó sus manos i las argollas de sus dedos al chocar modularon un nuevo eco del pasado.

-- Tendré que devolverle una de estas argollas-pensó.

Por fin se dispuso a salir i, como siempre, cuando se anda en algun sitio que luego ha de abandonarse, dió una mirada en rededor de la pieza en cuyo desbarajuste adivinábase el desórden i las irregularidades de su vida.

Sobre la mesa, en las sillas i en el velador, amontonábanse los libros en cuyas pájinas aparecian notas i observaciones, mezcla de cinismo i de filosofia de club, en que no era difícil descubrir el espíritu i las tendencias tan peculiares del vividor pesimista i sin afecciones.

Ansioso de estar solo, lleno de reproches amargos para consigo mismo, encerrábase en esa pieza entregándose por completo a la vida interior.

I qué podia haberlo cambiado así? ¿Seria esa comedia perpétua a que tenia que sometesse para poder vivir en un medio que habia juzgado como la única ayuda para hacer el camino en la vida?

¡La única ayuda! .

I ese mismo medio, sin embargo, habia llegado a transformarlo por completo!

I era de él la culpa de haber visto i conocido todo eso? Nó, no puede ser seguramente del que entra sin conocer el remolino que ha de tragárselo, la corriente que ha de envolverlo!

Abrió un libro en que habia escrito esta observacion: en la sociedad, con frecuencia casi constante, se pierde, se hunde, se ciega i confúndese en la culpabilidad comun el que se acerca a esplorar, a ver, a servirse de los demas!

Embarcábase de nuevo en un laberinto de ideas confusas e inconcretables.

—En efecto, —prosiguió pensando—al salir, si sale ese que ha ido a esplorar i a ver, participa ya de los mismos vicios i purulencias que iba a esplorar. Entra para llegar arriba, para servirse de los demas i luego se malea, se infecta, cae...

Pero él, en cambio, salia, libertábase de esemundo en que habia vivido, que nada le habia dado despojándolo de su modo de ser, de su bondad, de sus anhelos de ser útil i bueno; de ser siquiera algo en la vida.

—Vida nueva... nueva! —repetia, suspirando ruidosamente, como sintiendo que con la flexion muscular de su pecho las espinas caian a millares, dejándolo libre, ájil i sano.

—Sí,—insistia—hai que distanciarse, mirar de lejos, escapar de este Santiago pequeño i que nada hace, perpétuo peregrino en un barrillo negro, como el que hace la bruma, i en el cual mézclanse las flores con los menues de hotel, los carnets con los encajes, los azahares con las cuentas i los naipes; las corbatas blancas con los dogales.

-Huyamos! -repetia.

I miraba de nuevo la pared llena de retratos en que estaban escritas las mentiras, las puñaladas, las traiciones de diez años de vida al fin de los cuales sentia el peso de todas sus penas, de todas las vergüenzas, de todos sus fracasos.

—Ahl Rastignac, aquel héroe de Balzac—murmuró—va a volver derrotado i oscurecido a su provincia.

I su imajinacion, sobreexcitada de nuevo, se detuvo identificándose con el héroe de la célebre novela de *La Comedia Humana*. (*)

Le pareció contemplar a Rastignac como el

^(*) El Papá Goriot.

dia del entierro de Papá Goriot, de pié en el cementerio, divisando a lo lejos a Paris sumido en el crepúsculo muriente.

—Ese Rastignac es universal, tanto de aquí como de Paris! Como puede pedirse entonces—continuaba—que se hagan tipos esclusivamente nuestros, con una estructura moral diferente a los demas!

Rastignac!—repitió aun, mesándose el bigote en que aparecian algunas canas—anda, corre a esconderte en tu provincia, en «Lo Ocampo», en el fundo que acabas de hipotecar para pagar tus deudas de la capital. Te vas con la vergüenza de no haber hecho nada, de no ser nada, a no ser un miserable. Vuélvete en el mismo carro de segunda en que llegaste a Santiago, los amigos tendrian un detalle mas de que reirsel... Si pudiera legarles mi historia, escrita al respaldo de todos esos retratos, de esas cartas, de esas invitaciones i de las cuentas que ha habido que pagar antes de la partida!

El reloj dió las cuatro.

Habia llegado el dia mártes, el de la cita con Maria.

Un hiele intenso, acaso la misma bruma del tiempo que continuaba nublado, con un rayo de sol, le oprimió de nuevo el corazon.

Era ese adios, ya próximo, lo único que lo mortificaba reteniéndolo aun en la ciudad, mirada con lástima i repugnancia.

Solo ella habia sido buena con él i sentíase por esto lastimado por la idea de dejarla, sabiendo que su recuerdo habia de persistir a la separacion.

Se encaminó resueltamente hácia el sitio en que se habian visto tantas veces.

—Es necesario—pensaba—que ella me espere ya cuando yo llegue. No tendria valor para estar solo en esa pieza a que ya no he de volver.

Maria no habia llegado.

Pedro miró el reloj que acababa de marcar las cuatro.

Hubiera querido huir, alejarse, esperarla fuera. Pero esa estraña sujestion que nos obliga a mirar, a palpar las cosas que nos han acompañado i hemos querido, le retuvo dulcemente i, agobiado por la pena, se dejó caer en la vieja chaisse longe, la chaisse longe de todas las novelas, en que ella se sentaria luego a su lado.

La soledad invadia la modesta pieza i hasta los menores movimientos producian un eco estraño, hueco, como los rozamientos de un ataud al deslizarse frotando las paredes del nicho.

Todo estaba en su sitio, lo mismo que siempre, lo mismo que todos los dias: la mesa de centro cubierta con una carpeta tejida por ella; encima el reloj de nikel respiraba fatigosamente su tic-tac monótono que repercutia difundiéndose en el vacio; el pequeño tocador cuyo espejo no lo volveria a ver i en el cual ella se miraba sonriente, diciendo que iba poniéndose vieja...

Algo le anudaba la garganta, nublándole los ojos.

Ah! aquellos dias en que ella se inclinaba para besarlo i decirle que ese espejo se empañaba. Pedro empezó a pasearse con las manos a la espalda, deteniéndose ante los objetos para mirarlos de nuevo.

Entreabrió la ventana frente a la cual florecia en primavera una acacia que se cubria de hojas, viviendo rodeada de perfumes hasta que caia su último racimo de flores blancas.

La callejuela estaba desierta i, a la distancia, los niños del barrio cantaban la cancion de Mambrum.

El dia se habia hecho mas negro.

Al volver al centro de la pieza se fijó en un retrato de Maria colgado cerca del lecho.

Él le habia pedido una fotografia porque queria tenerla siempre para mirarla i besarla.

Ella se resistió,

—Acaso crees que pueda mostrarla? le pre-

guntó él.

I un dia, al entrar, se sorprendió al ver la hermosa tarjeta en que se ostentaba sonriendo, con la cabeza inclinada, mirándose el ramo de flores, prendido al borde del escote.

Los pequeños cuadros miraban asustados como si supieran que tambien saldrian mui luego de aquella pieza en que habian sido colgados entre risas i bromas, el dia de la instalación de la garçoniere, del nido...

Quiso sentarse, no pensar, no oir el lenguaje de aquellas cosas; pero no podia resistir el deseo incontenible de mirar, de abrir los cajones, de ver por última vez todo aquello de que ya iba a separarse.

Sobre el velador, entre los libros, habia un ramo de violetas, olvidadas despues de alguna cita seguramente.

Abrió un ejemplar de los *Pequeños Poemas* de Campoamor i cayó un papel. Era una carta de Pedro.

«Ven—le decia—. No podria pasar sin verte hoi. Busca cualquier pretesto, pero ven. Deseo conversar mucho contigo.»

Abrió otro cajon i encontró unos guantes ajados, cartas, frascos vacios de esencias desvanecidas.

Invadíalo una pena infinita, embriagándolo en la atmósfera que rodea las cosas ya idas, muertas, pero que parecen conservar aun el alma estenuada de algun perfume, de algun recuerdo.

Cojió un puñado de flores que una noche de teatro ella habia llevado en el peinado.

Esa misma noche él se encontraba en uno de esos conflictos en que se hallan los mozos que hacian su vida. Ella pareció comprenderlo en una mirada fugaz de sus grandes ojos, que jamas lanzaban ni una queja ni un reproehe i que, sin embargo, todo lo adivinaban i todo lo comprendian.

Se acarició sus flores i, mirándolo de nuevo, quiso decirle «son para tí.»...

Se sintió el ruido de un coche. Debia ser Maria

En efecto, un instante despues un golpe mui leve resonó en la puerta.

—Dios mio, es ella!—murmuró Pedro, poniéndose ámbas manos sobre el pecho para aplastar su corazon hecho pedazos.

Se encaminó a abrir.

- —Llego un poco tarde ¿no es cierto? Pero solo hace un momento que he recibido tu carta.
- —I sin embargo, la eché al correo hace dos dias.

Hablaba tercamente; su voz no hallaba inflexiones, salia ríjida i seca, temerosa de verse apagada por el llanto.

- -Siéntate aquí, a mi lado-le dijo.
- —Pero primero es necesario que sepa qué te pasa.

I se sentó a su lado i acercó la cara para que la besara.

-Sácate ese velo-le dijo Pedro.

El velo cayó al suelo i ella le acercó sus labios sonrientes.

La abrazó i, aplastando con la cabeza las flores de su seno, se quedó en silencio.

-Lo de siempre, seguramente-dijo ella.-Algun nuevo compromiso ... - I me has prometido ser otro hombre!... ¡Lo has olvidado! ... Me lo prometiste desde el dia aquel... Al separarnos esa tarde, en la noche, pensando en tí, escribí tu promesa para recordártela despues... Déjame que te haga este reproche. Llego a esa edad--me dijistes-en que ya se sabe que nuestro único amigo sincero puede ser alguna mujer que nos quiera .. Te creí... Todas las mujeres creen lo mismo...Pero no tengo esa mujercontinuaste-i, sin embargo, una amistad asi me salvaria... Conozco la vidal... Te escuchaba asustada. Me parecias un loco, pero un loco que me atraia con sus cosas tan raras. ¡Seré otro hombre!.. ¿Te acuerdas? Soi un niño - repetias - i necesito que me manden, que me digan lo que he de hacer, sí lo que he de hacer. Ah!...Me sentia halagada con la idea de influir en tu vida, de hacerte bueno. Me he engañado. Soi tu víctima i tú continúas siendo el mismo, la misma vida, el mismo olvido de todo...

¡Piensa en lo que pasaria por mi cuando me contaron que al final de una comida en el hotel, casi borracho, hacias la historia de nuestras relaciones! Pobre Pedro! Sé franco i díme lo que te pasa...

I levantando la cabeza del caido, lo besó en los ojos.

—Te pones triste?...Lloro yo por tí i por mí, que no podria abandonarte nunca, apesar de que te veo cada dia mas caido, mas cerca... del barro—murmuró a su oido.

Le acariciaba la frente.

—Vida nueva, me dijiste besándome, porque para que tu te levantaras era necesario que yo cayera. Van dos años. Es necesario que te cuente. ¿Crees que tienes amigos? Oye. Hablaban de cierta juventud delante de mí. Dieron tus señas. Sin nombrarte, hicieron tu retrato.—Luego no se le podrá recibir en ninguna parte—decia la Luz Echagüe. I me miraba, reprochándome el que tuviera un amante, ella que ha tenido cuatro, cinco... Habria arrancado sin despedirme. Continuaban diciendo que ibas noche a noche a los clubs perseguidos por la policia, donde se hace trampas en el juego.

-Infames! esclamó Pedro. Hace muchos me-

ses que no juego i aunque jugara ¡con qué derecho pueden hablar ellos que dejan hasta los anteojos de teatro en los garitos! Ni doña Luz cuya correspondencia es conocida por medio Santiago.

-Canallas!-repitió-Nómbramelos!

—No los recuerdo... Ni creí tal cosa de mi pobre Pedro; pero en la noche te divisé en el teatro, inmóvil, triste i aquí me tienes por si de algo puedo servirte...

Le buscó la cartera.

-Me insultasl-dijo Pedro-Me calumnian i tu crees esas calumnias. Falta algo a mi alrededor; me abandonan... Sabes que hace dos meses gané unos cuantos miles de pesos. Se han concluido. Ademas, he renunciado a mi empleo. Sin embargo, todo ha cambiado. Estoi en vísperas de recibir el fundo de mi padre, pero eso es santo. Me voi, me siento enfermo... - Del alma...-Mírame, parezco un enfermo. ¡Dolores, remordimientos!...I quién sabe cuántas cosas mas! ¡Qué he hecho en diez años! Romper todos los vinculos, cambiar en un miserable al pobre muchacho que la Providencia echó en el carro de segunda en que habia de llegar a la capital. Se diria que ese aturdimiento continúa todavia. Pero todo va a concluir... No te admires del estilo un poco teatral: todo va a terminar.

-Qué quieres decir?...

-Tén paciencia i escúchame. Te escribí diciéndote que teniamos que hablar ¿no es cierto? Al verme, creiste que era algun nuevo compromiso lo que me entristecia. Sin embargo, lo que siento es algo mas sano i mas santo: la necesidad de redencion, de vida nueva, de metamórfosis completa. Creí desfallecer al verte entrar. Pensé que no podria separarme de ti.-No puedes dejarla: recuerda que ha sido demasiado buena contigo -me decia. Pero tú. atribuvendo mi tristeza a algun nuevo estravio, empezaste a hablarme de mi vida pasada, mostrándome el abismo, las humillaciones por venir. Robustecias así mi resolucion de huir, de alejarme para siempre de Santiago, de hacer de nuevo mis años de la capital de donde voi a partir, sin otro recuerdo que el tuyo. Sabes que no te engaño. Me siento abrumado, pero lleno de fuerzas para comenzar de nuevo. Voi a dejarte, es necesario.

-Está bien-dijo ella separándose.

Ambos quedaron en silencio.

—Tu confias en mí, sabes que no todo está perdido, que todavia puedo ser otro; transformarme, ser digno de tí que me has detenido en mis ímpetus de olvidarme de todo. Es santo lo que va a separarnos.

—Pero es cierto lo que dices? ¿No me engañas como siempre?

—Ah, es mi corazon que renace el que te habla, el que te pide estas dos cosas, nada mas: que me perdones i que me olvides. Esta es la ocasion en que puedo alejarme. Si la pierdo, si la dejo pasar, estoi perdido. He caido i quiero levantarme i huir sin escándalo. He hipotecado el fundo de mi familia i con el producto, he liquidado mis compromisos. Solo siento la amargura de dejarte. Yo, a ser otro; tu a tenerme lástima, a olvidarme, a no recordar que me has visto, a rezar por el que se aleja.

-Ah! i crées que eso es posible?...

Pedro sintió un escalofrio, un exceso de dolor. A lo lejos sonaban las campanas con el toque de la oracion.

Se sintió desfallecer; se olvidó de todo; sus promesas, sus propósitos rodaban junto con sus lágrimas, envueltos en el eco de las campanas.

Estaban rotas todas las ligaduras i las afecciones. Pero en ese instante de pena suprema, an te la pregunta de «cuándo te vas,» desfallecia

de nuevo, sintiéndose abrumado, sin fuerzas para soltarse de esa mujer que queria salvarlo, pero sin dejarlo, reteniéndolo en Santiago.

—Díme cuándo te vas—repitió ella, conociendo el mal que hacia en ese corazon enfermo.—Hai que sacar algunas de estas cosas—agregó, mirando a su alrededor.

Llegaba el asalto final del mas horrible dolor.

—Díme que no parta i te obedeceré; pero no me hables así.

Pero la mujer que habria concluido por rechazar a aquel pobre náufrago, tampoco se sentia con fuerzas para quedar sola en el momento en que Pedro, asustado ante sus años en escombros, buscaba con los ojos llenos de lágrimas una senda nueva que seguir.

Habló de nuevo:

—I para hacer otra vida es necesario que me dejes, como si fuera yo la responsable de tus estravios?

Pedro le tomó las manos i, al notar que le faltaban sus anillos, se estremeció. — ¡Era el primer albor, el primer vajido de su redencion!

-Te los devuelvo...

Sacó de su cartera una sortija de brillantes i se la puso el mismo.

- Es cierto que me abandonas!-dijo ella sonriéndose.
 - -Perdóname.
 - -Sí, te perdono.

Bajó la cabeza.

Pero el esfuerzo que hacia para contener las lágrimas era demasiado irresistible i, ocultando la cabeza en la *chaisse longe* en cuyo respaldo se habia derramado tantas veces su cabellera rubia, rompió a llorar.

-Sí, Pedro, adios, te perdono.

Las lágrimas, buscando las redondeces de su cara, fluian a sus labios, impidiéndole hablar.

—Te perdono; comprendo que esto es inevitable i que tenia que venir, hoi o mañana, pero que venir al fin. Acaso temes que se vayan demasiado pronto los restos de juventud que yo reservaba para tí.

I acercando su cabeza al rostro frio de Pedro, impasible de dolor, se abrazó a su cuello, deshecha en lágrimas.

-Andate, ándate-le decia.

Un jemido sordo, las ondas de una amargura vibrante, salian palpitando de sus labios entreabiertos.

Lo besaba en los ojos, en los bigotes, que la vida de la capital empezaba a teñir de blanco.

¡Besos únicos en la vida, besos fúnebres, besos de adios,—intermedio entre la pasion i lo que se acaba i lo que muere!

—¡Pero cómo puede ser que no nos volvamos a ver! – dijo Maria.

Una idea fugaz cruzó por la mente de Pedro: decirle que se verian de nuevo i partir a escondidas.

Pero eso habria sido traicionarla, fugarse como un malvado.

—Díme que me perdonas, que no me odias, que volverás a nombrarme i a recordarme.

Pedrol—balbuceó ella, lenta i dolorosamente. Sus rizos le caian sobre los ojos enrojecidos por el llanto. Se cubria la cara con las manos sollozando sin cesar.

- -Andate, por Dios, aléjate...
- —No, rodaré, caeré de nuevo; pero para no levantarme ya mas.

Le tomó las manos:

- —Óyeme: no puedo marcharme porque no puedo dejarte.
- -No, ándate, déjame aquí, yo cerraré al salir...

I esa frase vulgar, horrible en su desnudez, en su hielo de tumba, le hizo temblar:

-«Yo cerrarė.»...

-Me matas!—le dijo—oprimiéndola entre sus brazos, sintiendo el hielo de sus facciones i la tibieza de sus lágrimas.

—Te ruego que te vayas—murmuró ella i, cayendo de radillas, se abrazó a sus piernas.

El eco de las campanas, el adios al dia, temlaba otra vez a lo lejos.

Aquella escena no podia prolongarse ya mas.

-Adios-le dijo, levantándola.

La sentó casi desvanecida.

—Adios!—repitió cubriéndose la cara con el pañuelo.

Al alejarse, sintió un roce brusco i pesado: era Maria que caia de bruces sobre la chaisse longe.

No habria tenido valor para volver; pero al salir, miró de nuevo hácia atras, a la pieza oscura como el interior de una tumba.

La puerta crujió, produciendo un ruido estraño al apretarse.

La calle estaba en silencio.

Las luces de los faroles perdíanse en la perspectiva oscura en que se divisaban a la distancia las pupilas rojas de un coche de alquiler. —Serán las siete — murmuró maquinalmente. Se detuvo fatigado, El corazon le saltaba con fuerza estraordinaria.

Las manos le temblaban i un frio intenso le hizo subirse el cuello.

Mientras tanto, Maria, sumida en su dolor, continuaba como aletargada. De pronto, recuerdos del pasado asaltaron su imajinacion.

Una noche tal como esa en que le habia pretestado a su marido que comeria en casa de una amiga, tuvo el capricho de ponerse su sobretodo.

Caminaron a pié, tomados del brazo, mui juntos, estrechándose, i ella se reia como una chiquilla, mirando la sombra que se proyectaba tras ellos en la pared.

Siguieron así hasta el pié del Santa Lucia en uno de cuyos comedores, semi-misteriosos, comieron de incógnitos.

De trecho en trecho, juntaban fugazmente sus labios sonrientes i en los sitios en que era mas escasa la luz, se detenian para besarse i seguir luego riéndose de la aventura.

—Qué locura! — habia repetido estrechándolo.

Pedro continuaba de pié, con la vista inmo-

vilizada por los recuerdos que pasaban en tropel, unos tras otros, como observando esa puerta cerrada, muda que la oscuridad de la noche hacia mas negra i de la cual parecia surjir de nuevo la figura de Maria, llegando asustada a las citas de otro tiempo.

Se afirmó en la pared, sin poder alejarse.

Un viento frio, viento de tempestad, que silbaba en los alambres de los teléfonos, traia briznas de lluvia hasta su rostro conjestionado por la fiebre.

Hubiera querido que lloviera a mares para empaparse, para caer en el lodo i en los charcos; para verse cubierto por ese barro que todos escupen, que todos pisan; negro, abyecto, que el pobre, el miserable no se sacan jamas i de que solo la jente decente se preocupa haciendo de las manchas cuestion de escobilla...

El ruido del Mapocho, crecido, deslizándose furioso, cercado en su lecho de piedras, llegaba hasta él aterrándolo con su voz amenazante, ronca como una maldicion, como un rujido sin término, escapado de una garganta formidable.

¡Quién sabe si no seria mejor que esa corriente negra lo arastrara para siempre confundiéndolo entre sus ondas con los despojos de la miseria i

¡Un suspiro, el ¡ail de un segundo de terror, vencido por la necesidad de castigo i de paz eternal... I en seguida, desprenderse de los arcos ríjidos sobre el abismo inasible; rodar como un despojo hecho trizas, sin detenerse, golpeado sin cesar por las ondas de la corriente que se arrastra, murmurando imprecaciones bajo los puentes que la separan de la ciudad, distante i que no oye su voz...

Si, eso seria mejor que una resurreccion tardia que empezaba bañando en lágrimas al único ser que realmente habia querido salvar su juventud.

I si al fin esa vida nueva era imposible? ¿No habria llegado acaso hasta el corazon, hasta el alma, ese barro de las calles, acariciado por la lluvia, como la flor por el rocio?

Llovia de traves con fuerza inusitada.

—No me moveré de aquí—murmuró. Necesito divisarla por última vez, sentir el ruido de sus pasos; de esa puerta al apretarse tras ella.

A corta distancia, se habia detenido un carruaje en demanda de pasajeros.

Espérate—le dijo Pedro al cochero.

En ese instante sintióse una puerta que se apretaba i luego se proyectó a la distancia la silueta de una mujer elegante, tan característica e inequivocable para un hombre de mundo. Era Maria.

—Mira—le dijo Pedro al cochero.—Acércate a esa señora, pero sin decirle que te han mandado. Anda.

¡Postrera galanteria!

Partió el carruaje i, un momento despues, volvia sobre sus pasos, fugazmente, sin que Pedro alcanzara a distinguir otra cosa que una sombra, algo mui ténue en su interior.

Ya nada le retenia ahí i siguió andando lentamente, trastornado de dolor, cegado por la lluvia que caia a torrentes.

-Tengo que sacar algunos retratos.

Se detuvo para mirar de nuevo.

¿De las coronas de los muertos no se sacan siempre algunas flores?

Triste satisfaccion!

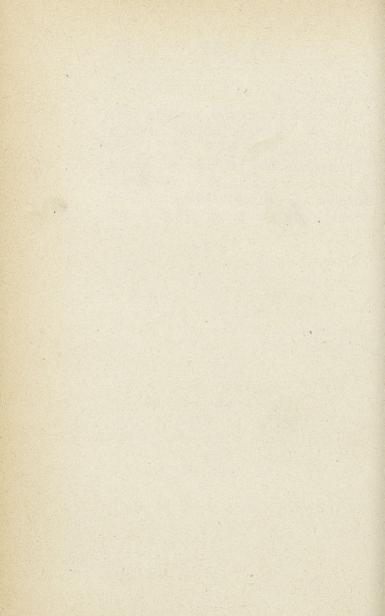
—Volveré mas tarde—agregó con voz de niño.

Sentia esa misma satisfaccion que nos hace

alargar el momento en que ha de cerrarse alguna tumba querida.

Hai corazones a los cuales parécenles breves las salmodias del último requiem, rápidas las paladas de la tierra que cae.

El hombre necesita prolongar ciertos instantes de dolor; ver siempre entre la tierra rota, destrozada por la piqueta del sepulturero, un estremo, siquiera aun pedazo de ataud carcomido.



El restaurant iba quedando solo.

Pedro, bebia muchas copas para aturdirse i librarse así de las sensaciones que lo aflijian.

Ya era un hecho: iba a abandonar esa vida de emociones constantes, de ideas confusas, de desórden de que habia nacido, primero la pena, el asco de sí mismo, i despues el deseo irresistible de metamórfosis.

El exceso de su pena lo desfallecia, alejándolo dulcemente de la realidad.

Una onda de dulzura indecible, de quietud mística, inmovilizaba sus pupilas, fijas en las luces del gas.

Las escenas de otro tiempo pasaban borrosas ante sus ojos preñados de dolor.

Un vapor lejano, una neblina mui ténue emerjia de sus recuerdos en pleno crepúsculo.

Las sensaciones dolorosas de los dias anterio-



res, fatigando sus nervios, parecian dar tregua a su sensibilidad morbosa.

Cerró los ojos en un suave deseo de adormecimiento, de sombra i de olvido.

¡Los cansancios, las amarguras, las desesperaciones de cuantos años adormecianse, por fin, en el preámbulo de la vida por venir!

Pero de nuevo le pareció sentirla a su lado, tibia, perfumada, suave, palpitante.

Ocultó los ojos en el respaldo del sofá.

¿La queria? ¿O era solo reconocimiento, lo que sentia por ella?

Seguia pensando con la cabeza boca abajo en el respaldo del sofá.

¡Cuántas veces, junto a ella, se habia quedado en situación parecida, con la cara oculta entre su pelo, con los ojos cerrados, respirando sus vibraciones, el perfume de su carne! El reloj dió las once en el patio del restaurant desierto.

Iban a cerrar.

En un comedor cercano, unos cuantos muchachos ansiosos de esa vida nocturna en que seguramente se iniciaban, decian a gritos que Santiago era una ciudad de salvajes en que no habia de noche en que entrenerse...

Talvez ellos hacian consistir la civilizacion

en que hubiera muchos restaurants abiertos i muchos trasnochadores bebiendo alegremente.

Al observarlos al pasar, recordó sus tiempos de estudiante, tan tristes i llenos de poesia.

Los muchachos seguian hablando a gritos i diciendo que no se moverian miéntras no les sirvieran otra corrida de copas.

Pedro se detuvo al salir, indeciso entre tomar alguno de los carruajes apostados a lo largo de la vereda del Club cercano, en cuyos altos se oia piano, o seguir a pié.

Al llegar a la esquina de la calle del Estado, divisó los globos eléctricos del *Variedades*, mas allá las torres de San Agustin, indecisas sobre la negrura de la noche.

Continuó por las veredas desiguales, sobre cuyos charcos reflejábase la luz de los faroles, estremecida sin cesar por el viento norte.

Se alejaba mas i mas del centro.

Los edificios menos fastuosos, mas modestos i aplastados, indicaban el antiguo barrio aristocrático de la ciudad.

Las puertas eran mas anchas, con grandes clavos, i, de cuando en cuando, saliendo de la línea de los edificios, distinguíase algun balcon colonial.

Sobre los viejos tejados, formando ángulo, i la masa negra de los edificios, elevábase una gran palma de copa redonda e inmóvil.

Caminaba por la calle de las Monjitas, pero luego cambió de direccion, camino de la garçoniere, «del nido,» como decia ella.

Queria entrar por última vez a esa pieza a que no habia de volver.

Habia que sacar algunos retratos; que destruir algunos papeles, que dejar aparte los objetos que debia mandar sacar al dia siguiente.

Sabia cuánto le iba a hacer sufrir aquel último trámite. Sin embargo, cuánto valor habria necesitado para no llevarlo a cabo!

Cuando, por fin, estuvo de nuevo solo en la pieza en que resonaban intensamente sus pasos, comprendió que aquello era demasiado doloroso para que pudiera durar mucho tiempo.

Iba de un sitio a otro, maquinalmente tomando una cosa por otra, casi sin darse cuenta de lo que hacia.

Abria los cajones, miraba los papeles que habia dentro i luego los rompia, formando con ellos un monton.

Descolgó los grabados i los cuadros de las paredes.

Llegó el momento de abrir la vieja cómoda.

—Acaso haya algo de ella, algo que pueda habérsele quedado olvidado.

Sentia un verdadero temor de abrir esa cómoda en que podria ocultarse algun recuerdo palpitante aun.

Acercó la luz para ver.

Era el primer cajon del viejo mueble, el mismo que ella habia reservado para sí.

Riéndose, un dia, le habia pedido a Pedro que nunca lo abriera porque iba a esconder en él muchos secretos.

Abrió por último i un olor suave, penetrante, mezcla de caricia i de perfume, llegó hasta él, escapándose de aquel cajon en que yacian unos cuantos objetos esparcidos.

Metió las manos i tomó algo flexible, helado. Era un guante de que emerjía un perfume desvanecido.

Luego tomó un velo, un tul mahon; despues una regalia sobre cuya piel negra destacábase un ramo de violetas artificiales.

La acercó a su çara i cayó un pequeño pomo, un frasco de cristal cortado en que quedaba un resto de esencia de violetas.

Se alejó temblando, estremeciéndose.

Despues abrió maquinalmente el piano.

Pasó la mano por el teclado i se escapó un sonido inarticulado, una sonrisa.

Reclinó la cabeza i a su contacto volvió a escaparse la misma sonrisa, el mismo lamento, el mismo adios.

¡Qué estraño e indefinible lenguaje hablan las cosas que van a dejarse i que no hemos de volver a ver!

—Hai que mandar mañana por estas co-

I al pasear sus ojos por la pieza vacia, junto al lecho, percibió el pequeño marco blanco con el retrato de Maria.

Se lo acercó a los labios, pero las formas, la realidad, el calor huian de él dejando, en cambio, un marco, un carton, infiel remedo de la vida, los labios, la sonrisa, los ojos de Maria.

¡Qué recuerdo puede vivir en eso que al ser acercado a los labios deja vagando en la nada, en el vacío, las pupilas llenas de lágrimas!

El reloj de una iglesia cercana dió una hora. Eran las doce.

El silencio mas profundo reinaba en la pieza, próxima a ser abandonada.

Pedro echó en un vaso unas cuantas gotas de agua de colonia i bebió para calmar un poco las palpitaciones del corazon.

No se atrevia aun a salir de aquella pieza, cuya soledad le asustaba i le atraia.

El silencio de la habitación le sobreexcitaba mas i mas, llenándolo de inquietudes, de ideas de morir, de no salir mas de aquella pieza tras de cuya puerta blanca iba a empezar el camino de la rejeneración, que acaso no alcanzaria, que no sabia bien como iba a iniciarse, en cuyo camino talvez desfalleceria, cayendo de nuevo.

Miraba en torno suyo como buscando lo que habia hecho en diez años, martirizado por el espectáculo del «nido» ya revuelto i desordenado.

Se inclinó sobre la chaisse longe, abrumado, i luego se incorporó de nuevo, insomne, afiebrado.

Se acercó al lecho, se sentó, palpó suavemente los almohadones helados i cuyos calados caian inmóviles sobre el edredon.

Pasó un coche estremeciendo los vidrios.

Se acercó al retrato, colgado junto al lecho, aquel retrato que miraba dulcemente, como sonriéndose de lo que veia.

Lo sacó de su marco i luego, al acercárselo a los labios, la imájen de Maria huyó de nuevo, dejando vagar en el vacio, en la nada, sus pupilas anhelantes i llenas de lágrimas.

Anjelito Smith habia llegado a ser lo que con toda propiedad, puede llamarse, el hombre del dia.—Entre la jente alegre, se entiende.

Era el tipo jenuino de la juventud de que Pedro queria alejarse.

Un dia, entró a un club, puso un dedo sobre una carta i la carta se llenó de billetes. Entónces se hizo jugador i *sportmen*, tuvo queridas carísimas i caballos espléndidos, bautizados con nombres de naipes, ricos metales i licores jenerosos.

No le faltaba nada para ser un vividor de gran mundo, de mundazo: la mar de afectaciones i costumbres importadas por las revistas i los que venian llegando o escribian de Paris.

Habia sido uno de los condiscípulos de Pedro i uno de sus mejores compinches, como se dice en jerga o jergon santiaguino.

Su yegua «Plata» era la reina del sport por aquel entónces; la soberana de cartillas i remates. I por cierto que no eran menos ni la Suerte ni Champagne.

Por desgracia, la fortuna solia tomarlo, enfadada, de sus orejas de chiquillo, de mequetrefe. Del tiron, caíasele el monóculo que solia usar de cuando en cuando i a cuyo ensayo se entregaba privadamente.

Sale, vuela, mocoso, de este medio en que te has metido!—debia decirle la fortuna.

Pero él se habia empacado, mascaba el freno, pateaba el chicote, satisfecho como ninguno de encontrarse ya de lleno en el círculo de los grandes tunos i al cual no era tan fácil ni cuestion de simple parada llegar.

I fué sueño mas divertido que el que acababa de tener i que era necesario realizar cuanto antes! Orijinalísimo! Chic: la *Joya*, la bailarina de moda i mas cotizable, cabalgando vestida de *jockey*, en *Plata*, su yegua famosa!

La ocurrencia hizo suerte, fué aplaudidísima. Sobre todo Severo Fernández, el vividor aquel que despues de una operacion célebre habia quedado reducido a la dura necesidad de tener que introducirse a la boca el pulgar i el índice para poder hablar, aplaudió la idea mas que un discurso de Mac-Iver.

- —Puro Max, eso si que es puro Max, decia refiriéndose al amante de «La bella Otero», de la cual se decia íntimo amigo.
- —Pero no vayan a creer que miento,—agregaba,—amigo, no mas...
- —Esplen-plen-didol—decia Severo, al cual no podia venirle mejor su nombre.

I, como para pronunciar, tenia forzosamente que silabear las palabras, solia echar de menos en alta voz el órgano en acefalía.

—Pero,—hombre,—preferiria tener la nariz mas corta que el Ministro de Relaciones Esteriores con tal de librarme de este pequeño defecto... Le hacia la mar de gracia a la *Oterito*, que creia que era la lengua la que me habian cortado...

El sueño champagnesco de «Anjelito», como le decia su querida, no se realizó tan pronto como lo hubiera deseado el entusiasmo desinteresado i lejítimo de Severo.

Anjelito principiaba a perder en todas partes i luego empezó a murmurarse que estaba frito como trucha en mantequilla negra.

Un dia, habló de cobrar lo que le debian, i esa misma tarde el barómetro de los saludos que cada cual lleva en el bolsillo bajó casi a cero... ¡La retirada de Rusia!

Pasaba a la ruina, como de donde Gage al kiosco o canasta aérea en que tocan la música en la plaza de los tontos, de los enamorados i de los que van ahí por no hallar otro sitio en que ir a mirar.

—Cobrar! Ya puede eximirse de tal trabajol —decian.

Una noche, se le vió en el Club, cabizbajo, meditabundo, tomando a sorbitos—¡él que se las bebia de una sola aspiracion!—una copa de cognac.

Dos dias despues, sin embargo, en el «circulito», repartido aquí i allá,—Gage, Montero, Club,—a la hora del aperitivo, se contaba que la noche antes Anjelito Smith, habia puesto cuatro bancos de a mil pesos que habian desaparecido a la voz, mas tremenda que el ¡carguen! de la caballería, de «grande», «grande» i siempre «grande» que va a perderse en los últimos confines de la mesa, allá donde hai caras pálidas, manos que parecen garras, barbas crecidas, uñas sucias i miradas de patíbulo.

¿Cuatro bancas de a mil?

-Es decir, cuatro mil pesos!

-;I?

- -Sacristan que vende cera...
- --Se rehace de repente. Es un bárbaro. Es un Prat de Club-dijo Severo Fernández, satisfecho de lo irrespetuoso de una comparacion que le permitia manifestar su poco respeto por los héroes.
- —Despues de perder las cuatro bancas, se quedó afirmado en la pared i mirando al suelo....
- —Cómo quien espera la comunion! Ha sido tan beato! Lo conocí en los jesuitas. Comulgaba todos los sábados i era el predilecto del *fraile* Soler.

Anjelito, apareció en ese instante pidiendo a grandes voces un torpedo en *champagne*.—¡Buena señal!

Habia perdido en el Club de Agosto.

—Cierto. ¿1? ¿No se puede ganar por eso en otro?

Titubeó un poco:

—En el Club Socialista — agregó.— Es la banca mas gruesa que hai en la actualidad.

Severo Fernández, lanzó un estertor, fenómeno que le pasaba frecuentemente cuando tenia la audacia de querer hablar sin meterse previamente los dedos a la boca.

-Ahl ... aa ah! ...

Zenon Hurtado, otro espléndido muchacho, perseguido por la falta de dinero i por la aficion de andar a trompadas con la jente, empezó a dar grandes golpes en la mesa, protestando de la manera de servir que tenian en el restaurant. I es claro que al verlo tan enojado, nadie se atreveria a preguntarle quién lo habia convidado.

Se le atribuia cierta rivalidad muscular con el mesonero i, con este motivo Zenon hablaba en alta voz para que cobrara, para que se «hinchara», segun su término.

Ademas de la particularidad de aparecerse a la hora en que, casualmente se prepara el apetito, Zenon, era gran aficionado a comer «chez Gage», con música i, si era posible, con muchachas alegres, contra cuya castidad jamas se permitia atentar, reduciéndose, cuando estaba ya ébrio, a hincarse delante de ellas, ofreciéndose para vengar cualquiera injuria que pudieran inferirles.

Abrazó a Anjelito, felicitándolo efusivamente —nadie estaba mas al cabo que él de las pérdidas i ganancias de los demas—i prorrumpió en seguida en nuevas esclamaciones en contra del mal servicio en jeneral.

Anjelito, invitó luego a comer, mas por apabucharlos que por otra cosa, i toda la comitiva, en actitud de coros de Aida entrando al foro, irrumpió en el patio encaminándose majestuosamente a uno de los comedores.

¡Alegre comilona en que solo se habló, como antes de una gran batalla, de juego, carreras i mujeres!

¡Quién ganaria, es decir, quién quedaria tendido, con la barriga al sol como en las refriegas campales!

Anjelito quedábase a menudo ensimismado, abstraido. ¡Es el jeneral que piensa su plan de ataque i defensa! Es un Napoleon de restaurant, antes de un fulgurante Austerlitz de naipes i caballos!

—Ocho a cuatro!—repitió de improviso.— Ocho a cuatro a *Plata*.

I Severo, exajerando sus sentimientos para demostrar adhesion mayor i mas ilimitada al anfitrion, dijo:

—Tomo Plata i dejo cancha.

Zenon, miraba con el respeto que del idólatra

al ídolo a Anjelito, cuyas ganancias compartia de alguna manera. Ofender a Anjelito, era ofenderlo a él, al temible Zenon, que habia adquirido una práctica formidable en disparar trompadas i botellas.

Era vispera de carreras, de grandes carreras, de las mas grandes del año.

Es el dia del gran mundo, de la high life.... Empiezan las toilettes primaverales, armonizando con el cielo en que un último vientecillo juega de aurora a crepúsculo con una última nube desprendida del manto negro del invierno.

Las mujeres empiezan a vestirse admirablemente bien i los literatillos de los diarios empiezan su jornada mas fogosa de frases cursis.

En la tarde, al partir en medio del ruido formidable de tres mil carruajes—un ruido demasiado grande para Santiago,—ruido de fustazos, de pretales, de portezuelas que se cierran i de atalajes que parten haciendo oscilar coquetonamente las sombrillas multicolores, el cielo, ya próxima la tarde, se cubre de nubes rojas como rosas inmensas destinadas a deshojarse, a disolverse en las opacidades de ajenjo que emerjen del sol hundido ya.

¡Qué gran dia de sport!

En los cerros lejanos queda uno que otro copo de nieve, i la perspectiva vése salpicada de manchas blancas que parecen pétalos, naipes destrozados, menues... ¡Segun!

Queda en la atmósfera un vapor de rocio, i la perspectiva, verde como las hojas de trébol esmaltado que usan las mujeres en sus lijeras cadenillas, ostenta frescura de aurora i vese surcada de alas: las primeras golondrinas—jeternas hastiadas!—que pasan describiendo las líneas infinitas i acompasadas de su vuelo.

Las cabelleras de las mujeres, el azul o el negro de sus ojos, brillan, chispean como joyas bajo sus sombreros monstruosos que harían reir a la Pompadour.

El fru-fru – sonrisas, promesas de la seda! — hácese mas provocador, conviértese en aleteo fugaz.

¡Ya pueden decir los diarios que las tribunas hánse convertido en una jaula jigantesca poblada de aves de mil colores! ¡Qué van a protestar las mujeres de que las llamen pájaros! Pero, en cambio, las aves si que acaso protestarian de que las llamaran mujeres....

Los carruajes agrúpanse a la distancia i los

lacayos, de pié en los pescantes, destácanse con las fustas en alto, en *pose* magnifica para algun cuadro de costumbres mundanas.

Escúchase una trompeta de bronce i luego el cascabel de los arlequines de Navidad suena en el brocal charolado de los carruajillos lijeros.

La trompeta suena otra vez alborozada i risueña.

—La trompeta del juicio!—dicen las mujeres, levantando sus anteojos.

Es un mail-coach que llega.

El paddock está hormigueante de socios i sobre él ondulan verdaderas nubes de sombreros de copa, bandadas de polainas blancas, de levitas grises; baterias de anteojos terciados a la espalda.

Espléndido golpe de vista.

¡Qué progreso para Santiago!

-Longchamps, Anteuil!

I el diplomático que acaba de hablar señala el panorama, estirando la mano lánguida, sin fuerzas bajo el guante.

Otro secretario de legacion, un imbécil de figura espléndida, un don Cárlos de Bombon, como le dicen, saluda sonriéndose, desplomando su ruinosa espina dorsal.

Ladrin del Valle, un cínico sumamente sim-

pático i que tiene el talento de estarse callado hasta que llega el momento de decir alguna impertinencia oportuna, sonríese mostrando los dientes, los colmillos enormes i brillantes, apretados como para morder.

-He ahí uno al cual le han comido las cocottes la médula espinal!

-Quién?

-El secretario ese, don Cárlos de Bombon!...

Las apuestas crúzanse en todo sentido i un rumor inmenso, la fiebre de las apuestas, sale en avalancha febril del departamento de las apuestas mútuas.

-Ven a aquél?-pregunta Ladrin.

—Está dispuesto a perder cualquiera apuesta, con tal que le presenten niñas. Contratista!... Solo su presupuesto para orquídeas destinadas a mamarrachos con ganas de casarse, es enorme. ¡Los contratos!...

De otros grupos señalaban a Ladrin con el dedo, sonriéncose, llamándolo, invitándolo para que se trasladara a otra parte con su tienda ambulante de afeitar al aire libre.

Gozaba de ciertas inmunidades prodijiosas i de una moral seriamente asentada en el planchado de sus pantalones irreprochables. La jente resignábase a ser su víctima. Por qué? Acaso porque él no dispensaba a nadie. Sobre todo, habia cierto dejo de buen humor i de maldad elegante en lo que decia: mezclaba las verdades con los adulos i éstos con aquellas. Llegaria a ser una notabilidad en la materia!

I lo que es peligro en recibirlo en todas partes ¡qué peligro iba a haber, si mostrábase anticipadamente desinteresado de toda pretension que pudiera convertirlo en rival o pretendiente inoportuno! Pero confiaba en su hora como el jugador que se amanece jugando.

—Alguna vez llegará! I entonces veran què parejas de caballos; que victoria Luis XV i qué recepciones!

Aplastar a los demas con un oropel adquirido a cualquier precio i estraido de cualquier parte. Su ideal!

Donde habia niñas, declaraba, a modo de preámbulo, que el matrimonio ni aun como negocio podria aceptarlo, i donde habia suegras hablaba de todo, ménos del matrimonio, ántes que el individuo hubiese asegurado un buen pasar con que distraerse de sus pasadas tunanterias.

-I si llegara a casarse alguna vez! Ah, seria

un espléndido marido!—Desternillábase de risa hasta el piano al oirlo.

Negaba a Cristo por un *smoking* bien cortado i la palabra inocencia la escribia siempre con minúscula porque, entre otras cosas, segun él, todo lo bueno debia ponerse en cuarentena i duda.

Ese dia estaba irreprochable.

—Allá estaremos mejor—indicó, señalando la baranda, al lado de la cancha.—Se vé mas.

De paso, contó que la noche antes habia perdido hasta el modo de andar.

En efecto, Ladrin aprovechando un entreacto de Fedora, habia entrado corriendo al bacarat del Club Socialista para ver si podia ganar con qué invitar a la familia Alba i Duque a tomar chocolate despues del teatro. ¡Solia verse en unos apuros miserere el pobre Ladrin!

Una banda tocaba una marcha triunfal en ese instante i sus acordes apagábanse a veces, ahogados por el rumor formidable de aquella concurrencia estraordinaria en que mezclábase la fiebre del lujo improvisado, o llegado de repente, lujo insolente, chillon, color salitre, estilo contrato o piñata fiscal, que era la gran moda por aquellos dias.

Millares de voces, ecos, risas, carcajadas, palabrotas; el rumor de besos de los saludos femeninos; los palmoteos de los hombres, toda aquella confusion inmensa mezclábase en un rumor indescriptible, aturdidor, en que, de tarde en tarde, escuchábase,—dominando un segundo, como la suerte que aplastaba con un golpe seco i fugaz,—el ruido del martillo del subastador de caballos jugados al azar:

-Champagne, Plata, Fine Fleur!...

Fine Fleur, Plata, Champagne—vociferaba el rematante, levantando cual un cetro, su pequeño martillo sobre la concurrencia, apiñada a su alrededor, ansiosa de pescar la suerte, es decir el bienestar de un rato: la comida estrepitosa, el rico vino sacado con polvo i todo de la bodega; la cena, las mujeres, los trajes de Pinaud i Chanut, los sombreros, los guantes de Dumas.

-Champagne, Plata...

I el nombre de aquellos soberanos del dia conjestionaba todos los rostros con muecas fugaces de ferocidad disimulada; resonaba confusamente, en descargas, como en medio de una vorájine de billetes, naipes i dados:

-Fine Fleur! Champagne! Plata, Plata, Plata!...

I el nombre de aquella bestia favorita resurjia siempre, ajigantábase, llenándolo todo, saliendo como huracan del piso bajo del club para repercutir en el *paddock*, palpitante en todos los labios.

Se hablaba de grandes apuestas: trescientos, cuatrocientos mil pesos en conjunto.

El nombre de aquel animal maldito, en la fiebre de un vicio importado, estremecíalo todo, subiendo como una marea; sacudiendo el edificio en aquella tarde tranquila i primaveral de fiebre inaudita, nunca vista en Santiago.

Los programas color violeta corrian de mano en mano, marcados, estrujados, consultados a cada instante.

La gran marcha wagneriana resonaba imperial, soberana en sus acordes misteriosos.

De súbito, estalló un rumor mas formidable aun i los caballos, solemnes, acompasados, orgullosos como si fueran cabalgados por emperadores romanos, aparecieron en la cancha en medio del estruendo enloquecido de la multitud i las sonoridades grandiosas de la marcha incomparable.

Iba primero Plata, dorada, luciente, escultu-

ral; soberbia con su jinete empinado sobre los estribos, de casaca blanca cruzada por una banda áurea, esterlina cual el oro.

La multitud corre en demanda de las barandas.

Anjelito Smith, el dueño de *Plata*, rodeado de amigos en medio de la tribuna de los socios, con su medalla de plata de accionista del club prendida del ojal de la levita, mostrábase aparentemente tranquilo, tratando de dominar su emocion profunda; pálido, lijeramente sudoroso i con el pelo desgreñado a causa de las ajitaciones del *paddock*.

—Hombre por Dios,—le dijo a Severo Fernández, que estaba a su lado—si salvo de esta, que me escupan si me vuelvo a meter en otra.
—Es cuestion de vida o muerte para mí. Tócame—agregó a su oido.

Le pasó la mano.

Todos apuntaban con los anteojos a la cancha.

Estaba yerto.

La carrera, entre tanto, iba a empezar; los campeones pusiéronse en fila, el juez de partida bajó la bandera i los tres animales partieron a escape tras la suerte. Una esclamacion unísona, mezcla de suspiro, de anhelo, de satisfaccion i de alivio, se escapó de la concurrencia que luego quedó en relativo silencio, suspensa, sin proferir palabra hasta que *Plata*, que llevaba el centro, tomó los palos de la cancha, lo que era una gran ventaja.

—Plata, Platal—prorrumpió de nuevo el rumor formidable.

—Los palos!—murmuró Anjelito, sacando el cuerpo fuera de la tribuna de los socios, aferrándose nerviosamente a la baranda como al último madero flotante del barco que se hunde.

El aire primaveral besaba, acaso por última vez, ese rostro de imberbe, inmóvil, de labios contraidos i ojos que salíanse de sus órbitas, fijos en el movimiento circular del record de aquellos tres animales, los favoritos del público, los trajes de seda de cuyos jinetes aparecian como pinceladas imperceptibles, como flores arrastradas por el viento, sobre el verde de tapete de la cancha.

—Plata, entra Plata!—murmuró Anjelito en un grito de felicidad angustiosa, de suprema esperanza, en cuyas últimas sílabas aparecia de nuevo la voz infantil, del chiquillo de colejio. —Calma!—decia Severo Fernández, dando la espalda a la cancha, no queriendo mirar, volviéndose como para no presenciar una ejecucion.

¡Quién habia metido al pobre muchacho, a Anjelito, en esa vida maldita que le convertia de súbito en pervertido, de niño en jugador, de empleadito en rei de naipes i caballos! ¿Acaso no quedaba aun en sus manos la huella de la mesada dominical?

¡Cosas, cambios, trastornos de la vidal ¿La juventud, los pocos años?

Mordia inadvertidamente su cigarro i los labios biscosos aparecian negros, manchados con los fragmentos del «corona i corona.»

Plata perdia terreno i un frio mortal, un desvanecimiento profundo, un amargor horrible en la boca, lo hizo afirmarse en un pilar para no caer.

Un grito formidable emerjió de nuevo, pero un grito de tempestad, de tormenta humana, de rencor, de ódio, revancha furiosa de todos los que se creian perdidos:

- —Fine fleur, Fine fleur!—rujian las tribunas estremeciéndose desde sus cimientos.
- —A las riendas! Es una treta del jinete—gritó Severo para animar a Anjelito.

Los animales avanzaban pugnando ya en el esfuerzo final ante el triunfo, la meta, los diez mil espectadores ávidos, suspensos, con los cuellos alargados i las cabezas suspendidas en su escorzo único.

Un silencio profundo sucedíase al clamoreo de un instante antes.

Percibíase ya el avance furioso de los animales, con los cuerpos alargados como si participaran de los anhelos desesperados del público. Sentíase el eco de sus pisadas cada vez mas cerca, el silbido de las fustas cortaba el aire, repercutiendo en el corazon de los espectadores.

Anjelito no veia ya i ante sus pupilas, cegadas a la luz, estalló el fogonazo de un revólver; pasó como una sombra el cuerpo ensangrentado, la cara cerosa del suicida.

Sentia un frio intenso que le hacia tiritar. ¡La cárcel, la muerte, las risas, el desprecio, las lágrimas de la madre, todo lo mas amargo, lo mas horrible se agolpaba a su vista, dilatada e inmóvil!

¡Habia robado, dinero que ya no podia reponer, para jugar ese dia su última carta, la de la vida o la muerte!

Cerró los ojos para no ver mas...

El niño, los años del colejio, aun frescos, lo traicionaban.

Afirmó de nuevo la cabeza en uno de los pilares de la tribuna.

Sentíase un rumor formidable como si la tierra fuera a estallar, i por fin, ante el estruendo final, aparecia *Plata* frente a él, radiante, dorada, vencedora como siempre.

Hubiera llorado, hubiera saltado como un chiquillo.

El rumor estalló de nuevo i la concurrencia entera, de pié en las tribunas, palmoteaba frenéticamente victoreando al vencedor como jamas se habia aclamado a héroe alguno:

-Plata, Plata!

Un hálito tibio, la vida, la esperanza que volvian, asomó, en plena primavera, a la fisonomia de Anjelito Smith que se desperezó, finjiendo la mayor indiferencia.

Todas las miradas concentrábanse en él.

Se sonreia. Estaba satisfecho.

Millares de manos i brazos caian sobre él aplastándolo, cercándolo en medio de una nube de aduladores que lo felicitaban llenos de gozo, hablando en alta voz, admirados de esa calma prodijiosa que había tenido para cerrar

los ojos en el instante supremo de la carrera.

—Así es mejorl—dijo el pobre muchacho, satisfecho consigo mismo.

—Un trago!—dijo Zenon Hurtado, que apareció en esos instantes, sudoroso i estallante de entusiasmo.

Plata volvia ya, camino del paddock, indiferente a las aclamaciones, connaturalizada con el triunfo, mirando filosóficamente al suelo.

Anjelito avanzó hácia ella i, tomándola de las riendas, se encaminó al *paddock* en medio de aclamaciones delirantes.

Habia oido decir que Lord Roseberry, despues de ganar el *Derby*, habia tomado él mismo de la brida al animal vencedor.

El fotógrafo de una revista ilustrada lo enfocó al pasar. Al dia siguiente apareceria, pues, su retrato diciendo al pié: «*Plata* i su propietario, dirijiéndose al *paddock*».

Sentíase satisfecho, feliz, mirado por todo Santiago; aplaudido, salvado de la catástrofe.

La alegria estallaba incontenible en su pecho. ¡Salvado!

Con las ganancias cubriria el dinero que habia sacado, cumpliria sus compromisos i en adelante johl en adelante solo apostaria a la segura

i seguiria haciendo esa vida de triunfos contínuos en que todo estaba al alcance de su deseo.

Zenon Hurtado, que flotaba siempre al rededor de las mesas de juego i de los restaurants, poseido de un entusiasmo sin límites al ver a Anjelito tomando la brida de la yegua famosa, ajitó el sombrero en el aire dando vivas a la bestia i su dueño.

En el paddock ya, invitó a una copa.

-Yo pago-decia.

—Tambien gano con Plata—agregaba.

Anjelito lo miró sonriéndose i todos entraron triunfantes a la cantina atestada de jente. Abria el paso el buen Zenon a pechadas i a codazos que cada cual recibia resignadamente, tal era la popularidad de sus puños con los cuales no era fácil encontrar quien quisiera entrar en contrapunto.

—Frappé!—gritaba dando grandes golpes en el meson.—Frappé!

Se llevaban a la boca las copas desbordantes, como metidas i sacadas rápidamente de una tina.

—Tener la ocurrencia de cerrar los ojos al final de la carreral—decia Zenon, echando palitos de violetas a su copa de *champagne*, que no acababa nunca de llenarse.

Anjelito tambien bebia a reventar, quebrando las copas estinguidas.

Zenon lo abrazaba con ternura, lo miraba enternecido, le palmoteaba el hombro casi con deseos de decirle que habia cometido la barbaridad de realizar algunos objetos menudos de su casa para poder apostar a su caballo.

I ver lo que él llamaba objetos menudos: las cortinas, el piano: un verdadero saqueo, perpetrado entre las lágrimas de la pobre madre i los gritos de Zenon, diciendo que lo llevarian a la cárcel si no sacaba dinero de cualquiera parte...

Todo el círculo hablaba en alta voz, a gritos, con entusiasmo creciente, presa de un júbilo reforzado por las botellas de *champagne* que se sucedian sin cesar.

—Un segundo i vuelvo, dijo Anjelito, dirijiéndose a hablar con un tipo que ejercia el puesto de jerente jeneral de apuestas.

Las miradas rápidas, furtivas, fijas, vagas, preñadas de deseos, caian sobre él con toda desvergüenza i falta de oportunidad.

Al acercarse de nuevo, se escuchó esta frase, dicha a Zenon:

—Hombre, por Dios, sino cobro hasta ma-

Pidió mas champagne.

Se terció los anteojos, cuya correa negra apareció destacándose sobre el gris claro de la levita i se echó atras el sombrero de pelo.

- Salgamos - decia - animado seguramente del deseo de exhibirse.

Salieron todos. Algunos se tambaleaban lijeramente, se tomaban del brazo i en grupo de elegantes, de tunantes de alto bordo, pasaron ante las tribunas, sonriéndose, felices, casi ébrios, dando algunos traspies.

Miradas indefinibles, hirientes, de desprecio i de envidia, caian sobre ellos en ese instante de su corrupcion desafiadora e insolente.

Se pararon al pié de las tribunas, dominándolas con su impavidez de tunos que lucen su elegancia i su suerte.

Miraron, examinando de un estremo a otro. La concurrencia seguíalos con la vista i de cientos de partes salian manos que se ajitaban felicitándolos por el triunfo.

Un grupo de mujeres asomábase, saludando, sacando por completo el dorso fuera de la baranda.

Eran queridas, *cocottes* en boga, radiantes de sonrisas i de lujo, de encajes, de seda, de insolencia i de joyas.

—Una idea!—gritó Anjelito, levantando la mano.—Esperemos que se vaya la jente i nos vamos con ellas en el mail-coach.

-Magnifico.

Zenon partió a comunicarles la determinacion.

Se corria en ese instante la cuarta carrera, la de saltos i vallas.

Un grito de espanto, un jail prolongado, no de dolor sino de sorpresa, estalló en las tribunas.

Era un jinete que al saltar un obstáculo habia sido arrojado de bruces por el animal.—
Poca cosa, una compresion cerebral, es decir, una compresion de las meninjes. ¡Un mero accidente!

La carrera terminó, por fin, sin el entusias mo de las anteriores i el público, aburrido, silbaba estrepitosamente, miéntras allá a lo léjos, boca abajo sobre el pasto, sin sentido, el pobre *jockey*, el mismo que acababa de cabalgar a la triunfadora *Plata*, agonizaba en un ronquido monótono a cuyo esfuerzo deslizábase sobre la yerba verde un hilito de sangre.

Empezaba la tarde, el crepúsculo. El verde del pasto hacíase mas oscuro, como si un tul negro fuera abriendo poco a poco aquel tapete inmenso que empezaba a enlutarse.

El dia muere, por fin, en una vasta humareda de nubes de oro como el dinero corrido a raudales; nubes de oro i de sangre como el hilito rojo que despréndese de la boca entreabierta i terrosa del pobre *jockey*.

El paisaje, las tribunas, el piso, sembrado de programas i boletos, desaparecen en la penumbra, en la tristeza infinita de lo que va quedando abandonado.

Un rumor sordo piérdese en direccion al centro de la ciudad. Es el ruido de los carruajes, de las fustas, de los brocales i las cadenillas de acero i nikel, confundiéndose en un solo rumor que se aleja, que se pierde poco a poco, estremeciendo la tierra.

Pero en las tribunas desiertas, sumidas en la semi-sombra crepuscular, estallaron risas i gritos de mujeres que corrian en la oscuridad, levantándose sus trajes claros de primavera para correr como chiquillas dejando ver sus piernas tentadoras, sus medias de seda negra, sus zapatitos de charol o de cuero ruso.

Eran ellas, perseguidas a besos por los ébrios que querian hacer locuras...

Una, corrió adrede, seguida de Anjelito, perdiéndose en lo mas lejano de las tribunas i todos aplaudieron la idea, bebiendo, ya en la oscuridad, la última copa de *champagne*.

El mail-coach partió, por fin, repleto, a escape. —La noche habia caido por completo.

La Joya, sentada al lado de Anjelito propuso la idea de llegar manejando ella misma donde Gage.

- —«Borrachera, borracheral»—gritaban riéndose las bailarinas.
- —He mandado preparar algo—dijo Anjelito al llegar.
- —Gage, Gagel—repetia como un estúpido Zenon Hurtado.

Al estrépito del *mail-coach* salieron algunos a asomarse.

Bran los aduladores obligados de todos los triunfos, los que forman la corte inevitable de todos los victoriosos.

—Qué gallol—repetia con fruicion un gordo, risueño, de bigotes en forma de ala tendida hácia arriba i que dejaba en descubierto unos labios gruesos i mui rojos.

—Qué gallo!

Se acercó a las mujeres:

—La Joya?...La mismal—agregaba con fiinnito alborozo, dándole la mano para que descendiera.

Era Cárlos Astacuando.

¡Qué apellido tan exajerado en una persona tan metódica i moral!...

Gozaba de gran reputacion de vividor i acampaba ya en ese agradable período en que los tunos *chic* son buscados afanosamente por los que empiezan la carrera.

Astacuando sabia esto, amen de que con un cigarro puro en la boca i bastante Sauterne i mas champagne en su barriga de líneas plácidamente redondeadas, era un personaje indispensable en toda comida con artistas o mujeres de moda.

-Comerás con nosotros-le dijo Anjelito, hablándolo de tu.

-Te parece?-contestó Astacuando.

El tu quedaba remachado entre ambos personajes. ¡Un triunfo mas para Anjelito, el imberbe que llegaba de un salto a los círculos de los verdaderos tunos santiaguinos!

—Quiero manifestarme de algun modo con los amigos, —agregó Anjelito.

La pequeña puerta que conduce a los altos del restaurant acababa de abrirse i, tras ella, en la penumbra, asomando la cabeza sonriente, de frac i sosteniendo en alto uno de los candelabros sacro-santos que Papá Gage reservaba para las grandes ocasiones, apareció la figura tradicional i ya desvanecida de Mr. Paul.

Las mujeres desaparecieron con estrépito, escalera arriba, precedidas por Paul que abria la marcha, plácido, sonriente, eterno oficiante en esta clase de fiestas.

Las ventanas en altos estallaban luego en luz i los viejos candelabros de plata, lucientes i recien restregados, estiraban por fin, sus brazos sobre las langostas, los fiambres, las flores i los vinos de todos colores.

Las últimas violetas de Persia i las primeros orquídeas con sus largos pétalos de que tanto partido se saca en los bronces i porcelanas estilo modernista, esparcíanse por la mesa, asomándose a los asafates i a las copas alineadas al frente de cada cubierto.

Las mujeres husmeaban todo aquello estirando furtivamente las manos, con esos jestos de pilluelo que no podrian perder jamas.

Los hombres no llegaban aun, preparando en comité seguramente, los últimos detalles de la comida. Ellas se sacaron los sombreros, aquellos grandes sombreros Pompadour, de moda entonces, de ala ondulante i grandes ramos de flores que tiemblan, estremecidos por los besos i las carcajadas.

Se acomodaban el peinado i, como todas las mujeres, sonreíanse ante el espejo, mostrando los dientes, a traves de los cuales, como en las oleografias de cantina, aparecia la lengua pillándose los oyuelos de la cara.

Anjelito, entre tanto, hablaba abajo con desenfado admirable del triunfo de *Plata*:

—Era seguro—Con decirles que al llegar a la meta cerré los ojos!...

Habia bastado un momento para que a su alrededor reuniérase cuanto habia de mas popular i distinguido en materia de tapetes, apuestas i camarines.

El baron, el de los lentes de oro i deelegancia proverbial; los hermanos Carreras; Antonio Berjel, famoso por su aficion a las peruanas; Daniel Alba cuya suerte no tenia límites... Estaban todos i todos bebian torpedos a mas i mejor.

Inocencio Lazo, que no podia faltar, llegó en ese instante gastando gran prodigalidad en materia de abrazos i palmoteos. Una gran reputacion! Tres años antes se habia hecho habilitar la edad i a la sazon no hallaba medio de que echar mano para librarse de una abuela que no queria morirse por nada de esta vida, por mas que los herederos pensaban que Dios la llamaba ya...Pero la respetable anciana no se asustaba ni por esto i seguia viviendo tan campante.

Lazo acababa de dar una comida espléndida, como solo él sabia darlas: ensaladas de paltas, trufas blancas, cigarros de a diez pesos i un champagne capaz de hacer resucitar a Clemente VII o perder la corona a «Gales.»

De sobre mesa, Inocencio llamó aparte, ante un espejo a uno de los comensales, rico minero del norte que habia venido a divertirse a la capital i al cual le pidió prestados, hasta el dia siguiente, solo cinco billetes de a cien pesos:

-Hasta mañana.

La disculpa no podia ser ni mas fácil, ni mas suave, ni mejor presentada: se habia quedado sin plata i le habia venido el capricho, estraño en él, de ir a echar una manito...

El provinciano se sintió turbado por la sa-

tisfaccion de prestar un servicio a una persona como Inocencio que habia hablado durante la comida de grandes contratos con el gobierno. ¡Soi pariente mui cerca de...i habia nombrado cierto personajote que estaba próximo a dar un gran baile. Diósele vuelta en la cabeza al provinciano la idea de ser invitado a ese baile i hablar de cierto ferrocarril con el personajote en cuestion.

Era, pues, Inocencio, un gran tipo que prolongaba todavia el período en que aun se puede vivir con la fama de las victorias pasadas.

Subian ya, asi es que naturalmente, fué invitado.

Fué el gran dia de Mr. Paull Una propina de cien pesos!

Pero asi fué tambien aquella comida famosa!

Algunas últimas dilijencias retenian aun a Pedro en Santiago.

La noticia de su viaje habíase difundido ya, dando lugar a infinitos comentarios.

Al principio, su ausencia de las salas de juego, estrañando a muchos, hizo creer que se trataba de alguna deuda que no habria podido pagar seguramente.

Ladrin hablaba dogmáticamente sobre estos asuntos, en que era mui práctico i avezado:

- —Ya veo cómo han pasado las cosas.
- —No hai nada de estraordinario—dijo otro de la comparsa.—Se va a trabajar al campo i se acabó.
- -Era tiempo-agregó Ladrin. No se puede aguantar mucho, sin reventar, la vida que hacia él.

Ladrin iba a dar rienda suelta a su lengua temible: estaba contento; habia realizado un negocio opiparo aquel dia: poseia su familia un viejo retrato, atribuido a Monvoisin, i que representaba a uno de sus abuelos, persona por la cual—se complacia en declararlo—no tenia ninguna estimacion.

Tener retratos de abuelos ilustres i carecer de dinero para el *pocker* de la tarde i el *bacarat* despues del teatro, no era algo agradable para Ladrin.

Pensaba en que seria un buen negocio vender aquel retrato cuya presencia le ponia furioso, porque el abolengo en cuestion se habia permitido ser un imbécil i un insigne pierdeplata en negocios para otros, ménos para sus deudos i descendientes.

Ladrin acababa de conocer a un pintor, gran aficionado a antigüedades i trastos viejos. — ¡Qué ocasión! — pensó. I no tardó en hablarle de su desprecio por la familia en jeneral — una institucion verdaderamente salvaje, segun él—i, como apéndice de su disertacion, le dijo que tenia un abuelo del cual a toda costa i a cualquier precio queria deshacerse: un Monvoisin espléndido, auténtico, por lo demas.

—Con que ... doscientos pesos i usted se queda con el abuelo—le decia al pintor.

El trato quedó hecho i al amanecer del dia siguiente a aquel en que tenia lugar esta importante transaccion entre Ladrin i el pintor, el primero le echó encima algunos sacos al retrato i mui de alba, salió de su casa llevando fúnebremente a cuestas al ilustre abolengo, que, seguramente, todavía no abria los ojos a esa hora intempestiva.

—Si todos los dias—decia despues—hubiera un abuelo que vender!

—I no seria mejor que los abuelos tuvieran todos los dias un nieto que poder enajenar?— le preguntó en tono de zumba otro de los banderilleros de la comparsa.

—Con que Pedro se va al campo?—preguntó Ladrin, reanudando su deseo de rajar un poco al amigo ausente.—A trabajar?... ¡Lo veo! El picaro querrá engañar a alguna suegra... Porque ustedes habrán tomado nota de que desde algun tiempo a esta parte la primera medida que se toma para asegurar el éxito de todo braguetazo en proyecto, es arrendar algun fundo de campo. Es claro que una vez realizado el matrimonio i cuando ya se ha tomado confian-

za, dejan de pagarse los arriendos del fundo en cuestion i... a casa de los suegros... ¡Cuando digo que esto de los matrimonios va siendo cuestion de préstamos i arrendamientos a corto plazo!

Se reian a carcajadas.

La puerta de la Fotografía Leblanc llenábase poco a poco.

Todos los chismes i escándalos de las últimas horas circulaban ahí entre las risas i el humo de los cigarrillos orientales, a que Ladrin era gran aficionado.

Se habló luego de una gran comida.

—¿Se trata de algun nuevo aparecido que quiere entrar al «Círculo de la Carabina»?

I por una asociacion de ideas mui lójica, se acordaron del pobre Enrique Melosa que poco ántes habia hecho iguales esfuerzos.

¡Qué buen muchacho era el pobre Melosa! Pero eso no bastaba para ser socio del famoso club.

Tenia, en cambio, dinero. Mas, por desgracia, como era simplemente Melosa su apellido, carecia de relaciones que le prepararan el camino i le abrieran la puerta.

Sin embargo, no era tan desvalido en este

sentido, porque ya conocia a Severo Fernández, de cuya elegancia era Melosa un frenético admirador.

Severo no habia tardado en monopolizarlo en provecho propio, lo que le hacia decir con mucha gracia a Ladrin que Fernández pondria luego plancha de jerente de la sociedad monopolizadora de zorzales.

¡I quién sabe si algo de esto habria en realidad, porque, en efecto, Severo queria dispensarle a solas al pobre Melosa toda su amistad, alejándolo del resto del club.

- —El círculo!—esclamaba Severo.—No hai jugada que no me haya hecho. En fin, mas bien no hablemos—decia, por último, despues de referirle al postulante varios casos de infidelidad flagrante en que habia sorprendido a los carabineros, como solian decirles a los miembros del circulito a que Melosa queria llegar cuanto ántes.
- —Me deben casi todos ellos—decia, por último Severo, con indignada satisfaccion.

I sacaba una lista:

- -Uno, dos, tres, cuatro, todos...
- -Parece mentiral--esclamaba Melosa.

I por su cerebro de bodeguero que a toda

costa queria ser carabinero, desfilaban, mareándolo, uno a uno, con sus flores al ojal i sus pantalenes tan bien cortados, aquellos mucha chos elegantes i tunos hasta lo irreprochable...

I ¿si él queria conocerlos, tunantear con ellos i hablarlos de tú ¿para qué tanta oposicion? O era, por acaso, algun tonto que no sabia las cosas i, sobre todo, lo que le convenia i lo que no le convenia?

Severo no pudo resistir mas i el pobre Melosa, en medio de una comilona estupenda, cayó en manos de aquellos buenos muchachos, inocentemente ansiosos de buenos ratos que, como era natural, ellos no podian costearse todos los dias.

¡Pobre Melosa!

Corbatas, puros, prendedores, comidas, cenas i hasta abonos al Municipal ¡cómo obsequiabal Pero, al fin, los trataba de tú i era uno de los socios mas suculentos del circuito i del club; en fin, ponia noche a noche bancas que desaparecian entre sonrisas i codazos dados por lo bajo, sin que él lo notara.

Melosa se enrojecia, confundido con los noipes en cuyo carteo, suelto y *chic*, no podia iniciarse sin que las cartas se le cayeran al suelo o se le quedaran pegadas entre los dedos sudorosos.

Duró mas de un año aquella vida.

La madre le quitó, por fin, poderes i todo, es decir, le cortó el agua, dispuesta a no morirse de hambre a causa de las barbaridades de su hijo: la bodega estaba vendida i la casa por venderse,

¡En qué forma le cobraban entónces a Melosa, ya fujitivo del Centro, del Club i de la puerta de M. Leblanc!

Entónces él cobró a su vez.

Por medio de un hermanito con los zapatos rotos repartia cartas, diciéndoles a los amigos que se «encontraba mui apurado i que tuvieran la bondad de enviarle siquiera algo de lo que con tanto gusto les habia facilitado.»

Ni la palabra préstamo empleaba. ¡Era para partir el alma!

Reiteraba sus epístolas i el hermanito se pasaba horas de horas al lado afuera del club o pescando por el centro, al paso, como limosnero vergonzante, a los antiguos amigos.

Inútil.

Se reian, escusandose con la mala suerte que los perseguia en las carreras i en el juego.

Melosa eclipsábase, pues, de una manera total.

Se supo que lo habian demandado i las risas subieron de punto.

Una noche en la cantina del Municipal, Ladrin, mui satisfecho i tamboreándose en la pechera, propuso una medida humanitaria respecto de Melosa:

—Denunciarlo como sospechoso a la policia. ¡Se ha vuelto anarquista!

-I la querida?-preguntó uno.

I Ladrin, que estaba mui al cabo de la estadística de ciertos sitios, dijo con solemnidad:

-Ha emigrado a cierto establecimiento...

Ya Melosa no tenia ningun amigo, ya no se le veia en parte alguna, ya nadie se acordaba de él.

¡Solo en el lavatorio de sus antiguos amigos conservábanse aun los menues en pergamino de los banquetes que él daba en otro tiempo!

Pero una mañana uno de aquellos últimos amigos, fieles a su desgracia, se encontró con una carta en que Melosa le comunicaba que habia recibido algunos miles de pesos para «enderezarse i pagar trampas». Concluia invitándo de a comer. «Habrá señoras», agregaba en el

post scriptum, lo que queria decir vengan de smoking, que era su traje favorito.

La comida fué espléndida, desbordante.

Solo que quedó debiéndose i que en la noche el pobre Melosa que así, con *smoking*, habia querido despedirse de la vida, cenóse un puñado de píldoras de estricnina.

—Temo—dijo Ladrin del Valle—que Pedro tenga ganas de imitar a Melosa i que tengamos que ir a dejarlo de incógnitos al cementerio...

¡A la hora de la copa de la tarde a que eran tan aficionados!

Inocencio Lazo tomó resueltamente la defensa de Pedro:

- —I porqué se habria de matar, si con la hipoteca del fundo que dejó su padre ha pagado todas sus deudas?
 - -Lo dudo-afirmó Ladrin.
- —Me consta. Todas. Tendrá lo que quieran de loco, pero es mui caballero para matarse como Melosa. Hai alguien que tenga cargos concretos que hacerle? Veamos.

I aquel grupo de desalmados, de canallas i corrompidos se convirtió en tribunal callejero que juzgaba a la oracion, al acercarse las sombras, cuando empezaban a inundarse de luz las

vidrieras de las grandes tiendas, rodeadas de vida i de rumores; del ir i venir de mujeres del gran mundo i de infelices de manto que pasaban riéndose, reconociendo a los tunantes con los cuales se habian emborrachado la noche antes.

—En efecto—es un buen muchacho—dijo el hermano mayor de los Carreras.

El menor inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Lazo tomó de nuevo la palabra:

- —Se va en tres o cuatro dias mas. ¿No vendria bien darle una comida de adios?
- —¿I si no se va o vuelve antes de hacer la dijestion?
- —Se podrian reunir unas veinte o mas firmas—agregó Lazo, molestándose.

Ladrin aceptó, por fin, pero poniendo sus reservas:

- -No es así no mas esto de dar un banquete. A título de qué?
- —Cómo por qué! ¿No ha sido nuestro amigo? Por lo mismo que se dan todos los banquetes: por comer, beber, reirse i emborracharse.

La resistencia desaparecia ante este argumento final; la comida quedó dispuesta i en el acto el mas especialista entre ellos, futuro autor de un Manual del perfecto comedor aristocrático, partió a conferenciar con Mr. Gage.

De noche ya, se encaminaron a la copa de todos los dias, la que componia el humor a esa hora en que los nervios fatigados hacen crisis, sacudidos por la neurosis inevitable de esa vida.

Caminaban en silencio.

Uno silbaba el vals de *Bohemia*; otro dábale vueltas entre los dedos a su baston; otro avanzaba mirando al suelo, horrorizado con la idea funestísima de no comer *en ville*.

Un airecillo de tristeza i de nostaljia apoderabase de sus fisonomias, haciéndolas aparecer demacradas, ensombrecidas a esa hora en que dependientes, obreras i modistas salen felices i contentas de sus tiendas en direccion a sus casitas, perdidas en las calles atravesadas.

—Comeria en ville—dijo uno de los Carre—ras

En ville!—Es decir, el horror al hogar, el hastio de la familia con su modestia i su órden, insufrible para aquellos desgraciados que solo pueden vivir en el restaurant que aturde i hace olvidar.

Era todo un mal creciente, la despoblacion,

el ausentismo del hogar, la vida ambulante e incierta; el horror a la familia, base de la sociedad i la moral, el que sintetizábase en esa frase vanal, dicha melancólicamente:

En ville! ...

Se acercaron a una vidriera e hicieron un balance de los fondos comunes.

La felicidad encendió de nuevo sus fisonomias; el silencio convirtióse en ruido, la melancolia en algazara.

Es que comerian en ville!—Eterna rotacion alrededor de una vida de que no podian salir jamas!

Despues, en la noche, vendria el club o el garito, el chipe vergonzante, arrojado a la mesa asediada de manos i caras desconocidas, teñidas con el verde de los tapetes; a la mesa en que se agrupa esa poblacion fluctuante entre la cárcel, el burdel o la morgue, poblacion nocturna que se embriaga o se arrastra i roe a la hora en que el sueño, solemne e imponente, rinde las fuerzas del laborioso, del que trabaja, del que fecunda lo que solo su esfuerzo honrado podrá alimentar.

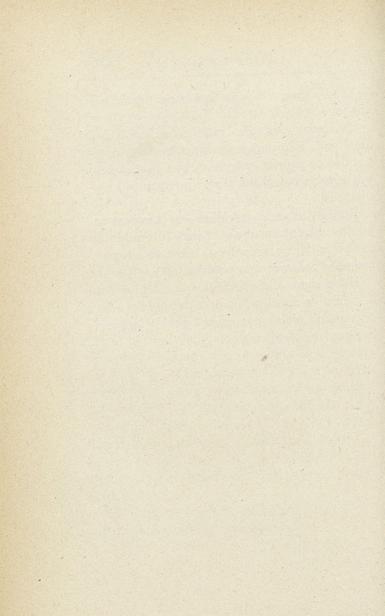
Tuvieron un capricho de bohemios: ir a comer a un hotelito de mala muerte.

La Bohemia estaba de moda por aquel entónces.

Torcieron por una calle silenciosa i mal alumbrada i no tardaron en perderse en la oscuridad de aquella callejuela cuyo piso, áspero i desigual, arrancábales al paso juramentos i maldiciones.

Proyectábanse fugazmente sus sombras sobre los charcos de agua i barro i el ruido de sus pasos, bien perceptibles a causa del silencio, resonaba cada vez mas perdido...

Habia cierto simbolismo de mal agüero en el rumor de aquellos pasos i de aquellas sombras que se alejaban tragadas por la negrura impenetrable de la noche.



Para despedirse de los amigos, mas por oir lo que dijieran que por darles un verdadero adios, era necesario que los buscara en sus casas, en la tarde, puesto que siempre levantábanse a las dos o tres a causa de la vida nocturna que hacian.

¡Pero cómo ir a verlos a todos!

—Sin embargo—pensaba—hai que despedirse de los amigos...

Sumerjióse en un mar de cavilacione:

—Pero no es precisamente el que crea no tenerlos una de las causas que me determinan a alejarme en busca de una vida nueva?... La vieja frase vulgar es cierta: no hai amigos. ¿Ni cómo establecer la amistad entre jente de diferentes gustos, costumbres, maneras i familias, que se asocia i vive con uno mientras le conviene, manteniéndose, en realidad, estraña a nuestras penas, a nuestros dolores, a todo lo que forma

lo mas íntimo i hondo del ser? Los amigos! Quiere alguno un bien de que no pueda hacér-sele copárticipe? ¿Junto con su ruina o su descrédito, hai alguno que no desee la de todos?... Ah! que vínculo, que lazo duradero puede unirlos! ¿O se forma i vive alrededor de algun propósito de bien jeneral o particular esa serie de pequeños círculos que se odian i se calumnian entre si?

Recordaba al pobre Melosa, esquilmado, vejado, empujado entre carcajadas, borracheras i humo de magníficos cigarros al suicidio a plazo fijo.

—I si no se mata...a la cárcel. I son esa clase de círculos los que toman un nombre falsificado con que hacer pasar por bondad o cariño sus infamias? La amistad, los amigos! ¡Cómo pueden existir éstos en las grandes ciudades!... Mentiral En las ciudades no hai amigos!...

I Pedro miraba con desden, con rabia los retratos clavados en la pared i al pié de los cuales habia escrito la mentira una frase, una palabra desmentida cruelmente por la verdad. I qué dedicatoria no tiene que ser borrada antes que se seque la tinta con que ha sido escrital

Sintió algo duro, recio que se pegaba a su

pecho, oprimiéndole el corazon: era el retrato de Maria. Acaso solo ella no lo habia engañado! ¡Acaso!...

Tomó una pluma i escribió: para las dudas no hai mas crisol que el tiempo.

En seguida, escribió la fecha i guardó de nuevo el retrato.

Pero no tardó mucho en borrar lo que acababa de escribir, poniendo en cambio: ¿podría exijirle que sea fiel, que me recuerde, que no conozca a ningun otro hombre?

—I es ya posible—pensaba—que en nuestros dias, plagados de mil sensaciones diversas se conserve el culto a un único recuerdo? ¿Acaso la vida de hoi es la misma que la de antes? Acaso la de hoi, junto con solicitar para mil cosas el espíritu, no hace imposible ya esas pasiones, solo comprensibles cuando la simplificacion espiritual hacia vivir para una pasion única, el amor, el odio, el misticismo?... Acaso la vida moderna es demasiado múltiple para que pueda dedicarse a afectos únicos. Se anda demasiado lijero i las frivolidades, el olvido, la deslealtad van siendo, no manifestaciones del carácter, sino resultantes inevitables de la vida que se hace...

Convencido del fondo de verdad de sus paradojas, sonreíase satisfecho de poder concretar bien sus ideas.

Miraba de nuevo los retratos, mirábalos sonriendo, como diciéndoles: los absuelvo!

—Los amigos! Ah! Son el resultado de un modo de ser colectivo de que, individualmente, solo mui pocos pueden sustraerse. Son inocentes! Han nacido i viven en un medio social encerrado en una circunsferencia maleada, llena de vacios que no ven ni pueden ver... Llegan, viven, hacen mal i pasan, acelerando con sus maldades la reforma que alguna vez ha de venir... Porque alguna vez ha de comprenderse que se vive de una manera anómala, irregular. La reforma, la evolucion orgánica i social! Recordaba sus pasadas lecturas de Herberto Spencer.

Sentia de nuevo los impetus i enerjias que habian sido abatidos casi al nacer por la postracion creciente que lo invadia, rindiéndolo por completo.

¿Será a este mal estraño al que mi amigo el doctor Narvaez da el nombre de neurastenia? ¡Pobre doctor! Parece quererme i es frecuente que me asedie a preguntas de clínica nerviosa...

Me ha tomado por un enfermo! I acaso no se engañe i acaso sea cierto que los nervios van a hacer quién sabe que locura irreparable. Pero la verdad es que su misma preocupacion constante de hallar locos a los demas puede concluir por volverlo loco a él. Seria una locura tranquila, acaso filantrópica, porque no descubro que mal pueda existir en hacerle creer a la jente lo que no quiere aceptar porque ignora los atavismos de que es víctima... ¡Bien deja a la humanida del doctor! Dividida en locos e irresponsables! I por último, ¿si no se descompone así de qué manera dar cabida al perdon, compatible solo con aquella condicion, con la irresponsabilidad?

Miraba de nuevo las fotografias de sus amigos, agrupados en desórden junto a su mesa.

—Son inocentes!... Hai, pues, que verlos i decirles adios.

Le encargaria a uno de ellos, a Inocencio Lazo, que lo despidiera de los otros.

Cuando llegó Pedro, Inocencio Lazo se hacia tranquilamente la toilette.

-Venia a verte.

—I yo me disponia a lo mismo...Tengo algo importante que comunicarte.

Pero antes habló largo i tendido de las últimas aventuras, de las últimas partidas, de la última noche.

- -Te acostarias tarde...
- —A las cuatro... Hacia un frio atroz. El mejor dia me pesco una pulmonia. I no me desagrada la idea. Anoche, despues de comer, fuimos
 a jugar i en un dos por tres nos embolsicamos
 cerca de cuatro mil pesos. Talló Ladrin. Cuatro
 bancas i negocio concluido. Figúrate! Si la suerte no nos abandona esta noche, como que hai
 Dios que vamos a las carreras de Viña...

Se echaba manotadas de agua:

- -A Viña! I quienes irian?
- —Cómo quienes! Los Carreras, que no pueden faltar, Ladrin, Anjelito que está con una suerte de los diablos; Roberto Alba, Antonio Berjel...La joya, la Linda... ¡Figúrate que lista! I mañana, cena ofrecida por Antonio Berjel. Ya sabes que este, cuando llega a abrirse, hace las cosas en forma i sin gastar mucho, lo que no impide que despues se le llene la boca, que la tiene grande, hablando de sus derroches. No hai forma de hacerlo gastar un peso cuando los otros gastan cien... Tambien iria Roberto Pitrufquen...

- -Algun nuevo Melosa?
- —Un animal que se ha abierto con nosotros. Soplaba de nuevo apresuradamente, sumiendo la cabeza en el agua impregnada de agua de Colonia.
- —Anoche—continuó pronunciando a medias las palabras, revueltas en lavaza, anoche perdí la cuenta de las poncheras que nos tomamos...

Se echaba de cabeza, chapuzaba, bufaba, conjestionado por la saludable reaccion de la agua fria.

—A la salida del teatro esperamos a las bailarinas i se armó una mayúscula en el Paris.

Se reia, restregándose la cara con el paño entre las manos.

Un resto de cigarro puro, olvidado al borde del velador, despedia un olor insoportable, mezclándose con el de la agua de colonia i los cosméticos penetrantes de la toilette.

Pero él no notaba nada i continuaba hablando con entusiasmo:

—Era una de poncheras, chico, que no acababa nunca. Con decirte que no puedo acordarme como llegué a mi cama... De lo que me acuerdo es de que llegó al *Paris* Anjelito con

Serafina i armó una de padre i señor mio con Antonio Berjel al cual lo llamó cochino i, por último, hediondo. Sin embargo, si no me equivoco, al salir los dejé abrazados. ¡Qué manera de pelear tienen estos! I mas vale así porque es una tontera andar poniéndose mal por cualquier lesura. Hai que vivir con los vivos, ya que para pelambres, basta i sobra con los que nos echan por todas partes.

- —Sin razon (no es cierto? dijo Pedro riéndose de buena gana con la relacion de Inocencio.
- —Desde luego puesto que a nadie le hacemos mal.
 - -Justo!
- —I al fin i al cabo ¿le importa a álguien lo que uno hace? ¡Qué mas tiene cada cual que hacer de su capa un sayo! Lo que es yo, por lo ménos, no acostumbro andar contando novelas con lo que otros hacen. ¡I cuidado que he visto algo! Me parece!... No hace muchas noches, al abrir la puerta de un coche, me topé con una dama que se tapó la cara al verme. —Se espanta? —le pregunté. I como las copas me habian puesto un poco impolítico le dí un tiron i ¿quién te crees que reconocí?.

Miró hácia la puerta, como en el teatro.

- -Lo ignoro.
- —Cáete de espaldas! A la señora aquella...

I dijo un nombre al oido de Pedro.

- —Así son las cosas —prosiguió. Esperaba al fenómeno que la tiene, segun dicen, como a una querida cualquiera, i al cual le ha sacado los cinco mil pesos en joyitas, amen de que se lleva amenazándolo con el suicidio, si no deja luego a la Fachoda, que, entre paréntesis, se está haciendo pagar mas caro que las esmeraldas... Figúrate! I no son estas las peores! Anoche no mas pos contaban que la... (otro nombre al oido) asediada por... (otro nombre) le dió todas las alhajitas que éste realizó poco despues en el Club. ¡I así se atreven a hablar de los carabineros, es decir del circulito de nosotros!
 - -I ha crecido mucho en los últimos dias?
- —Me parece! Acaba de ingresar Pitrufquen i por todo, no tiene ménos de treinta o mas con la jente que nunca falta o llega a tiempo, como el fulano ese Hurtado... Zenon Hurtado.
- —Cuarenta carabineros!— repitió Pedro con voz de iglesia.
 - -I tu? Estás resuelto a irte?
- -Resuelto, chico, así es que no nos volveremos a ver durante mucho tiempo.

Inocencio se habia sentado al lado de Pedro, con la boca taconeada por la escobilla, impotente para sacar todo el cieno de esa boquita de muchacha, femenina i siempre sonriente.

Lo miraba espantado, pintarrajeada la cara por la pasta roja que destilaba de la escobilla:

—Te estás poniendo leso? Por qué te vas! No falta lugar para nadie. I mira que si sacamos Presidente! La política es un juego i los carabineros tienen ya su candidato.

Las palabras, salíanle cortadas, a medias, empapadas en aquella pasta densa, rojo-oscuro, especie de sangre coagulada, en descomposicion, i cuyo olor mezclábase con el de la agua de colonia i la fetidez penetrante del resto de cigarro.

- -I estás resuelto a irte?
- --Completamente.
- —I aquello?...
- -- Terminó todo i para siempre.

Inocencio se reia a carcajadas, libre ya de la escobilla de dientes:

- -Se me figura que tienes algo de loco...
- —Nada. Santiago me aburre i me voi. ¿Tiene esto algo de raro?
- —Ah, es que no conoces a Santiago porque no has alcanzado a tomarle el gusto.

- -Al contrario...
- —Un dia con otro no se pasa mal i, despues de todo, nunca vienen dos dias iguales. Hai que limitarse a pasarlo lo mejor que se pueda i eso basta.
 - —I figurate que todos pensaran como tu....
 - -Nos ocuparíamos mas de pasarlo bien i ménos de molestarnos mútuamente.
- —I a la larga, no has pensado en qué sucedería si todos pensaran como tu?
 - -Hai jente para todo.
- —Así es, pero el círculo de ustedes va siendo cada vez mas numeroso. Hoi, hai treinta, cuarenta; mañana serán mas i pasado mas, amen de los que, con ménos talento que ustedes, van a parar a la cárcel o a la miseria, por imitarlos, por hacer la vida de ustedes, por hacer la vida que hemos hecho juntos tanto tiempo.

Pedro guardó silencio.

Inocencio no contestaba, preocupado ante el espejo de aplicarse unas grandes tenazas niqueladas a los bigotes rubios, levantados por fuerza sobre los labios descoloridos.

—I si todos pensaran como tu, el mundo se convertiria en un convento —dijo por fin, dejando las tenazas que chirrearon amargamente al contacto del mármol.

-Chico -dijo Pedro - esto es un mal que crece, que hai que combatir porque se arraiga; que hácese hábito, manera de vivir, escuela per. pétuamente abierta i que recluta sin cesar incautos e inocentes. Acuérdate de Melosa, de Pitrufquen, al cual una cómica, acaba de arrancarle una parte de su fortuna; de Anjelito Smith, de Severo, que empezó a jirar sobre una cuenta abierta por quince mil pesos el dia que le presentó la mujercita a Antonio Berjel. «Figurate!» como tu dices. I crees que el ejemplo de Berjel no lo imitarán otros? ¡Piensa en lo que todo esto significa, llegando al hogar.; Qué hijos, chico! I escúchame el sermoneo ¿de ti mismo no se dice que tienes relaciones con una vieja que te subvenciona?

—Eres mandado hacer para echar una prédica!— decia riéndose Inocencio.

—Sermon de tres horas, con jaculatoria e induljencias al que se gane tus consejos! Pero eso me divierte.—Con que se dice que tengo relaciones con una vieja? Ojalá!... Se alisaba su irreprochable peinado, brillante i sedoso, en

que quebrábase la luz que caía perpendicularmente sobre su cabeza.

—Sabes en qué consisten las subvenciones? En un abono al Municipal i no sé qué otra tontera! Si te parece mucho, quiere decir que me cotizas en mui poco.

—Individualmente eso no quiere decir nada. Lo atroz es que se trata de un mal que crece i contra el cual no hai ni ligas ni asociaciones.

Crees que me importa un pito el pais? Ah! si pudiera escribir en mi maleta pas d'Amerique! No seas bruto i que no haya mas consigna que pasarlo bien!—Este miserable tiene razon—pensaba Pedro, mirando a Inocencio que resurjia transformado, ya cercana la noche, mediante la accion de las tenazas, los cosméticos i las aguas perfumadas que daban a su lavatorio aspecto de cantina en desórden i a su dormitorio, ambiente de camarin. Pasarlo bien, pas d'Amerique!... Acaso tiene razon.

I no tardó en manifestárselo, riéndose para dar mayor acento de conviccion a sus palabras en que no era difícil descubrir un dejo de cansancio, cierto eco de adios, de algo que se va, que se apaga o se sumerje. -Me tienes a tus órdenes-dijo Inocencio.

I se miraba de soslayo, de alto abajo, levantándose con ambas manos las guias del bigote que pugnaba por derrumbarse bajo la pomada reblandecida. Pasóse en seguida una uña por sus ojeras profundas, como quien alisa las raspaduras de un documento falsificado. Parecia querer deshacer aquellos círculos negros, lijeramente verdosos, que quitaban toda su frescura a la fisonomía, imprimiéndole el color ceroso yerto de la descomposicion.

El lavatorio, lleno de frascos, pomos i tenazas, perfumes i desinfectantes corrosivos, aparecía cubierto con los detritus de la reciente toilette, semejando algo fúnebre,—meson de gabinete de química despues de algun esperimento peligroso o mármol de sala anatómica despues de alguna diseccion cadavérica.

La flor del hojal, conservada desde la noche antes, ostentábase caida, muerta, en aquel ambiente marchitante.

No es cierto que he quedado como nuevo?preguntó Inocencio, observándose otra vez.

-Te engañas. Estás como esa flor.

Nos pondremos otra en el portal,—contestó sin entender.

I la arrojó al recipiente lleno de agua sanguinolenta.

-Ahí debias ir tú-pensó Pedro.

—Salgamos, dijo Inocencio, disminuyendo la luz del gas.—En marcha i salgamos en puntillas para no tener que pasar a saludar a mi madre. ¡Cuánto mas agradable seria vivir solo en alguna garçoniere de soltero!

Avanzaban en la oscuridad, a tientas para no tropezar, como malhechores, temerosos de ser sorprendidos.

- —Demonio!—dijo Inocencio en la calle ya. —I sabes lo que dan hoi en el teatro? No he leido los diarios.
- —He perdido la cuenta i, ademas, no me importa.
- -Amigo querido, se ha acordado darte un banquete.

Pedro, sin contestar, se detuvo a mirar una vidriera.

Siguieron andando:

- Me parece divertida la idea. No me den nada i de todas maneras quedaré agradecido.
 - -Estás leso?
- -Puede ser. En todo caso, a qué vendría esto de un banquete?

—Hombre, se trata de reirse, pasar un rato mas juntos, ya que no nos hemos de ver tan luego.

—Seria este un banquete en que hallaria muchas cosas que anotar—meditó. I fascinado por la idea, no quiso meditar mas para no decir que nó.

-Qué agradecido voi a quedar!-contestó.

Se dijeron adios:

- -Hasta luego.
- Adios, chico.
- -Te iré a ver para fijarte el dia....

La luz de unos de esos dias opacos i desteñidos, acaso porque el sol se ha escapado sin permiso del cielo, entraba ya al dormitorio de Pedro.

—Señor,—le dijo el mozo—las diez—Esta carta, agregó.

Era un parte de matrimonio.

«Patricio Lucero tiene el honor de invitar a Ud. a la bendicion de su matrimonio con la señorita Magdalena Valleriesgo, que tendrá lugar...... el martes 25 del presente a las 12 M.»

Ella, preciosa; veinte años; toca, canta i habla dos o tres idiomas. Un portento, si esta palabra no resultara con sabor provinciano tratándose de un *bijou!*

El, treinta i cinco o cuarenta, punto mas; plata i muchos cargamentos de ese metal intermedio entre el oro i el carbon.

¡La señora Valleriesgo de Lucero!

--Parece mentiral I Pedro estrujaba entre sus manos el pergamino sonante, como billete nuevo, de la invitacion.

I qué linda era esa picara, de un rojo floral en su exhuberancia de frescura i de sangre, con su pelo negro ondeado en que luego temblarian los brillantes como enjambre de luciérnagas estraviadas en la sombral

¿No era ella la que le habia pedido, al concederle un paseo en uno de los bailes del invierno pasado, que la librara «de los tontos?»

¡Cómo la asediaban esa noche, sofocados, asollamados por la provocadora hermosura parisiense de «Magdalenita!»

¡Qué linda, que hermosa chiquilla!

—Para quién será, para quién la guardará la conveniencia o el cálculo de sus padres!—habia pensado esa noche, sintiéndose enamorado perdidamente de la chiquilla que empezaba a convertirse en mujer, en joya espléndida en que aun quedaba un resto de injenuidad sin que esto quiera decir que ignorara que se la destinaba a un gran papel, acaso a costa de su felicidad.

Acaso salian de ahí ciertos destellos de tris-

teza que solian pasar por sus ojos, haciéndolos vagar fugazmente.

Una enorme orquídea negra palpitaba como un pequeño mónstruo, vestido de seda, sobre la nieve de su pecho semi-desnudo.

I qué podría sacar él con enamorarse! Qué ella lo sospechara? ¿I? ¿Podria por esto llegar a pretenderla? ¡Calabazas en salsa!...

-«Líbreme de los tontos, usted que es intelijentel»

I cómo habia dicho esa frasel De cierto modo que dejaba adivinar que sabia ya cuanto valian sus sonrisas.

- -¿I no me pregunta usted cómo es que me he atrevido a pedirle un paseo?
 - -Por qué?
- —Porque es usted la reina del baile. No son frases de folletin. Es la verdad. Usted sabe que no se enamora ya con frases como en el siglo XVIII.
 - -Ah, si! Ahora se enamora...
- —Con letras... de la Caja Hipotecaria. Con esas «cajas 8» de que usted habrá oido hablar seguramente. Son indispensables.

«Magdalenita» se reia, acomodándose la orquídea negra, que palpitaba al unísono con su seno. —Indispensables? ¿Para comprarnos?...

—A ustedes? ¡Qué ocurrencia! A ustedes no se les compra! Tarde que temprano resulta un mal negocio. Ustedes se revelan alguna vez contra las «cajas 8»... A ustedes no! ¡A los corredores cohechables de productos matrimoniales!... ¡Benditas «Cajas»! Sin ellas, todo es mentira, imposible, ilusion! ¿No es verdad que alego en causa propia como un provinciano recien llegado a Santiago?... Sin ellas no hai rejeneracion, no hai nada, ni derecho a ser creido. ¡Filosofías de lo imposible!

-Habla usted como un enamorado!

-Lo estoi...

¡Cómo recordaba aquel diálogo fugaz entre el torbellino mareador del baile en todo su apojeo, en la hora clásica: las dos de la mañana!

—Enamorado? Sea franco i dígame si es de mí...—le habia dicho abriendo mucho sus grandes ojos negros, inundados de gozo.

-Preguntas sin respuesta!-dijo él.

Una nube de elegantes abria calle en el gran salon, sonriéndose, saludando, llamando la atención para que ella los viera.

Aroma embriagadora emerjia de aquella mu-

jer vestida de gasa dorada en que daba el gas reflejos de champagne.

Tuvo galanterias i desdenes de soberana:

—Vaya usted al baile de los Alba que será brillante. Se lo mando... Adios.

I se habia alejado.

Patricio Lucero la miraba desde un grupo de hombres, cobrándole con los ojos el valse próximo.

El adormecimiento, aun no disipado de la mañana, hacia surjir ante él, como algo ya mui lejano, esa escena del tiempo ido, traida a su memoria por el lujoso pergamino nupcial que acababa de llegar a sus manos.

Ante el recuerdo, aun fresco, de Inocencio Lazo i los carabineros que se insultaban al amanecer en el Paris, surjia la carita sonriente, los dientes engastados en rosa, los ojos llenos de luz de «Magdalenita.» Pero tambien aparecian la cara estúpida i arrugada; los bigotes rebeldesa las tenazas calientes, los ojos lijeramente estraviados de ese cretino de Patricio Lucero.

I como la antítesis de todo aquello, repetia

monótonamente el nombre del fundo a que iba a partir:

-«Lo Ocampo»... Si, «Lo Ocampo».

Recordó que los carabineros, el círculo, lo habian invitado a una comida de adios. Es decir, lo habian tomado como una ocasion para emborracharse. No hubiera esperado tal comida ni tal adios, que no necesitaba ni queria.

Tampoco esperaba aquella invitacion a la boda de la mujer de que se habia sentido enamorado.

La casualidad, la suerte, le ponian, pues, en situación de observar de cerca esas dos fiestas con que clausuraria su vida de la capital.

Queria ver, mirar por última vez a aquella jente de que ya no volveria a saber.

Estaba resuelto, en el campo ya, a no recibir cartas, diarios, nada que le hablara de Santiago, al cual queria borrar, perder de vista por mucho tiempo, por varios años por lo menos, para ver enseguida si las predicciones que hacia al partir eran confirmadas despues por los hechos i la vida misma.

¡Qué seria de toda esa jente el dia lejano en que volviera a la capital! ¡Hermoso plan, sin duda, para una novela, sin mas intriga que la realidad misma, deslizándose, fielmente interpretada!

¡Perder de vista a ese mundo, no verlo, no pensar en él!

I entre tanto, escribir algunas notas, apuntaciones sueltas, sobre todo aquello en que habia andado. Adivinar lo que iba a pasar, la marcha que iba a seguir esa sociedad de que huial

I en seguida, volver a ver, a comparar si la realidad lo desmentia, diciéndole que se habia engañado i que no habia sabido observar...¡Qué hermoso proyecto!

Estaba seguro que sus personajes rodarian al abismo insensiblemente empujados por esa vida falsa, sin base ni objetivo; edificada sobre errores, engaños i prejuicios derivados de una educación que él juzgaba inmoral e inadecuada.

Esa idea de que conocia el mundo de que iba a separarse i que deseaba pintar, hacia renacer en él nuevas fuerzas de juventud, ímpetus, vigores de lucha.

Creia conocer la vida, el medio en que habia vivido. Luego, juzgaba lójico pintarlo i huia a emprender lejos la noble tarea.

«Lo Ocampo», «Lo Ocampo»!

Ah!, luego, mui luego, la realidad, los acontecimientos mismos, lo rectificarian, mostrándole que habia asertado o que se habia engañado lamentablemente.

—Espléndida ideal—murmuraba alborozado. —Ah! i si al volver, los sucesos han seguido otro curso? Quiere decir que no he visto nada, que no sé nada, que soi ciego, que no sé ver. Someter lo observado a las rectificaciones del tiempo!

Sentíase feliz i mas rebelde que nunca a la vida de que se despedia.

Eran las dos cuando subió a un coche de alquiler.

Recordó las citas pasadas.

¡Cómo se iba el tiempo! I tambien la vida!

—A la Quinta Normal!—le gritó al cochero, reclinándose en un ángulo del coche que rodaba ya, saltando sobre las piedras.

Asaltábalo de nuevo la estenuacion, el desfallecimiento mortal de sus nervios que volvian a apagarse.

Cerró los ojos.

— Qué he de poder hacer! Acaso estoi demasiado enfermo; la enerjia aparece como el fuego que se apaga bajo la ceniza que lo cubre.

Al llegar al restaurant, subió a uno de los comedores en altos.

Todo continuaba lo mismo en ese comedor en que habia estado meses antes con Maria.

El sol iluminaba las descoloridas sombrillas de las ventanas.

Se asomó al balcon i su pecho oprimido se llenó de aire saturado de emanaciones vejetales.

Haria dos meses que habia estado ahí; afirmado en ese mismo balcon.

Las mismas oleografias representando naturalezas muertas, las mismas mesas trinches con sus espejos empañados, el mismo florero al centro de la mesa vacia!

Se sentó en el sofá de cretona i pidió una botella de oporto.

En seguida, se acercó al piano i pasó los dedos por el teclado amarillento.

¡Qué infinita dulzura brotó del pobre piano cuyos enchapados de nogal desprendíanse como de un ataud!

¿I aquel otro, el alquilado para «el nido», en que ella tocaba algun pedazo de su música predilecta? Quién lo arrendaria despues!

Pasó de nuevo la mano por el teclado i difundióse un sonido inarticulado, un verdadero sollozo de garganta anudada por el dolor.

—Adios, que lo que es yo no he de volver por aquí, dijo al alejarse.

Concluia la hora señalada para las consultas cuando Pedro golpeó suavemente los vidrios de la puerta que separaba la melancólica sala de espera del salon de recibo del doctor Narvaez.

El doctor empezaba a ser el galeno de moda por aquel entónces.

Los médicos, como los cómicos, los confesores i las cortesanas tienen sus períodos de fama, de popularidad irresistible, casi magnética.

El doctor Narvaez alcanzaba uno de esos períodos.

Se diria que, acaso porque la jente aristocrática tiene mas derecho o propension a quejarse sin motivo, no hai ni gran mundo ni jente de rumbo ni familias de campanillas, sin estos médicos favoritos i complacientes que le dan en el gusto al enfermo, no sacándolo de su capricho de adolecer de graves males nerviosos, pero nada mas que nerviosos.

Bajo ese nombre severo i cortante de Doc-

tor Narvaez, decia la plancha de bronce reluciente, recien limpio: Enfermedades cerebrales.

¡El doctor Narvaez i las enfermedades nerviosas; las enfermedades nerviosas i el doctor Narvaez! ¡Qué puntito de misterio habia en todo eso!

¿Qué persona del gran mundo no sentíase a la sazon atacada de histerismos i neurastenias?

—Si será cierto—pensaba Pedro—que este maldito doctor dá una serie de nombres estraños a los actos i a las cosas que en realidad no deben llevar otros títulos que los que les asigna el Código Penal!

Hacia ya dos años o mas que no lo veia.

* Habia sido tan completo el cambio esperimentado por el famoso neurópata desde la época lejana en que solo recetaba friegas i purgantes, que Pedro habia sentido una verdadera sujestion, un deseo irresistible de verlo i consultarlo.

¡Qué progreso en aquel hombre estraordinario que gozaba a la sazon de una fama inmensa i bajo cuya mirada de astrólogo, fria e inmóvil, ya no iban quedando, ni para remedio, refractarios al hipnotismo! Así cambia todol

De una raiz nace una orquídea; bajo la suciedad, luce el oro.

¿Acaso Napoleon no fué un simpleteniente de artillería?

Por qué no creer entónces en la fama creciente del doctor!

Empezó mal i torpemente, es cierto.

Un dia recetó un baño mui frio a un tuberculoso abrasado por la fiebre.

—Me matan! Me asesinan! gritaba el pobre con los ojos fuera de las órbitas ante la nieve que flotaba en copos níveos sobre el baño.

El enfermo envestía, echando espuma, crispado por el terror.

Hubo necesidad de maniatarlo.

Entónces se le sumió tranquilamente en el baño i el doctor respiró lleno de satisfaccion profesional:

-Veamos los efectos.

El enfermo se sacudia en un espasmo incontenible, cuyas sacudidas horribles parecian desarticularlo.

Pero el doctor continuaba sonriéndose con las manos a la espalda, con el termómetro tras la oreja, inclinada sobre el baño la cabeza de la cual desprendíase oscilando la cadenilla de oro de los anteojos de aumento.

-La reaccion-murmuraba.

Sin embargo, la reaccion no vino tan luego i cuando sacaron al enfermo estaba ya ríjido, crispado, con los dientes trizados por la fuerza horrible con que habia apretado las mandíbulas.

Poco despues, el doctor se dedicaba a otro ramo de la medicina. Un cambio de rumbosl ¡I ahí si que clavó, por fin, la rueda de la

fortuna!

Habia asertado por completo llegando a convertirse en el árbitro supremo e inapelable de todas las irregularidades nerviosas de la aristocracia santiaguina.

Era un médico chic al cual le habian repugnado las clínicas del dolor barato.

Acababa de hacer una curacion famosa. — Antes de ser enviado a Europa, una hermosa mujer, jóven, bellísima, circunstancias que influian poderosamente para que fuera mas conmovedora su desgracia, lo habia llamado para que examinara detenidamente a su marido cuya médula espinal reblandecíase hasta el estre-

mo de no dar ni señales de volver a endurecerse...

Qué hacer!

El doctor recetó balnearios, baños de mar, muchos baños de mar; duchas, mariscos i ablusiones de agua helada.

Espléndido resultado!

A otros recetaba la música, el caviar; el violin, la flauta i los resultados eran igualmente espléndidos.

Era un mago i sus conferencias públicas, pronunciadas con su característica voz gutural, repercutian ya en las sociedades científicas del estranjero.

Todos los misterios del organismo cerebral parecian reflejarse en su fisonomia severa e inmutable, enorme, huesosa, de pómulos prominentes que dejaban parpadear en la penumbra de unas cejas inmensas sus ojos impasibles i escrutadores que brillaban como tras una vitrina.

Intensamente pálido, como si recibiera en las cavidades profundas de su rostro el reflejo de alguna luz tumularia, descubríanse en su continente ciertos ademanes pronunciadamente sacerdotales.

La naturaleza misma de su especialidad, retrayéndolo del visiteo diario de los doctores al por menor, habia hecho de él un ser misterioso, de gabinete.

En efecto, era mui raro divisarlo en su pequeño carruajillo en cuyo oscuro interior nunca se le vió sin algun gran libro entre las manos

Preferia su gabinete en cuyos grandes sillones de cuero negro, perdíase por completo, cubierto de pieles en invierno i siempre rodeado de máquinas i aparatos eléctricos, libros i mesillas cubiertas de cerebros de porcelana que observaba sin cesar, entregado a sus meditaciones, de las cuales parecian surjir los espectros que vagaban por la pieza.

¡Cómo miraba aquellos promontorios de color ceroso que nada dicen al profanol

I cómo abstraíase ante sus cráneos cortados verticalmente i rellenos de nudos, escoriaciones, glándulas, vértebras, médulas i vasos sanguíneos que contrastaban de una manera estraña con el colorido de los cuadros, el tono blanco, purísimo de los mármoles i el tinte oscuro de los bronces!

¡Curioso gabinete de sabio i de hombre de

mundo, que infundia a la vez, en agradable contraste, pavor i agradol

El agradecimiento imperecedero de cuantos cretinos o reblandecidos, curados con los balnearios i el agua destilada, patentizábase ahí en multitud de cuadros i mármoles importados!

Un Hipócrates de mármol verde i pupilas ciegas parecia inclinarse para observar mejor a su sucesor, el doctor Narvaez.

Hipócrates era un ignorantel Hacia, pues, bien en inclinarse ante su sucesor.

¿Sospechó acaso que, andando los años i los siglos, tanto iba a adelantar la ciencia que el doctor Narvaez descubriria que el adulterio, evolucionando a traves de una serie de estados nerviosos, no era ya otra cosa que el histerismo?

¡Ni qué iba a imajinarse que al fin—al cabo de muchos siglos, es ciertó—la estolidez i el reblandecimiento llegarian a curarse con una temporadita en el *Gran Hotel* de Viña del Mar!

¿I era acaso el haber hecho tales descubrimientos, sancionados por un sin número de casos prácticos, lo que, sentado en su severo sillon negro, dábale cierto aspecto de estátua?

Su misma fama, rodeándolo de esa atmósfera

fria en que viven los ídolos, casi llegaba a perjudicar su popularidad por que ya no todos los que deseábanlo atrevíanse a ir a consultarlo, a golpear suavemente con la punta de los dedos encojidos los vidrios, en que aparecian figuras medioevales, de la puerta que separaba su gabinete de la melancólica sala de espera.

Sin embargo, Pedro golpeó resueltamente i sus tres tan, tan, tan, repercutieron lúgubremente, como diciendo: no se puede entrar, el doctor está en consulta con Hipócrates...

Hubo un breve silencio, interrumpido apenas por el lento papeleo que percibíase en el interior.

Pedro sintió deseos de retirarse, sobrecojido de repente por el silencio profundo de aquellas habitaciones en que recibíase solo al dolor que puede comprar con mucho dinero la compasion o el alivio.

Pero ya estaba ahí. I, sobre todo, por qué no entrar. Lo habia conocido tanto en otro tiempo, cuando Narvaez era naranjo i solo recetaba friegas i purgantes...

I si Narvaez no lo reconocia? Golpeó de nuevo. —Adelante—dijo una voz grave, solemne, voz de reloj que da una alta hora de la noche.

Pedro se halló, por fin, ante el sillon negro, ante la piel, ante el Hipócrates de mármol verde i pupilas ciegas.

El doctor continuaba dando, indiferentemente, vueltas i mas vueltas a las hojas de un libro acribillado de subrayaciones, lacres i azules.

¿Habria adivinado que se trataba de uno de esos enfermos en que, en realidad, hai algo que curar? ¿Se declararia por esto mismo anticipadamente impotente, no atreviéndose a hablar, permaneciendo en silencio, en pleno ejercicio del mutismo, como diciéndole ¡hombre, por Dios, váyase, vea a otro, que lo que es yo, de nada puedo servirlo!

—Señor—dijo por fin—acercándose el libro a los ojos—hágame el servicio de tomar asiento.

Pedro miraba, escudriñándolo todo en un ojeo fugaz, fulminante, como quien trata de observar bien un sitio donde está cierto que no ha de volver.

Sobre una pirámide de libros, que no parecia mui segura, símbolo exacto de la ciencia humana, ostentábase un cráneo vacio cuya mandíbula inferior, sostenida por medio de resortes,

9-10

oscilaba, riéndose del doctor, estremecida, seguramente, por los trancos de Pedro al entrar:

¡Qué pronunciado aspecto místico i profano a la vez tenia todo aquello!

De un enorme jarron chino, bibelot inmenso, surjian el esternon i el cráneo de un esqueleto que miraba asustado, saliendo de un encierro demasiado grotesco para sus despojos anónimos.

¡Qué elegante capricho hermanaba así la austeridad de la ciencia con el culto del bibelot! ¡La elegancia con la filosofia que surje de los despojos!

¡Qué ataud mas estravagante para aquella osamenta blanca, pálida, casi nívea i con cuyas cavidades, vértebras i costillas andaba a diario a plumerazos irreverentes el mozo del doctor!

Luego, al fondo, entre dos estantes de madera de rosa de que desprendíase un olor suave a encajes, a reliquias de amor, un espléndido dibujo, orijinal de Emilio Bayard: aquellas dos mujeres con sombrero Pompadour i opulentos pechos desnudos que se baten a florete sobre un prado verde, abrillantado con las pulverizaciones joyescas del rocio.

I todavia, rodeando aquel dibujo cocotesco, los

diplomas de sociedades estranjeras, las medallas de oro surjiendo de la felpa roja en que ostentábanse como en el abdómen de una botella de *champagne*; las ofrendas, los obsequios de la jente pudiente i agradecida a los prodijios operados por medio de las múltiples i secretas aplicaciones del agua destilada.

Al pié,—espontáneamente atornillado—, al pié de una pequeña Venus de Milo, decia una plancha de bronce: Patricio Lucero, agradecido, al doctor Narvaez.

Pedrò dió un salto en su silla:

—Patricio Lucero, el novio de Magdalenita? I de qué podria padecer ese cretino, gordo i vendedor de salud?

—Quién pudiera saber todos los secretos de este diablo—pensaba Pedro i, distraidamente, tomó un libro manuscrito que decia al empezar: Clínica privada del doctor Narvaez.

Empezó a hojear. Habia un índice. Leyó, pasó la vista asediado por la curiosidad mas intensa. Una série interminable de nombres conocidos, solteros i casados en su mayoria, pasaba ante sus ojos estupefactos. ¡Cómo! ¿Eran algunos de esos mismos nombres que rodaban por los diarios en esas secciones destinadas a

vender unos cuantos ejemplares mas mediante el fomento diario de vanidades injustificadas?

¿De tal modo que tan frecuentes eran en la sociedad santiaguina esos males, hereditarios o adquiridos, que el doctor disfrazaba con nombres de moda i que curaba por medio de la agua destilada i temporadas de balnearios?

El libro empezaba por un índice o rejistro de todas las personas sometidas a los tratamientos de la agua destilada i las máquinas eléctricas.

¡Cuántos nombres conocidos!

¡Cuántos histerismos catalogados ahí con todos sus antecedentes i manifestaciones!...

O esta sociedad necesita de una curacion radical, que no podrá salir por cierto de estas maquinitas eléctricas sino de un cambio de hábitos, o el doctor engaña miserablemente a la jente. Una de dos. Porque, cómo, pensaba, pueden bastar estas maquinitas niqueladas para curar los males morales? ¡Qué máquinas! Vida nueva, nuevo surco, nueva semilla, nuevo aradol...

Los nombres pasaban i pasaban ante sus ojos, nombres de pícaros, de ladrones enriquecidos, de viciosos ya en la semi-imbecilidad; de mujeres que aborrecian a sus maridos, de otras que los engañaban, de otras que agonizaban en una fidelicad dolorosa que les costaba la vida.

Pedro seguia leyendo i, de súbito, se estremeció de nuevo sin dar crédito a lo que veia: el nombre de «Magdalenita»; Magdalenita Valleriesgo: alucinaciones, «manía mística»—decia el índice.

¿Ella, manía mística?

I de qué manera tenia catalogado ahí el doctor a sus clientes, es decir a una buena parte de la sociedad: por familias, matrimonios, simples individuos.

Pedro estaba estupefacto.

No sabria curar el doctor, pero por lo ménos sabria señalar los males.

—I qué dice usted—preguntó, por fin, sin levantar aun la cabeza.

Se sacó sus gafas i, despues de limpiarlas, reconoció a Pedro:

—Usted por aquí... Escúseme la distraccion; hacia una consulta importante. Usted dirá en que puedo serle útil. ¿Lo de siempre? ¿Los nervios malos?

Usaba con Pedro esa finura, esa amabilidad, cortes i galante pero severa, que impide ir mas allá, señalando distancias que no pueden ser

salvadas por el solo hecho de que dos personas se hayan conocido en otro tiempo.

—He venido a hacerle una simple consulta; mas que una esposicion de síntomas o males que no puedo precisar bien; una relacion de lo que siento, de lo que deseo, de lo que pienso hacer.

El doctor pareció interesarse con la forma un poco inusitada que empleaba Pedro para consultarlo:

—Mui bien, mui bien, así me ahorra usted una serie de preguntas.

—En una palabra, señor, siento un malestar que puede ser la consecuencia de una vida desordenada, pero que en todo caso no es un simple malestar físico. He hecho lo que llaman, talvez por sarcasmo, vida alegre. I aquí me tiene usted: una série de preocupaciones intensas, mortificantes, la desesperacion; a veces el ódio a mi mismo; la conciencia de haber obrado mal, de que no se hace nada, de que se rueda, de que se va a caer. ¿Es esto lo que sienten todos los que han llevado mi misma vida? Me siento poseido por crisis irresistibles, por deseos de algo nuevo, por desesperaciones i melancolías profundas, nacidas de lo mas íntimo del ser.

—Los síntomas de la vida que se hace irregular, de que el cerebro puede caer... puede caer...

No hallaba la palabra, la frase.

- —De que el cerebro puede caer en la sombra—dijo por fin, retiñendo de sombra sus palabras.
- —Deseos de hallarme solo, de aislarme, de encontrar la manera de no sentir.
 - -Sí,-repetia el doctor.
 - -De huir, de no volver.
 - -Sí, sí...
- —He concluido por resolverme a abandonar a Santiago, culpando a esta vida del trastorno creciente que noto en mi.
 - -Sí... prosiga usted.
- —La voluntad desaparece, doctor. Va de una cosa a otra sin detenerse, sin que pueda fijarla en ningun propósito. Solo una idea inalejable se ha apoderado de mi. La idea de recluirme por muchos años, de escribir algunos apuntes de la vida santiaguina.
 - —Si, si...
- —Creo que es una gran idea cuya realizacion me encaminaria hácia otros objetivos...
- —I ha concretado usted bien esa idea? Quisiera conocerla.

—Ah, doctor! Es un hermoso proyecto, estoi seguro.

—Cuéntemelo usted—decia Narvaez con interes, feliz de haber encontrado una manifestacion clara de locura en aquel proyecto estrafalario—Sí, prosiga usted.

Es mui sencillo, doctor. Quiero borrar por muchos años a Santiago, de donde me alejo lleno de observaciones sobre su vida i sus personajes, tomados en las mil faces de la vida real. ¿Puede haber algo mas sencillo? Es el punto de partida, el esqueleto de mi proyecto.

-Sí, sí, prosiga usted.

—Despues de realizada mi obra, en cuatro o cinco años mas, volveria con ella para someter lo escrito a las rectificaciones de la vida ¿me entiende usted? Es decir, volveria a ver si me habia engañado o nó en lo escrito a la distancia. ¡Es un hermoso plan!

El doctor lo observaba con la cabeza inclinada i los ojos fijos.

—Volver a estudiar si la realidad de los hechos presentidos nos desmientel Hermoso proyecto!—balbuceó el médico sonriéndose.

--I es esta idea, doctor, la que hace renacer mis ímpetus, mi vigor. Si al regresar, personajes i sucesos han seguido otro curso del pretendido por mi, querria decir que me habia engañado, que soi un idiota o un loco.

—Sí, sí, mui bien,—repetia el doctor, feliz de tener ante si ese curioso plan que el pobre Pedro no podia precisar bien, entreviendo solo en esqueleto un argumento que realizado acaso resultaria jenial, soberbio en su eterna ironía de lo imprevisto, que a veces es en la vida lo lójico.

—Sí— repetia el famoso doctor, dispuesto a agregar el nombre de Pedro a la famosa clínica, comprendiendo así en una misma lista i en un mismo catálogo a sus enfermos i al que queria pintarlos.

—La verdad es inocultable, doctor —prosiguió Pedro. — Inocultable; es inútil no confesarla, porque a lo mejor asoma, impensada, en parto horrible de monstruosidades; i entonces,... entonces los hombres se doblan los pantalones para no mancharse con aquellas inmundicias i las mujeres se llevan a la cara el abanico para ocultar lo que pasa en el corazon.

—Sí, sí, mi señor, mui hermoso proyecto dijo de nuevo el doctor, sonriéndose siempre, desplegando sus labios inmóviles bajo los cuales divisábanse unos dientes ruinosos, ladeados, rendidos por una voracidad de muchos años, amarillentos como saturados de estraña purulencia.

-En efecto, es un hermoso proyecto-repi-

Ambos personajes guardaron profundo silencio.

Narvaez cerró la boca, movió despues la cabeza i sus anteojos desprendiéronse majestuosamente, detuviéronse, por fin, entre los pliegues de su gruesa levita.

Meditó, apretando los ojos doloridos; buscó apoyo para su cabeza caldeada de ideas.

En seguida, se puso de pié, avanzó hácia Pedro i, al llegar a él, le puso la mano en el hombro i lo miró con infinito cariño:

—Hermoso proyecto, amigo mio; pero hai que abandonarlo; no pensar mas en él...

I qué melancolía, qué vaguedad, qué mezcla de ironía i de lástima habia en las palabras del doctor!

- --Sí, hai que abandonarlo.
- -I por qué, doctor?
- —Confíe en mi esperiencia—dijo el médico con acento paternal.—I por hoi no hablemos mas de esto, hijo mio. Usted está enfermo, ne-

cesita un reposo mental absoluto; calma, hijiene. Calma mental i física. Váyase cuanto ántes al campo. I olvidarse de todo, de Santiago i de su vida. ¿Qué interes tendria pintar esta vida? ¿Acaso no la conocemos todos? ¿Acaso no la desconocen solo los que pretenden conocerla?

Pedro, abismado, escuchaba en silencio.

—No lo olvide, jóven amigo: son los que pretenden conocer la vida los que no la conocen.

Narvaez se sonreia de nuevo.

- -Acaso usted tenga razon, doctor.
- —Cuándo vuelve usted a Santiago?—preguntó el galeno.
 - -Quién sabel
 - -Reposo, tranquilidad, pasar alegre.
 - -He ahí el secreto de la vida.
 - -Así es, así es...

I golpeaba el hombro de Pedro como diciéndole: hemos terminado.

- -- Adios, doctor. Seguiré sus consejos.
- —Sí, sí, hai que seguirlos, repitió Narvaez, que parecía encariñarse con la melancolía floreciente de su nuevo parroquiano.
- —Sí, sí,—repitió Pedro, i al salir a la calle, en la acera, teñida por una franja de sol poniente, murmuró entre dientes:

—Qué caro cobran los tontos por decirle a uno loco!

Sentía deseos de insultar a ese imbécil que lo habia tratado de loco.

¿Ven los que no son tontos, los que no son Narvaez en jeneral, ciertas pequeñeces, ciertas insignificancias que solo ellos perciben, poniéndolos así en situacion de no engañarse, de ser prácticos, perpétuamente sensatos?

Con qué flema habia dicho: ¡son los que pretenden conocer la vida los que no la conocen!

Algo estraño, un soplo de poesía, de certidumbre sibilina habia silbado entre los dientes carcomidos del doctor al pronunciar la frase vulgar, sentenciosa i, sin embargo, terrible.

Pedro asustábase al recordarla.

Se detuvo abstraido, con la vista fija en el sol que inundaba la acera.

¡Son los que pretenden conocer la vida los que no la conocen!

Seguia andando en direccion opuesta al centro de la ciudad i no tardó en encontrarse, ya cercano a la estacion, en medio de un contínuo ir i venir de jente del pueblo.

La estacion no distaba mucho i, en efecto, el ruido de las máquinas percibíase mui cercano.

Se detuvo de nuevo, queriendo prolongar la vaguedad, ese estado de semi-inconciencia, paréntesis del espíritu cansado.

Era la oracion.

Oíase ruido de campanas, silbatos i coches, que llegaban en demanda del tren de la tarde.

La Quinta Normal habia quedado atras.

Sintióse un ruido sordo. Era el tren que se iba. Copos de humo negro flotaban ondulando sobre el convoi.

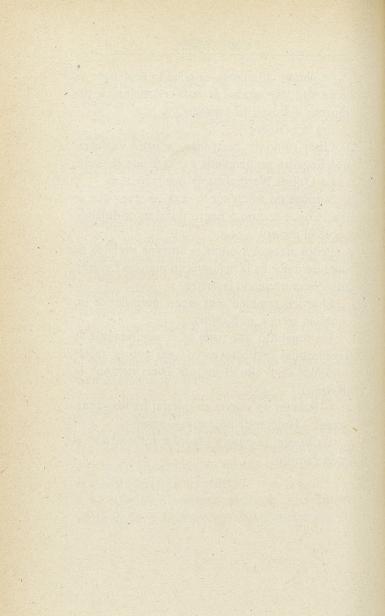
Pedro alcanzó a mirar la linterna preñada de luz i de dolor de la máquina en marcha i el tren pasó estremeciendo la tierra.

El se iria tambien mui luego, pero donde no hubiera trenes, ni Narvaez.

Un organillo, que nada sabia seguramente de las filosofías de Pedro, movia sus pobres teclas tocando algo que él no oia hacia tiempo: la *Bohemia*.

—Puccini de puerta en puerta, en los suburbios.... Todo se democratiza—pensó.

I a su vez, se puso a recordar torpemente el vals famoso.



Aquella mañana, la calle de Huérfanos i el Portal viéronse desde temprano invadidos de muchachuelos de sombreros de pelo i guantes, con los cuales saludábase alegremente de una vereda a otra.

Esta sola circunstancia habria bastado a cualquier santiaguino, para comprender que iba a tener lugar algun gran matrimonio.

Veíanse ya, tan de mañana hasta esos personajes, síntesis de la vida callejera i que, en efecto, parece que vivieran en las calles.

I ¿cómo i a qué majico conjuro aparecian ahí, de súbito, irrumpiendo de quién sabe dónde?

Señoras i niñas, el eterno Santiago en su eterno itinerario matutino, de la iglesia al centro, pasaban en grupos apresurados, corridos por alguna hora que veníase encima rápidamente, amenazando no dar tiempo ni para clavarse todos los alfileres, ni para ensayar una vez mas el beso riente i sonoro, el abrazo, la sonrisa que

hai que ofrendar a todos los pobres novios—sonrisa llena de recuerdos, de nostaljias en que pasan como fantasmas que se desvanecen al eco de la marcha nupcial que se apaga, i el traje blanco, el lazo azul de las buenas madres de los Sagrados Corazones; las violetas, el traje de tul del primer baile....

El centro que se llena i se vacia con la misma facilidad que un muestrario, o que un proscenio, iba quedando desierto, solito, resonando bajo los tacos vergonzantes de las dependientes de tienda que se dirijen a sus casas con mucho apetito, i entre las manos, con el portamonedas grasiento en que va el veinte para el carro. Pobre jentel qué simpática i que buena!

Solo ella no va a la gran boda. Mira, pasa sonriendo, contenta, feliz, con la idea del almuerzo que espera.

En cambio, que náusea interminable de sombreros relucientes i guantes color de oro, color azahar, color lila, sale de Gage, despues del wisky con agua indispensable!

¡Qué nube de sombreros que relucen al sol, orgullosos de las caricias recientes de la plancha de Mr. Dumas!

Los guantes blancos, las flores de ojal ponen

alegre. Positivamente! Inspiran curiosidad, ponen espansivo, abren nuevas perspectivas a la vida de un dia que no se sabe como pasar. Flotan tantas ideas primaverales en que abren los azahares nupciales!

Las luces, el oro de la capa pluvial; las mantillas sobre mil caritas hermosas en que aparece la tristeza de una envidia encantadora; el incienso, ese sagrado vapor de topacios; la música, que trae recuerdos hasta a quien no los tiene; despues el champagne, a la hora de la matiné que termina con el crepúsculo, cuando la novia va ya léjos, con su maletin de cuero ruso, su velo, su *Canotier* de viaje....

Incienso que se va; azahares que se reparten en seguida, como el botin de una felicidad que acaso no llegue nunca!

¡Qué mas es un matrimonio! Ni que ménos podria ser!

Sea como sea, cuando a cada cual le llega esa especie de pregon de cartulina en que la conveniencia o el amor, o el deseo de casarse une dos nombres, antes de hacer psicolojías, cada cual piensa en si habrá que comprar algo nuevo para asistir a la ceremonia.

Viene la mirada al ropero, a las corbatas, ca-

da vez mas viejas, al sombrero cada vez mas ansioso de paz i de polvo.

Divísase, por fin, la puerta repleta de curiosos, que da acceso a la iglesita, pequeñita, como de juguete.

¡Cuántas pecadoras venidas a ménos i que han conocido al novio, mézclanse con la turba que cuchichea admirada, mirando con avidez!

Como que es Patricio Lucero el novio, el que se casa, clausurando para siempre el período de sus tunanterias célebres, inolvidables i que perpetuarán su nombre.

¡Qué fiesta para despedirse de su vida de soltero dió ese bárbaro!

¡Una borrachera de a cinco mil pesos en champagne, a la cual por tratarse de una despedida, asistió en cuerpo la familia de la novia!

Era tan simpático, segun decian, ese diablo de Lucero!

Acaso por esto la primavera por venir se habia apresurado a disfrazar con unas cuantas hojas de un verde naciente i tierno, hecho de sávia i de luz, la desnudez de los árboles.

I el sol, que él habia visto tan pocas veces ¿podria portarse mejor?

El cielo, despejado lucia un azul fulgurante, como ojos de novia.

Los carteles de los teatros, anunciaban la *Bohemia* i los pájaros, como si algo tuvieran que hacer con esto, cantaban el *Quésta e Mimi*, parados en los brotes nacientes.

Espléndido dial

Los convidados entraban, poniéndose los guantes, que acaso hubieran podido ser negros, saludando, sonriendo, poniendo la mejor cara i mirando a todas partes.

Un ruido de dia de *Te Deum*, de parada militar, de algo nunca visto i estraordinario, llenaba la acera.

Cuantas esclamaciones sueltas!

-Estos tunantes! Alguna vez caen!...

I qué manera de caer! Casándose con una de las muchachas mas lindas de la capital.

El ruido de pretales, de herraduras i portezuelas no cesaba un instante, haciendo comprender que la ceremonia habia empezado ya.

En efecto, la capilla, especie de bombonera pequeña i reluciente, estaba repleta, desbordando concurrencia al salon semi-oscuro que le sirve de vestíbulo i en que se charla a media voz; concurrencia que salia a la galeria con vista al gran patio lleno de flores i palmeras. Diputados, senadores, altos funcionarios públicos; eminencias del foro, las cortes i la administracion, repartidas en grupos, hablan, discuten, manotean i sacan cuentas. ¿Se trata de alguna crisis o de alguna votacion importante por venir?

La jente mas jóven baja la galeria que da al patio aireado, fresco, lleno de luz i en que los iuvitados pueden estar como en la calle de Huérfanos, hablando de todo, fumando, riéndose, quejándose de no haber almorzado antes de venir a la iglesia.

En realidad, la ceremonia celébrase allí adentro, en la pequeña capillita, mui distante, tanto, que nada podria saberse de ella si, de cuando en cuando, el monaguillo no tocara una campanilla de sonidos cristalinos, risueña i que dice: nos vamos, esto concluye porque el oficiante tambien se aburre, pésanle demasiado las piedras i bordados de su capa monumental...

¡Himno, salmodias, rumor de frases soñolientas divididas en pausas, que suben i bajan i que, monótonamente, suben de nuevo al llegar al final para bajar otra vez al empezar alguna nueva frase!

Muchas flores blancas, guirnaldas i el mismo campanilleo acompasado indicando que hai que arrodillarse.

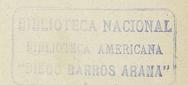
Entónces, cuando los hombres se hincan, dejando ver al interior de la capilla ¡qué espléndido espectáculo, qué cantidad de mantillas sobre las cabecitas inclinadas, inmóviles ante cuyos párpados semi-cerrados, pasan quién sabe qué sueños, ilusiones, esperanzas, las tristezas, alegrias i vaguedades, mitad mundanas, mitad místicas, que trae ese olor mareante del incienso, las flores i los perfumes aun no desvanecidos de la toilette reciente.

¿Sienten algunas deseos de llorar? ¡Porquépiensan otras, en medio de una fiesta tan hermosa, en el convento, en los rizos que caen cortados por la tijera conventual!

¡Cuántos sollozos estallarian, si pudiera romperse el silencio profundo de ese instante sagrado!

Se diria que se siente cómo pasa el suspiro que visita el pecho de esas lindas mujeres.

Pero los ojos vuelven a abrirse i el oficiante aparece de nuevo ante los novios, emerjiendo



de una apoteósis de reflejos i de luces, entre perfumes que flotan, como tallado en una masa de oro salpicada de piedras preciosas.

Su hermosa cabeza fatigada, inclínase sobre el libro de cantos dorados en que lee con la voz monótona de quien repite algo que sabe de memoria.

¡Qué miradas de arrobamiento i de timidez tienen para él todas las mujeres!

Cuál de ellas no quisiera estar bajo su mano lánguida i llena de encajes!

Inclinando la cabeza sobre el libro entre abierto.

Hermoso cuadro de composicion el de aquella capilla en dia de gran ceremonia; pero mas hermoso i delicado es el análisis de cada fisonomía empezando por la de aquel oficiante acribillado de joyas como el gran sacerdote de Aida i cuya casulla florécese de destellos al moverse entre las luces de oro, cual inmenso amatista herido por el sol.

Parecia adormecerse a veces entre tanto esplendor i tanto oro que hacian contrastar mas la elegante severidad de los trajes de los hombres.

Un rayo de sol, entrando por una de las ven-

tanas de la capilla, como los focos de luz en las obras de aparato, caia sobre el sacerdote anciano, haciendo arder los rubies de su ornamento, vaguear el oro de su manto, echar chispas a sus diamantes i resplandeciente en fulgores.

¡Con qué augusta lentitud silabea sus latines alternado con la pequeña orquesta, colocada a la entrada en un hueco de la capilla, i cuya maldita música clásica ya nadie querria oir, sino cambiar en un enamoramiento frenético, por la Bohéme que la Tetrazzini acababa de estrenar por aquellos dias i cuyo vals andaba estirando todas las bocas.

Los muchachos miraban hácia atras, observando fugazmente la concurrencia, para volver a fijarla en los novios, inmóviles en sus reclinatorios.

Mui avanzada ya la ceremonia, Pedro llegó tambien i se acercó a sus antiguos conocidos.

- -¿Qué te habias hecho?...
- —Hai tanto asunto que arreglar ántes de salir de Santiago!
 - —¿I es cosa resuelta el viaje?
- —I tan resuelta, queridos amigos, como que me voi en dos dias mas.

Hubo un murmullo:

-Ah!... Ah!...

-¿Con qué así?

-Lo que oyes; es cosa resuelta.

Estaba ahí todo o casi todo el antiguo círculo i Pedro no pudo ménos que esclamar:

—Cuánto me alegro de verlos reunidos antes de irme! I miraba con verdadero cariño a Ladrin del Valle por el cual habia sentido siempre una especie de simpatia cuya causa no trató el mismo de esplicarse.

Ladrin lo abrazó a su vez:

- -¿Dices que la envelas pasado mañana?
- —Justo.... Supongo que no me lo pregunta s porque estés dispuesto a levantarte para ir a dejarme a la estacion...
- —Entónces, chico, comes mañana con nosotros. A las siete i media donde Gage. Es necesario que nos reunamos antes que te vayas. Pedro se sonreia, mirando en el vacio.
- —Gracias; pero siento que se vayan a mo lestar. Sobre todo, les digo, la verdad que seria mas justo que me fuera en silencio.
- —No, no es posible marcharse a la inglesa. Para algo han de servir los amigos, aunque sea para decir adios,

—Pero hombre, dijo Severo Fernandez—no hemos divisado a los novios. Entremos, agregó, i, tomando a Pedro del brazo, se acercaron a la capilla.

-¿Vés a los novios?

Pedro movió la cabeza i su fisonomia sufrió visiblemente por hacerse sonriente.

Severo prosiguió hablando, sin comprender que Pedro habria querido estar solo:

—Magdalena está preciosa. El traje es encarcargado a Paris por intermedio de Mme. Croix i todo el trousseau cuesta cerca de cuarenta i cinco mil francos. ¿Qué tal?...

-Bien, mui bien, ya lo creo!

Severo no ignoraba la pasion ardiente que Pedro habia sentido por Magdalena.

Pedro miraba, tenia los ojos fijos en los novios, hincados siempre ante el prelado resplandeciente.

Recordaba la escena del baile i el paseo.

Es necesario haber querido a una mujer a quién se ve al pié del altar, para comprender ese dolor horrible, que hai que ocultar, i que nos da sus zarpazos mas implacables en medio de una alegria jeneral que nos obliga a sonreir en vez de llorar i morir de pena. Pedro percibió que Magdalena hacia un leve movimiento. Se pasaba una de sus manitos por los ojos, acaso para contener alguna lágrima.

Ella supondria, seguramente, que él estaba ahí. ¡Pero podia importarle algo, puesto que ignoraba que la amaba i que su pasion renacia con melancolia infinita al verla vestida de novia, sacrificada para siempre.

Doble dolor!

Ni siquiera ella sabia que él la habia querido i que la queria aun!

Una palidez intensa invadia la cara de Pedro.

- —Hombre, por Dios, vamos, le dijo a Severo, que se sonreía ante el descubrimiento evidente de esa pasion hasta entónces no confesada.
- —No debias haber venido. Ha sido una imprudencia.
- —Por qué? contestó Pedro suspirando con fuerza.

La orquesta tocaba algo mui leve i suave, una música de balbuceo, que no era ni la pasion ni el ódio, que semejaba algo como un adormecimiento.

Se acercaron a un grupo en que se conver-

saba i se reia como en cualquiera esquina de la calle de Huérfanos.

Reunióse en animado corro lo mejor, lo mas alegre del famoso círculo de amigos inseparables, de excelentes compañeros, entre los cuales solia estallar la guerra civil, fomentada por ódios, envidias i porquerias que, al trascender, hacian huir tapándose las narices.

Ahí estaban el indispensable Ladrin del Valle, Severo Fernandez con su gran ramo de violetas; Cárlos Astacuando, los hermanos Carreras, que se quejaban amargamente de que los matrimonios se celebraran a una hora en que ellos estaban en la primera vuelta; el baron hablaba de un proyecto que era la fortuna a plazo fijo, la fortuna comida con plumas i todo: el establecimiente de comitées comunales encargado de rifar, quincenal o mensualmente, una suma dada de dinero, dos, tres, cinco mil pesos. Con los cuales se le compraria alguna propiedad raiz al que se los sacara. ¡Eso si que era protejer al pueblo, fomentando en él los hábitos de ahorro, proporcionándole a la vez propiedades aseadas e hijénicas. Por desgracia, la lei se oponia a esta clase de beneficencia, prohibiendo ese modo de practicar la caridad.

--La lei! que sabe la lei—decia el baron.— I por último, si eso dice, habrá que derogarla, interesando a algunos diputados.

Todos aplaudieron:

-Ese es el golpe!

—Como que con un reparto hábil i prudente de diez o quince mil pesos no será dificil asegurarse una mayoria para derogar la lei.

—Hai diputados que ladran por cien pesos —dijo Ladrin del Valle. Pero no nos vaya a oir algun «periodista»—agregó riéndose.

Antonio Berjel no tardó mucho en aparecer con su mujer i con muestras visibles de haber gastado un torrente de agua en espantarse los efectos de la trasnochada.

—¡Qué mujer la de este diablo! dijo uno del grupo.

—Una joya!

—En efecto le da la mas amplia libertad. Bien es cierto tambien que con sus ganancias al juego el la tiene tapada de joyas!

Inocencio Lazo no tardó tampoco en llegar con su levita irreprochable, levita algo arrugada, como si viniera saliendo de alguna maleta.

Se restregaba los ojos, pestañeaba, mirando la

luz, encandilándose, asustado de verse tan temprano i ya en pié.

I Anjelito Smith? preguntó alguien.

- Oyendo misa con mas uncion que un condenado a muerte.

Ladrin del Valle se acercó la mano a la boca, señal de que iba a decir algo grave, importantísimo.

El círculo se estrechó.

- —¿No saben nada? En todo caso, esto es para nosotros.
 - -Se entiende.
- —No falta quien sospeche que Anjelito ha echado mano de plata de que no le pertenece.
 - -Imposible, dijeron.

Ladrin empezó a esplicarse. La orquesta atacaba un trozo de Mozart.

- —Que no le pertenece, pero que él maneja, es decir, ajena hasta cierto punto.
- —Ah! esclamaron entonces satisfechos, sonrientes, como si se les quitase un peso de encima.
- —De tal modo que porque él la man eja, puede hacer de ella lo que se le antoje? preguntó Pedro escandalizado.

—Ajena hasta cierto punto, porque es plata de la caja, insistió Ladrin.

Pedro estaba estupefacto. ¡De qué clase de jente iba a liuir!

Hubo un momento de silencio en que todos parecieron recapacitar sobre la gravedad del punto.

Severo Fernandez se metió por primera vez en la mañana tres dedos a la boca. Era señal de que iba a hablar, dejando escuchar su voz ronca, pero voz de la esperiencia, al fin:

—La cosa no tiene importancia, porque es claro que siendo plata de caja no la ha sacado para robársela sino para devolverla, si no la ha devuelto ya.

Todos aprobaron, metiéndose las manos a los bolsillos, despreocupándose, pidiéndose cigarros, dándose con los guantes en los sombreros:

Para qué hablar mas del punto.

Lo habrá hecho tantas veces! La cosa no tiene importancia.

—Es clarol I, sobretodo, hai que saber que clase de gallo es Anjelito Smith.

El autorizado testimonio de Severo Fernandez iba a deponer de nuevo, prévia una segunda esploracion con los dedos: -No he visto hombre de mas calma.

Todos quedaron contentos i despues de arrojar los cigarros entraron en grupo a la capilla a echarle un ojeo a la concurrencia i a presenciar el final ya cercano de la imponente i aristocrática ceremonia.

Se situaron en un ángulo para disfrutar de las ventajas de ver i estar a sus anchas sin ser vistos ni oidos en la charla, dichos i risas, que brotan con prodigalidad característica en los que están contentos i llenos de injenio.

—Se me figura que Antonio ha estado anoche en algun verjel (no es así?

Se acercó un muchachin elegante, que miraba a todas partes, husmeando en un olfateo contínuo de dedos i nombres, tomando notas en un papel, como diciendo a gritos que desempeñaba importantes funciones de redactor de alguna seccion de gran mundo.

—Ola, amigo,—le dijo Ladrin -¿i ha sacado ya la cuenta del número total de tantos que hai en la ceremonia? Es lo importante, lo único que le importa a los suegros i suegras en actual corretaje de productos matrimoniales....

El muchachuelo se reia, azorado, afectando despejo, mundo que no tenia.

El mismo Pedro, se sonreia queriendo olvidarse de la impresion dolorosa de su llegada.

Ladrin, mas seguro que nunca de ser aplaudido, seguia hablando, empinándose para ver la concurrencia.

—Allí, veo a Pio de rodillas, pidiéndole a Dios seguramente de que se compadezca de él, enviando sin mas tardanza, antes de Setiembre, un par de pulmonias dobles a su domicilio: una para su abuela i otra para su tio.

Realmente era de anotar lo que decia aquel truhan, euya picardia se avivaba considerablemente en esta clase de fiestas.

—Tome nota, jóven—le decian riéndose al redactor de gran mundo.

Ladrin, estaba en su dia.

—Como que anoche concluyeron por desbalijarme por completo. Pero, lo que es hoi, me las paga el ponche de la *matinée*. Si lo ha preparado el propio Lucero, debe estar espléndido!

I Ladrin, proseguia en su revista implacable a la concurrencia, biografías rápidas, toques instantáneos, rasgos....

Pero, el oficiante iba a empezar su alocucion a los recien casados.

«Hijos mios, sed felices, la mano de vuestro confesor os une para siempre. Vivid pues, el uno para el otro»...

Ladrin comprimia la risa:

-Lo veo.

«Que vuestro hogar sea modelo de amor i de virtud católica.»

Ladrin meneaba la cabeza dando de codazos a sus compañeros que hacian esfuerzos inauditos para no soltar la risa.

«Educad a vuestros hijos como vuestros amados padres os educaron a vosotros.»

-Lucero se enternece.

«Sed siempre modelos de caridad i de virtud.» I aquel maldito Ladrin repetia:

-Bien, mui bien.

Pedro sentia una emocion indefinible ante aquella ceremonia triste i grotesca, en que contrastaba de una manera tan real en la vida el cinismo de Ladrin con la uncion, la palabra enternecedora, casi musical, mezcla de consejo i de amenaza del oficiante sagrado.

¡Acaso Ladrin hacia bien en castigar con sus dichos, llenos de verdad profunda, a todo ese mundo vestido con sus sedas mas ricas, con sus

trajes mas elegantes i que habia despojado a la primavera de sus primeras flores para ir a presenciar, envuelto en perfumes, en encajes i en ondas de música, esa comedia de que participaba hasta la misma novia, simulando una pasion que no podria sentir! Comedia que terminaria quien sabe de qué modo i en que solo era sincero ese mismo Lucero a cuyas narices inflamadas ya casi asomaba una sangre corrosiva, que acaso olia a ácido fénico i a sublimado. Solo él era el sincero, él i nadie mas, puesto que a nadie le habia negado que se casaba por casarse—porque habia llegado a ser *chic* el tener una mujer bonita a la cual sacrificar.

El i nadie mas. Todos los otros habian ido a sabiendas a presenciar la boda inaudita de ese vividor en escombros, físicos i morales, que cuando le hablaban de su matrimonio, sonreíase diciendo que bien podia suceder que el casamiento lo transformara.

I por qué se ven tales enlaces? ¿Son acaso tan repetidos en aquellos medios en que no solo el dinero basta?

—¿Qué descendencia, es decir, qué mañana podrá esperarse—pensaba Pedro—de una sociedad en que son frecuentes tales matrimonios? —Se me figura que filosófas i mejor escucha al canónigo. Está divino.

Oíanse algunos sollozos: eran de la madre, de los parientes, de las amigas mas queridas de la novia.

El olor de las flores, haciéndose mas penetrante, impregnaba la atmósfera, en que el dorado del oro i los cirios, fundiéndose en el azul del incienso, daba una tonalidad casi opalina a esa atmósfera en que habia algo de salon de baile i algo de iglesia en dia de exequias.

Los sollozos percibíanse a intervalos, sucediendo a los suspiros, como notas alternadas de una música melancólicamente monótona i de regla en estos casos.

La alocucion del canónigo continuaba en tono tiernísimo, esparciéndose en ecos:

- —«No olvideis que solo la práctica de la virtud puede haceros felices. Estais unidos para siempre.»
 - -No lo creo, coreaba Ladrin.

«Vos, jóven desposada, a quien Dios ha dado virtud i belleza, confortad a vuestro esposo en las tribulaciones i amarguras. I vos, vivid para ella i para los vuestros. Recordad las palabras de nuestro Señor...»

—H ista la llegada de la próxima compañía lírica—repetía Ladrin.

El oficiante bendijo de nuevo a los desposados i acto contínuo se escuchó un coro de voces anjelicales, voces suaves que temblaban en una especie de escalofrio de temor al ridículo.

Eran amigas de la desposada, entonando el dulce Ave Muria, coro admirable de señoritas con ganas de casarse, influmadas de amor celeste, con los carrillos coloreados i los ojos mirando lánguidamente el papel en un grupo delicioso como de palomas blancas que levantan al cielo sus cabecitas despues de beber agua al borde de alguna fuente cristalina i fresca.

La concurrencia se remueve, multiplícanse los saludos i las sonrisas; las mantillas blancas ondean como impelidas por una brisa.

El oficiante se retira solemnemente, fatigado bajo sus paramentos refuljentes que crujen simulando ruido de billetes nuevos.

Apáganse los cirios i el monaguillo aléjase tambien llevando en alto su apaga-luces.

El murmullo sube entónces de tono i percíbense, en el rumor creciente, las frases habituales de los encuentros en los paseos, en los palcos, en el foyer de los teatros. De lado a lado, de ángulo a ángulo de la capilla repleta vuelan las sonrisas e insinuaciones de cabeza.

La concurrencia abre calle a la novia, en cuyos ojos todavia es difícil descubrir la huella de aquella primera lágrima, nacida durante lo mas patético de la exhortacion.

Él, qué feliz i sonriente, con los padres que avanzaban gravemente con la cabeza abatida como tras un féretro, cual si llevaran entre sus brazos entrelazados de viejos buenos i afectuosos una corona de siempre vivas a la virtud i al amor sacrificados.

I sin embargo, lo que llevan es un manojo de azahares! Azahares de una boda que no pudieron impedir, a que no asentían del todo, pero que la familia queria realizar! Son los médicos cuya ciencia, traducible en canas i en esperiencia, nada ha podido!...

Pobres viejos! Qué buenos parecen!

—Pero qué arruinados estaban!—murmura allá lejos la voz de Ladrin, sonriéndose siempre, entre el murmullo mareador de la concurrencia que se desfoga, por fin, en una verdadera jornada de abrazos de toda especie.

La novia ha pasado a ser un objeto de curiosidad pública i todos la abrazan ajando prematuramente los azahares que luego, antes de partir a la luna de miel, caerán, rendidos i llenos de esperiencia fugaz, al cajon de los recuerdos perdurables.

Pero espárcese la fetidez a las pavezas humeantes i aquel maldito olorcillo acentúa mas cierto olor a exequias.

Sin embargo, todo en este segundo acto de la ceremonia, ha cambiado de aspecto. Ella, ya no es novia, es la mujer de Patricio Lucero. El soplo a la velas que ha dado el monaguillo al irse, echando acaso de ménos una propina, como en los hoteles, junto con apagar las luces, ha espantado de todas las caras los jestos, compunjidos o serios.

La capilla, invadida de guirnaldas de flores blancas, ya no parece tal. Ha tomado cierto aspecto de salida de acto; de mujeres i hombres que comentan la *Tosca* en un rumor interminable de comentarios i sonrisas.

Aquello parece un foyer invadido por una concurrencia de paso al salon en que, entre acto i acto, se toma, mas que todo por coqueteria, ese «algo» que es la palabra con que las mujeres insinúan, indistintamente, promesas o comestibles... En efecto, aquel bribon de La-

drin, que todo lo adivina con una perspicacia envidiable, dice, desternillándose de risa en el rincon en que se ha parapetado:

-Faltan las bailarinas...

Aquello es un cotarro colosal.

Las suegras toman colocación a retaguardia. Tropas veteranas al fin!

Pero en cambio, la vanguardia de muchachas i casadas jóvenes es encantadora.

¡Solteras que parecen suegras i casadas que parecen solteras!

Tambien hai muchachas ricas. Las pobres no tendrian derecho a quejarse, si no fueran ellas las primeras en buscar, acaso temerosas de algun percance no confesado por su mamáes, cierto equilibrio económico, «base de toda felicidad», segun el padre de la novia, que es un verdadero jenio en materia de máximas i aforismos para seguir el camino mas recto i seguro para llegar a la felicidad.

Pero en cambio tambien las hai feas i con plata, Compensaciones!—Surtido completo!

O con plata i una larga historia antigua de embestidas infructuosas i de planchas interminables.—Minas con agua!

Si, aquello es un verdadero foyer. ¡Qué de

comentarios a cada nuevo invitado que, saliendo de la capilla, aparece en el salon!

He ahí un casado en cuyas invitaciones no ponen nunca: «Señor Cárlos Plombajina i señora», sino Cárlos Plombajina, simplemente. Sin embargo, no es él de aquellos que, por detalles de esta especie, va a perder una invitacion que proporciona el placer de aparecer en las listas que su mujer lee despues con los ojos llenos de furia i de lágrimas.

Luego aparece otro señor con una mujer espléndida. Cómo realza la belleza de la pobrecita! Si su marido fuera otro, acaso no seria tan heróica su virtud i tan grande su belleza! Siempre la compensacion, disminuyendo el valor de la bondad!... I él, en cambio, sin necesidad de que otro lo castigue, no está suficientemente penado con el contraste que hace resaltar? ¡Cómo lo aplasta ella a él! El inspira lástima, ella compasion!

- -Feliz pareja! -murmuró Ladrin.
- -I le es fiel?
- -- Así dicen.
- —Una prueba mas de que las mujeres son como las moscas, que asi se paran en una torta como en un plato sucio.

-I aquel?

El doctor Narvaez! ¡Cómo saluda, cómo exorta a los novios al órden, a la hijiene, a la felicidad por medio del agua destilada!

—Ah!... el índice de su Clínica privada!— pensó Pedro al verlo.

I qué felices están todos, inclusive Lucero, radiante en medio de esta apoteósis de abrazos i apretones de manos!

¡Será el único dia en que antes de almuerzo no se haya tomado sus seis wiskys-agua de reglamento!

¡Qué agradable rumor de besos i sonrisas! Los circulitos toman sus posiciones, observándose mútuamente, para despellejarse mejor media hora despues de la fiesta.

Los apodos en boga tambien suenan en aquel recinto sagrado i el mismo Lucero, distrayéndose, empieza a rascarse una escoriacion de su nariz que ha querido presenciar su boda i que tendrá, seguramente, la pretension o el antojo de subsistir a la luna de miel. ¡Si querrá perpetuarse, a despecho del doctor Narvaez i el agua destiladal...

Qué infludas aparecen todas las caras! Ah! que lo digan los maestros de la esperiencia! Es

el sueño mal espantado con las ablusiones de la mañana; es la mala noche anterior, rebelde al agua de colonia, a los polvos, a la navaja que acaba de pasearse implacable, haciendo—¡solo ella!—justicia por igual a todas sus víctimas!

Severo Fernández se encarga en ese momento de hacer una cotizacion equitativa de lo que tiene cada muchacha.

- -En trapos?
- -Nó, en plata; los trapos pierden las dos terceras partes de su valor al dia siguiente de su salida de la tienda.
- —Peor son otros que al llegar a ciertos cuerpos lo pierden todo.
 - -I ésa ¿cuánto tendrá?
- —Una vez hecha la liquidacion, treinte i tres pesos, treinta i tres centavos... Poco es, pero que hacerle! I, sobretodo, no es mia la culpa de que el papá tenga una prole que, puesta hombro con hombro, puede darle una vuelta a la plaza.

Empezaban los saludos i los abrazos:

-Señora, que sea usted mui feliz.

Era el saludo a la novia.

Se le escapó a Ladrin una guiñada de ojos al darse vuelta.

-Gracias, contestó Magdalena. Siguió Pedro:

—Magdalenita, que sea usted feliz. Una mirada fugaz, luego la inclinacion académica.

-Ah! gracias, no le habia visto a usted.

Algo imperceptible pasó por la fisonomía del antiguo enamorado: un suspiro, una leve palidez—lo que demoró en pasar por su mente la escena del baile, el paseo, la noche aquella en que la orquídea negra, como un mónstruo disfrazado de seda, ostentábase en su pecho casi desnudo. Toda aquella escena que él no podia olvidar i que recordaba de nuevo en medio de aquel rumoroso fin de fiesta a la cual ya no queda mas que el champagne!

—¿No habia sido ella misma la que le habia preguntado de quién estaba enamorado, abriendo mucho sus grandes ojos sonrientes, llenos de oro, inundados de gozo?

—Sí, ella misma, la que entónces era una muchacha; la que en ese momento era ya la señora «Magdalena Valleriesgo de Lucero»...

Pedro se tomó del brazo de Antonio Berjel.

La concurrencia entera, presurosa, a la des-

bandada, abandonaba la sala en direccion a la calle.

Grupos de hombres i muchachos hablaban en alta voz andando rápidamente, porque todos estaban felices i con deseos de comer, beber, enamorar i bailar.

-¿I por qué?

Acaso por encontrarse en un sitio, en un medio hasta el cual no podrian llegar ni los groupiers de los clubs, ni los dueños de hotel con las cuentas, ni el prestamista, ni el joyero, ni el sastre.

—Antes de ir a la matinée pasaremos donde Gage a comer algo. No he almorzado—decia Severo Fernandez.

Pedro seguia, como en otro tiempo, en medio de aquella turba de que iba a arrancar, a perderse acaso para siempre

El cielo acababa de nublarse—¡caprichosa primavera!—i caian unas cuantas gotas de agua, acaso para alarmar alegre i bulliciosamente a las últimas invitadas que subian encojiéndose a los carruajes:

—Llueve a mares, ha sido una imprudencia no traer paraguas—decia una señora dotada degrandes rizos, montados ex-profeso; de copete i tafos: una especie de Luis XVI, que en realidad hubiera merecido la guillotina, sobretodo, por su desmedido abuso del colorete que al secarse hacia el efecto de papel rosa mal pegado en la epidermis. La acompañaba un señor con cara de personaje, severo e imperturbable, echado atras i con cierto marcado airecillo de quien va pasando bajo guirnaldas i arcos de triunfos.

Pedro manifestaba deseos de no ir a la *mati*née i retirarse, pretestando quehaceres que en realidad no tenia.

-Riete, Ladrin, que la vida se ha hecho para eso.

El aludido no tardó en replicar:

—Estamos de acuerdo: despues de esta vidano hai otra i, como decia el ingles, sospecho que vamos a estar mucho tiempo muertos...

Todos aplaudian, empujando a Pedro que se resistia siempre:

—¿I qué tienes que hacer? Porque hace dias o meses que estás preparando tu viaje!

—Ah! no es tan fácil como parece, salir de Santiago, que tambien tiene sus encantos, sus agrados i donde no es difícil pasarlo bien. Uno se acostumbra con él, siente dejarlo i se entristece al salir.

—I a quién se le ocurre mandarse mudar!

No es fácil separarse así no mas de aquello donde se ha vivido quince años, donde se ha tenido amigos, penas i alegrias, de todo.

Seguian caminando calle de Huérfanos abajo, en grupo, riéndose en alta voz, meneando los bastones.

Al llegar frente a la vidriera de artículos para hombres de la Casa Pra, Pedro se detuvo:

—Miren qué hermoso es todo esto; pero me imajino que mas hermoso que cualquiera corbata debe ser el campo.

Se agrupaban, de punta, inclinados ávidamente ante aquellas vidrieras magnéticas, llenas, de alto a abajo, de artículos que eran la última espresion de la elegancia.

Pedro continuaba sonriéndose:

-Los compadezco....

Ladrin se enfadó:

—Sí, sí, el gusto por una bonita corbata se lleva en la sangre.

—Ah! la estética de las corbatas... Gran ciencia!—replicó Pedro, golpeándole el hombro.

Luego, siguieron i Pedro, por acceder a toda

aquella jente que iba a festejarlo al dia siguiente, entró tambien:

- —Pero voi a dejarlos mui luego; estaré solo un momento.
 - -En todo caso, mañana a las siete chez Gage.
 - -A las siete, convenido...

Se bailaba pas de patinneurs en ese instante.

Lo importante para Pedro era examinar el conjunto, tomar al vuelo el aspecto de los salones, anotar algunas frases, divisar de nuevo a los novios, transformados en dueños de casa, tan solícitos, obsequiosos i sonrientes con todos los invitados.

Era la misma concurrencia de la capilla, pero mas alegre, mas deslumbrante, en pleno gran mundo...

Los padres de la novia habian perdido ya el aspecto de pecadores que se alejan del comulgatorio con la hostia, aun no disuelta entre los labios.

En los cándidos ojos de doña Atractiva, la madre de la novia, solian descubrirse miradas alarmadas que iban de aquí para allá, observando en poder de quién andaba la menorcita, preciosura de dieziseis años, tan crecida que habia habido necesidad de alargarle ántes de tiempo la pollera; i aun tan distraida i falta de mundo, que, injénuamente, en los últimos arranques de su bondad nativa, aun no pervertida, les sonreia a todos, ménos a los que no le gustaban, tuvieran o no dinero.

—Luz, Lucita —dijo doña Atractiva al verle pasar asediada de muchachos.

Le habló al oido.

—Tomo nota—pensó Pedro observando le ha dicho seguramente que le ponga mejor cara a Enrique Encinas, aquel otro costino de provincia.

Habia visto tanto esas cosas que ya ni el interes del ridículo podian ofrecerle!

Lucita se alejó; los ojos de doña Atractiva tomaron de nuevo una espresion eclesiástica, casi ascética. ¡Era tan buenal ¡Tan santal Hacia tan bien en buscar partidos provechosos para sus hijas!—Como que no habia obra de caridad en que no figurara su nombre tan indispensable en esta clase de actos que bien podia decirse que no habia caridad sin ella.

En ese instante pasó Magdalena, ya camino

de la felicidad, o del buffet —dos cosas que tanto se parecen.

Divisó a Pedro que observaba como un verdadero ajente de seguridad moral i no pudo ménos que decirle:

-Pedro, que solito está usted.

Pedro se inclinó sonriendo, I luego, cuando ella se alejó, cuando él la miró alejarse, el mismo suspiro, pero mas ténue, mas disimulado; la misma palidez, pero mas marcada, mas honda.

La fiesta era una repeticion vulgar, pero con mucho ponche en *champagne*, de lo que habia visto en la iglesia.—El *champagne* multiplica los casamientos i las locuras.

—Qué feliz!, decian las muchachas, al divisar a Magdalena.

I con cuánta inocencia lo decian.

—Nó, nada me resta que hacer aquí—pensaba Pedro.

Ladrin, Severo, Antonio Berjel, todos habian desaparecido entre el torbellino.

El señor con cara de personaje, dominaba placenteramente el conjunto; el muchachin que recojia notas para su gran mundo correteaba mas afanado que nunca; la señora parecida a Luis XVI, palpábase furtivamente la cara, notando acaso que el decorado de su fisonomia desmoronábase, como desmorónase todo en la vida; Inocencio Lazo se habia bebido ya muchas copas de ponche; doña Atractiva suspiraba por decoro i el padre de la novia, aquel bárbaro que le habria dado de trancazos al que sin dinero hubiera pretendido a su hija, repetia:

-Se nos va Magdalenita...

—Individuos sin lo necesario para casarse, ni aunque sean de la Real Academia, era una de las esclamaciones del padre de Magdalena.

I nombraba a la Academia porque era, casualmente, una corporacion que le merecia ciertos respetos por haber pertenecido a ella don Andres Bello, del cual se decia pariente mui cercano.

Doña Atractiva divisó a Pedro, del cual guardaba una afectuosa lejanía, simulando ignorar el parentesco que los ligaba.

Sonrió creyéndose obligada a lanzar un nuevo suspiro de último acto de drama próximo a terminar.

Pedro se acercó para tomar del natural alguna última observacion de aquella vieja irreprochablemente estúpida, bajo cuyos cabellos apelmazados, bajo un moño de ocasion, petrificábanse una série de ideas de que era activa propagandista i de que ella habia ido dotándose en el medio en que vivia o recojiendo, como quien espurga, de las revistas católicas, de la seccion de Variedades de los diarios i de sus consultas i conferencias con un cleriguito de oratoria mui en boga.

Doña Atractiva disimulaba apénas la poca simpatia que profesaba por su pariente lejano i cuyos ojos malignos le miraban siempre sonriéndose i nada mas que sonriéndose.

- -Señora, a sus piés.
- —Aquí vengo a pedirle órdenes. Me marcho, camino de la conversion cristiana i metálica i deseaba saludarla en este dia que debe ser para usted mui triste i mui alegre.
- —Ah, sí! mui triste. Dice usted bien. Gracias—suspiró.—¿I es cierto que se va usted?—preguntó.
- —Sí, señora, i mui luego. Voi a trabajar, a alejarme de esta vida de la capital.

Doña Atractiva se acordó de su hijito mayor al cual no habia sido cosa tan sencilla librar de la cárcel.

—Qué bien pensado—balbuceó mirando con cariño a Pedro.—Trabaje i, sobre todo, Pedro, sea buen creyente i no tendrá que arrepentirse.

-Así lo espero, señora.

Doña Atractiva juntó las manos en uno de cuyos dedos aparecia la argolla de compromiso, gastada por los años, i habló en tono de jaculatoria que nunca abandonaba; en ese tono, de propiedad única de las mujeres que empiezan a sentirse irresistiblemente mayores, de respeto, capaces de dar consejos en compota...

—Parece usted otro! Lo mismo ha pasado con Patricio que era un poco descreido. No habia mas pero que ponerle. Pero si supiera usted la conversacion que tuvo con el confesor! Otro hombre!

I en visperas de efectuar una nueva conversion, tomó un tono mas afectuoso:

—Todo, hijito, puede dispensársele a un hombre, ménos el que no sea buen creyente. Hai que acordarse que todos nos hemos de morir.

La respetable matrona habia concluido por asimilarse por completo cierto lenguaje de confesonario que solia desesperar a su marido, el cual, exasperado, concluia por empezar a puntapies con los objetos para verse libre de sermones que en nada mejoraban su situación financiera ni su costumbre, que apenas si era una simple afición de juventud, de aparecer de cuando en cuando al rededor de ciertas mesas, forradas en un jénero cuyo color le mareaba hasta tal punto que, en llegando junto a ellas, perdia toda noción de la realidad, no tardando en empezar a exijir ciertos pequeños préstamos a los circunstantes...

Bien es cierto que lo hacia mui de tarde en tarde i despues de preguntarles a las personas a las cuales imponia estas pequeñas molestias, en realidad inapreciables, si por desgracia tendrian algun inconveniente para asistir a su próxima tertulia.

¡I así se espresaban de él cuando venia, en efecto, la tertulia, pero nó la invitacion!

El respetable caballero apareció de nuevo:

- —¡Se nos va Magdalenita! repetia a lo léjos.
- —La conversion! dijo Pedro—mirando a doña Atractiva. Sí, señora, la conversion... —Sí, sí, pero a algo nuevo repetia su corazon de desengañado.
- —I empezaré, señora, por escribir una especie de novela.

-Algun libro triste?

Pedro sonreíase amargamente ante la pregunta inconcientemente sarcástica de doña Atractiva.

—Nó,—le dijo para hacerla hablar, para conservar íntegras sus frases— nó señora, mas bien alegre, con algo de esa alegria ya perdida de Voltaire.

La indignacion de doña Atractiva estalló al instante:

—Pero, cómo se atreve usted—dijo— a nombrar a ese pije de Voltaire delante de una señora?

Pedro se reia a morir, no podia realmente contener las carcajadas.

- —Pije Voltaire?...Señora, ha sido una simple broma de mal gusto. Usted comprende que no habrá quien trate de imitar á Voltaire.
- —Ahl bien que hacen! repetia doña Atractiva. Pedro se despidió, prometiendo escribir una obra cristiana:
 - -Descuide usted, señora.
 - —Dios le oiga.
- —He aquí el mundo de que voi a alejarme—pensaba, saliendo apresuradamente, arrojando tras la puerta el *bouquet* de azahares.

—He aquí ahora a Lucero, Magdalena, Ladrin, doña Atractiva... Puso el pié encima del ramo de azahares i salió escuchando aun el rumor, la música de la *matinée* en pleno apojeo.



Evidentemente, sentíase mas ájil i alegre: faltábanle solo unas cuantas horas para salir de Santiago.

-Ahl i Marial

Era lo único que lo entristecia.

Es cierto, son los recuerdos de amor los que mas viven, los que mas duran, los que siempre cruzan, aves de paso, en las horas de crepúsculo de nuestro espíritu.

Sin embargo, las ajitaciones, idas i venidas de los últimos dias, le habian hecho casi olvidarse de Maria, de aquella escena inolvidable del adios, cuando habia salido dejándola en la pieza a oscuras, llorando caida sobre la chaisse longe.

-«Andate, yo cerraré...»

—¿No habian sido estas sus últimas palabras? I cómo volvian a su mente con la misma crueldad atroz de la escena ya ida, que empezaba a alejarse poco a poco i lentamente!

Tristeza infinita la del olvido que vien e!

Se presiente, se ve que va a olvidarsel Entónces asáltanos la pena, mezclada de vergüenza i remordimiento, de que empieza a dejarse de recordar.

—Pero nó, —pensaba— no podré olvidarla. La quise i la querré siempre. Pobre Maria! Ella verá seguramente en los diarios la noticia de la comida de hoi. ¡No será poca su equivocacion si cree que voi a ella de buen grado!

En efecto, habia llegado el dia de la comida de despedida

No lo habia olvidado Pedro i, sin embargo como para recordárselo mejor, para que en ningun caso pudiera olvidarlo, acababa de recibir una carta de Zenon Hurtado en que hacíale presente el agrado con que asistiria a su banquete en caso de no tener ningun inconveniente para enviarle el valor de la cuota, cantidad que le seria devuelta unos cuantos dias despues i que le enviaria al campo, en caso de que «el querido amigo» se hubiese marchado ya.

—Buen aperitivo para la comida en perspectival murmuraba Pedro, poniéndose el *smoking*, testigo de toda su vida de mundo, de sus alegrias i de sus tristezas.

—Olal empieza a ponerse verdoso. El verde

es a la ropa, lo que las canas i las arrugas al rostro humano! I qué de cosas no recuerda un frac viejo, acaso compañero de toda una vida.

Pedro seguia sonriéndose i observándose al espejo, molesto con aquel traje que no se volveria a poner i que encontraba estrecho i arrugado.

—Acaso ha salido de mala gana del cajon... I, efectivamente me queda estrecho...— Si será él el que empieza a achicarse o yo a *crecer*, pero no de cuerpo, sino de alma!... Veremos!...

I estiraba los brazos ante el espejo como recobrando dificultosamente una ajilidad perdida. Luego se miraba, siempre de buen humor:

- —Buen traje de comedial Se inclinaba, insinuando una reverencia:
- Ya con *smoking* i esta pechera, quién nos conoce! Feliz ocurrencia la de inventar estos trajes, intermedio entre el mozo de hotel i el prestijiditador! Pero qué ájil se siente uno con ellos! Es lo que hai que ponerse para asaltar cualquier cosa! Un buen puesto, los realitos de alguna viuda, o los cuatro reales de algun matrimonio ventajoso. I luego que con él, segun Ladrin del Valle, se talla tan bien i con tanta ajilidad!...

Poco a poco, sentíase mejor con aquel traje

que no usaba hacía mucho tiempo i que sintió frio al ponérselo:

—Como si me metiera al agua. Mas o ménos! —dijo.

Pero miéntras Pedro se vestia, riéndose de sus atavíos, de su corbata de vueltas blancas como alas de mariposa en viaje a mirarse en las perlas de la pechera; de las vueltas de seda, ya gastadas en los bordes, del ojal que habia dado a luz tantas orquídeas, tantas rosas, los encargados de la organización del banquete entraban i salian apresuradamente a ciertos rincones mui oscuros i distantes del centro.

¡Qué apuro mas feroz el que los asaltaba, amenazándolos con sepultarlos a carcajadas!—¡Una muerte horrible, peor que la del pobre Melosa!

¿No habian tenido la noche antes, segun decian, la imprudencia de prestarle el dinero del banquete a uno de los mas ricos de la comparsa, que por lo mismo inspiraba confianza i que, evidentemente, la devolveria al dia siguiente, a primera hora, como que necesitábase para el banquete?... Pero el presunto deudor de tales fondos no habia aparecido.

—Qh! habria preferido caer a la cárcel antes

de quedar en descubierto en estos pequeños asuntos de correccion i de etiqueta.

Severo Fernandez, por ejemplo, no era público i notorio que sustrájose, si así puede decirse de una persona tan correcta como él, sustrájose de un golpe todas las joyitas de su mujer para pagar una comida que habia perdido al cacho?

—Las diez de última, dijo el mismo Severo Fernandez, meditando en el terrible suceso.

I era de haber visto la cara del maître d'hotel cuando le fueron a hablar de un nuevo crédito!

Lacre como jaiva recien cocida, arrojó al suelo el cigarrillo, lo escupió, lo pisó i, en seguida, empezó a dar unos golpes feroces, diciendo que no abria nuevas cuentas antes de que le pagasen las anteriores i que como la comida estaba mandada preparar tenian que comérsela por la fuerza, pero pagando antes su valor.

A cualquiera se le espanta el apetito ante un conflicto que amenazaba trascender inmediatamente al público.

Hubo consejo, discusiones acaloradas, insultos, manos empuñadas i, por fin, los responsables del peligro, prévio un minucioso exámen de los objetos manuales, inclusive reliquias, chafalo-

nias i objetos sagrados, como ser un Niño Dios con potencias de oro i perlas, de los objetos manuales de sus respectivos domicilios, salieron no se sabe cómo del terrible trance...

¡Pobre Niño Dios, pobre reliquia!

¡Quién iba a imajinarse que a medio dia, a plena luz, seria trasportado dentro de un sombrero de pelo a un sitio cuyo nombre él, por fortuna, no conocia!

¡A qué santo fin iba a contribuir en parte no despreciable el producto de sus potencias de perlas i oro traido de California i conservado desde los tiempos del Presidente Manso!

—Alguna vez habia de ir a hacer milagros a otra partel

I qué mejor manera de salir podrá escojer que proporcionando con su valor un buen rato al grupo de buenos muchachos que, por fin, alejado todo peligro, llegaban ya, husmeando la vidriera repleta con la aristocracia de las langostas, de las trufas, de las chuletas, los pollos i los zorzales!

Ah! los zorzales!

—«El zorzal», como ellos llamaban al pobre Melosa, que se moria por asistir a esa clase de fiestas, de las cuales pagaba siempre los extras.

Charlaban, afirmados en el meson, jugando al cacho el aperitivo.

Iban a dar las siete i el maitre d'hotel, ya humanizado por completo i vestido de smoking, se acercó a decirles que todo estaba listo, pronto, en el famoso comedorcito en altos en que Anjelito Smith habia ofrecido la gran comilona despues del triunfo memorable de Plata.

-Las siete...

I todos esos rostros, marchitos, opacos; animados por los aperitivos i que solo se transforman al llegar la noche, irradiaban felicidad i buen humor. El buen humor de la comida, de la cena i de la recalada final hasta el amanecer o hasta el dia siguiente.

Se contaron. Estaban todos. No faltaba ninguno.

Pedro, sin embargo, no llegaba.

-Lo que falta, es que este animal no venga...

-Es tan bruto como todo eso, decian.

Pedro apareció en ese instante i una nube de pecheras i corbatas blancas arremolineóse ante aquella aparicion esperada por el cariño inmenso, por las sonrisas, los saludos, los jola, ola! i los abrazos que despierta una comida en espectativa. ¡Cuándo se es mas espansivo que enton-

ces, ni cuando desvanécense mas por completo los mil jestos del ódio, la contrariedad, la amargura o la preocupacion!

—Buen adios, chico!—Me preparo para beber como un odre—decia Zenon Hurtado.

—Hombre, ni tanto, ni tan poco. I saben ustedes, agregaba Pedro, en medio del grupo, con la copa en la mano, saben que siento de veras irme i dejarlos? Miren que hemos vivido juntos.

I los abrazaba, sonriéndose forzadamente, con su cara de prófugo que mira a cada instante la puerta que se abre para dar paso a un nuevo parroquiano.

— Quédate i te dispensamos la comida, es decir, no te obligamos a irte, decia Ladrin, lamiendo la azúcar en polvo pegada en el borde de la copa de *cock-tail*.

Salieron en piño, en estrepitosa manada de jente alegre que se rie, que no piensa en el mañana, que se palmotea i cuyos labios, empapados en ajenjo, silban con rara propiedad, pedacitos de la ópera en boga.

Escoltábalos con aire placentero el maître d'hotel.

Pedro dió una última mirada furtiva, queriéndose escapar seguramente.

Pero cómo! Cómo huir de esa manifestacion espléndida celebrada en su honor i en que habíase logrado reunir a los representantes de una buena parte de la juventud santiaguina!

—I luego dirán, dijo Pedro, una vez que hubo terminado el estrépito i el arrastrar i quitar sillas de la invasion del comedor resplandeciente, luego dirán que no hai juventud en Santiago!

Miraba en rededor, a cada cual, golpeando con una mano las copas i dándose con la otra golpecitos nerviosos en la pechera de su camisa.

--Que no hai juventud? Conservaré un recuerdo imperecedero de esta fiesta tan agradable.

Espléndido pié para una de las salidas de Ladrin:

—Suele suceder, sin embargo, que a la mañana siguiente uno no se acuerda de lo que ha hecho en la noche...

Zenon Hurtado aprovechó la ocasion para declarar que tal fenómeno ocurríale con frecuencia.

—Así, el vino nos pone escépticos por la fuerza...

I Pedro seguia repitiendo: así, así es ..

Habia que estar contento, alegrarse como en 13-14

los tiempos a que servia de clausura eterna aquella comida. Bebió una copa de jerez:

- —Espléndidol Marqués del Mérito?—le preguntó a Severo Fernández, que abstraíase en ese instante, mirando las luces, pensando, seguramente, a qué sitio habria ido a parar el pobre Niño de la bola...
- —Ahl lejítimo, de lo mejor, decia Manuelito Soda, inflándose al mismo tiempo que con movimiento nervioso, pescábase las guias de sus bigotes paralelos a su gran nariz, en que, a despecho de los polvos de arroz, erguíase disfrazado un rosario atávico.
- —Está espléndida la mesa—dijo Pedro—Cómo se conoce la mano de Pepe Flores!
 - -Es su especialidad.
- —Conjuntamente, pensó Pedro, con el talento para descubrir señoras quejosas de sus maridos, bien es cierto que no mui jóvenes, pero, en cambio, con algunos realitos.

Era un veterano, un verdadero jénio en este sentido.

Al fin i al cabo, en algo tenia que emplear su cara bonachona, de labios descoloridos, sobre los cuales elevábanse los bigotes en forma de radios, como despues de una esplosion. Estaba un poco mal de salud i de cuando en cuando sentia en la espalda unas puntadas que iban en tren espreso del coccis al cerebro.

Pero él se consolaba, lamentándose de los aires colados i de la falta de abrigo del foyer del Municipal.

—Ademas, qué rosarios de bailes se habia pegado ese año! I cómo no habian de convidarlo si estaba positivamente averiguado que no habia nadie como él para arreglar un buffet. Era su especialidad, como él decia con orgullo. Por qué estrañarse, entonces, de su popularidad i de su prestijio que hacian de él uno de los jóvenes mas interesantes de Santiago.

I luego, el señor aquel pelado i de anteojos, ¿se atreveria a decir que el país estaba en peligro, asegurando que no habia juventud?

Acaso Pepe Flores, por ejemplo, con su frac rojo, no estaria bien en cualquiera parte? Sin embargo, todavia no lo nombraban para ninguna legacion. Cómo habria encantado en el estranjero, riéndose de Chile i de los trajes de las chilenas, ramo de la crítica social en que tambien era eximio....

Pero ya lo nombrarían. Habia que dar tiempo al tiempo, porque al fin i al cabo, todavia no se olvidaban por completo algunas lijerezas de jóven que él negaba tontamente, puesto que todo habia desaparecido despues de cumplir con la órden de confesarse, acordada en solemne consejo de familia.

I luego el orador de los anteojos dirá que el pais está en decadencia porque no tiene juventud!

¿I esa juventud, que no era toda, por desgracia, sino una parte, pero tan importante que cada uno tenia tras de si veinte o treinta imitadores que por imitar mui bien podrian ir a la cárcel, o al manicomio, o al hospicio o a la inutilidad?

Digan lo que quieran, juventud hai, i brillante, la mas brillante de Sud-América. Mas aristocrática, por lo menos, aunque con menos dinero, que la de Buenos Aires, donde le sobra la plata, pero le falta la distincion.

A la altura del pescado i de la salsa tártara aquel espléndido Marqués del Mérito, mezclado con el Rhin, hacia de las suyas, esparciendo radiosidades en todos los cerebros.

Solo Zenon Hurtado habia dado vuelta un plato, pero sin poner en peligro otra cosa que el mantel i los crisantemos que quedaron salpicados de consomé.

Ese mismo Zenon Hurtado ino era un ejemplo palpable del vigor i el empuje de la raza?

Esa misma aversion profunda que manifestaba por las ordenanzas municipales, no era una manifestacion clara i evidente de tendencias de lucha que mejor empleadas no tardarian en dar espléndidos resultados?

I Ladrin, no era una intelijencia que se haria justamente temible el dia en que, mas sosegado i tranquilo, siguiendo la evolucion de los años, en vez del *bacarat*, tomara la pluma, por ejemplo?

¡Qué correccion!

Pedro se admiraba: Manuelito Soda, cuya tos bien podria ser causa de que no siguiera la vida del comercio en la cual se habia iniciado haciendo una jugada sumamente arriesgada, no habia despegado una sola vez los codos de las costillas. ¡Qué admirablemente sabia comer! Habia nacido para tomar bien los cubiertos i hacerle un jesto de reproche al mejor guiso.

Era indudable, haria fortuna en la carrera del comercio en la cual podia ir mui lejos, no tardando en pasar de su escritorito de la calle de la Moneda a alguna jerencia de banco el dia en que dejara de vender pasto aprensado, relleno con adoquines, i harina, revuelta con afrecho, jugada que no pasaba de ser una última chiquillada.

El mismo Ladrin era absolutamente irreprochable en un salon. En realidad estaba predestinado para la vida social.

Luego, tampoco faltaban entre esa juventud miembros conspícuos, destinados a la vida del hogar i de la crianza intensiva... Entonces ya Ladrin no jugaria ni dejaria hasta sus calcetines de seda en aquel maldito Club al cual habia entrado cuando niño.

El mismo Severo Fernández, que, casualmente, se metia todos los dedos a la boca en ese instante, a fin de hablar mejor, ya se morijeraria alguna vez!

I Anjelito Smith? Qué podia decirse de é!? ¿Qué era un mundano? ¿I hai acaso gran sociedad sin mundanos?

Algun dia, por lo demas, habia de venir la reaccion, esa vida nueva con que soñaba el festejado.

En efecto, Anjelito no apostaba ya tanto, habia repuesto los fondos aquellos de caja; e Inocencio Lazo acababa de ser nombrado director suplente de uno de los partidos de oposicion. —Cuando vuelvas, me encontrarás en la Cámara, le dijo a Pedro, levantando la copa de borgoña.

Pedro aplaudió, golpeando el borde de la mesa:

-De ministro?

—Nó, de diputado de oposicion. Hai que combatir este gobierno, chico. Veamos ¿qué se ha hecho la plata del salitre?

Pedro aplaudió de nuevo:

-Qué se ha hecho! Eso mismo digo yo...

Ahí habia, pues, un pichon de político i lo que es la literatura estaba representada, i bien representada, por Ajenor Hurtado, pariente de Zenon Hurtado, cuya espontaneidad era tan grande que no se daba caso de que consultara ningun libro.

Pedro se encontraba realmente estupefacto ante aquella reunion en que dábanse cita al rededor del que se iba huyendo de ese mundo, toda clase de inclinaciones.

En ese reparto de tendencias ¿no podrian corresponderle las literarias a ese mismo Ajenor Hurtado, las políticas a Inocencio Lazo; las hácia la vida de hogar a Ladrin; las de la vida del comercio a Manuelito Soda; las atléticas a Zenon Hurtado?

¿O seria el licor de aquella comida opípara, alumbrada por los candelabros sacrosantos de Mr. Gage lo que hacíale descubrir tendencias en que él veia representada a una buena parte de la sociedad de mañana? ¿Seria el licor en efecto? ¿O tendría razon... ¿O seria cierto lo que de él pensaba el doctor Narvaez?

Se confundia.

—Dios mio! ¡Qué haria esta jente del matrimonio, de la política, del comercio, de las letras... Pero, podrá ser cierto que es ese el camino que buscan?... ¡Qué irá a ser de ella! He ahí mi novela en la cual no podré equivocarme...

I las palabras fatídicas del político aquel, parecian surjir llameando fúnebremente en el concho de borgoña de las copas.

Buen pais! ¿I acaso los que vengan tras de nosotros serán mejores?

Sentia deseos de llorar, luego de dar gritos i voces de alarma i de socorro.

I por qué habia ido a esa comida que alcanzaba las proporciones de una borrachera colosal?

Ya acostumbrado a no beber, sentíase mareado, febril, casi sin poder sostener lo que tomaba en las manos. Impetus renovados, que subian por su pecho como una onda amarga i candente, impulsábanlo a decir algo, a gritar:

-Amigos, vida nueva...

El vino caia de la copa suspendida.

Todos aplaudian.

- —Vida nueva... Yo me voi, pero cuando llegue, Ajenor será un publicista eminente, Ladrin habrá dictado su manual del perfecto casado, Zenon será profesor de jimnasia, Anjelito Smith jerente de Banco, Inocencio Lazo Ministro de Hacienda i Manuel Soda rei de la banca...
 - -Bravo... ¡por el futuro productor de trigo!
- —El amor viene, como la mona, de repente, —así es que no anda mui léjos que me case decia Ladrin, echándose atras en su silla para mirar la luz al traves de la copa.

La orquesta oíase apénas.

- -Vida nueva,...
- —Tocan el prólogo, aquél que pasa en el cielo, el prólogo de Mefistófeles.
- —El prólogo de Mefistófeles... el prólogo de vida nueva!

Antonio Bergel, barítono espléndido para cantar en los funerales de alguna Margarita Gautier de arrabal, atacaba con brio el Coro del mal, de Otello:

Credo in un Dio crudel che mi ha creato

--Amigos, dijo de nuevo Pedro: — porque sean ustedes los que hagan la política, la vida, la sociedad de mañana.

El literato removíase impaciente por hablar.

—Yo me voi—continuó—pero quedan ustedes, amigos queridos, a los cuales doi las gracias por esta manifestacion espléndida.

El literato, despues de un traspié al levantarse, tomó la copa diciendo:

- —Pido la palabra para decir mui pocas, señores: porque desmintamos cuanto ántes la frase del político aquel que cree que no hai juventud. Por mi parte, yo le probaré que hai letras...
- —Letras vocales!—gritó Ladrin, sin que el literato, feliz con su borrachera i su improvisacion, le alcanzara a oir. Lo que habia sido una fortuna, porque Ajenor Hurtado se las valia para mandar padrinos.

Sobre todo, cuando le llamaban secretario del «Círculo de intelectuales i escupe-tintas» se ponia furioso.

La orquesta, haciéndose eco, talvez, de esos votos de Pedro por verlos a todos victoriosos i felices, tocaba una marcha triunfal que se metia a la pieza mezclando con sus notas batientes los insultos i groserías que salian a borbotones de un comedor del primer patio.

—Qué linda música i qué buen champagne! El champagne de las cocottes!... Moscatto...

Zenon, segun su costumbre, deslizó una botella hácia la parte baja de su asiento.

Positivamente, como en todas las comidas en que estaban ellos, el champagne faltaria luego.

Entónces se acordaron de Melosa i los extras...

-I que hará a esta horal

-Comer lechugas por el tallo!

Pobre Melosa! El si que no habia alcanzado a la vida nueva, al porvenir espléndido que les esperaba!

Por leso, por quemar sus naves ántes de tiempo, ántes de llegar a esa edad en que es indispensable en la vida intentar algun gran salto para arriba, que suele resultar para abajo...

Severo Fernández golpeaba con cierta emocion el borde de la mesa. Iba a hablar.

Mr. Paul se sonreia, destacándose placente-

ramente en el marco de la puerta, tras la cual emerjia la claridad que subia del patio lleno de mesitas.

—Silencio, silencio! Callarse que va a hablar Castelar.

I el primer gallo, el primer hipo de Severo. Fernández naufragó entre un coro de risas.

Sacudió las manos, enfadado, dando a entender que no hablaria.

-I por què?

—Se le ha interrumpido el tráfico de las palabras por la gargantal

—Que hable no mas. El señor Fernández tiene la palabra.

Habia que resignarse. Sus dedos practicaron una operacion furtiva en la boca.

—Dos palabras —dijo, inclinándose en la mesa i luego, de un tiron:

—Por el que se va i por los que se quedan; porque ni el pri-pri-mero ni los segundos olvidemos la frase aquella del gringo: — «despues de esta vida no hai otra i me parece que vamos a estar mucho tiempo muer-muertos»...

Espléndida ideal

Las copas jiraban en alto, ébrias como las manos llenas de anillos que las sostenian, bus-

cándose para chocar, para juntarse, chorreando champagne i alegría.

-Por Pedro! Por el amigo que se va...

—Por los amigos que se quedan—contestó, enternecido al fin, en medio de esa jente, a la cual talvez no volveria a ver!—Vivos, muertos, arriba o abajo, naturalmente que no los encontraré donde mismo. La vida es así. ¿Donde, ni en la tumba se está en sociego? Todo evoluciona, se trasfunde i cambia, mas despacio o mas lijero, de forma i de tendencias.

Inocencio Lazo i Manuel Soda concluian por insultarse en ese instante, con motivo de cierto negocio en compañía, en el cual el segundo se habia quedado esperando las ganancias.

- -Lo pasado, pasado-les gritaba Pedro.
- —Nada; es que si me destapo hablando, van a oir ustedes muchas cosas—insistia Manuel Soda.
- —Soda inglesa!—gritó Inocencio, echando la cosa a la broma, convencido seguramente, de que no le convenia seguir.

Anjelito Smith estaba en uno de esos dias desgraciados en que su mala cabeza lo tenia en un mutismo abrumador.

Los ecos de la marcha triunfal llegaron de

nuevo, pero encontrando ya completamente vacias las botellas de champagne.

—Mas champagne; pero esto es mio—dijo Pedro al maître d'hotel.

Era una sorpresa que recibieron con una interrogacion cómica:

- -I no será demasiado?
- —Nada, destapen mas—contestaba Pedro.— Déjenme que de alguna manera me manifieste con ustedes, ya que no podremos vernos tan luego.
 - -Pero escribirás por lo ménos.
- —Nada, no quiero ni que me escriban ni escribir. Voi a sepultarme, en realidad.

Llegaba esa hora inevitable en todas las comidas, en que se manifiestan i se ponen mas en claro que nunca las simpatias, las aversiones, los tanteos mútuos.

- —I por qué te vas, dímelo; sospecho que has estado enamorado de Magdalenita... ¿Te acuerdas de esa vieja que llamaba pije a Voltaire?
- —Pero porqué te vas?—insistia con ternura el noble Ladrin.
- —Enamorado nó; me gustaba, como te gustaria a tí i nada mas.

Ladrin se reia incrédulamente:

- -Nada, nada, confiesa.
- —Yo confieso la verdad. Con plata, me habria enamorado; sin dinero, comprendí la situacion, es decir, recordé los axiomas sobre la pobreza, de aquel viejo miserable del padre de Magdalenita.
- —Bueno i entónces por qué te vas? insistia Ladrin con majaderia de borracho.
- —Por qué... Escúsame si encuentras un poco ambíguo mi pensamiento. I no lo cuentes ni te rias; se lo digo al amigo, al cual se va a dejar: me voi, me voi porque siento que crecen en mi pensamiento estas dos fuerzas en lucha: por una parte, la impotencia moral, por la otra un deseo irresistible de rejenerarme, de seguir un nuevo camino. No lo cuentes, te lo ruego.

Ladrin se reia a carcajadas, pegando la frente en el borde de la mesa:

- —Ideales! Te vas en busca de ideales... Estás mal, no me cabe duda, estás borracho! Nada; te vas enamorado, chico. Acuérdate que Magdalenita se casó solo ayer i tu te marchas mañana....
 - -Ella a la luna de miel i yo al destierro.
- —Justo, i a qué destierro... Lo Ocampo ¿no es ahí a donde te vas?

Pedro lo miraba i sujestionado por el licor, sentia deseos de mostrarle el corazon a Ladrin para ver si hacia el mismo jesto que ante las trufas mal guisadas.

Mostrarle el corazon i luego hacer la comparacion entre lo que dijera Ladrin i lo que habia dicho el doctor Narvaez

Pero no se moveria de la ídea de que estaba Ladrin enamorado de Magdalena. Estaba seguro de ello, porque su vulgaridad no sabia descubrir la série de cambios que, reunidos, producen las reacciones en ciertos temperamentos. En parte, Ladrin tenia razon. Evidentemente, pero no era esa sola la causa de su resolucion de alejarse que habia venido minando lentamente su espíritu, asaltándolo de tarde en tarde primero, con mas frecuencia despues, de una manera constante, por fin. Las ideas crecen como las plantas. Primero, siéntese el grano al caer, despues su jerminacion, en seguida la yema, el brote...

I de súbito recordó de nuevo al doctor Narvaez:

—Sí, en efecto, no serán una muestra de locura mis filosofias en medio de esta borrachera improvisada para despedirme!

Cada cual habia encontrado un compañero

con el cual entrar en mútuas e interminables relaciones de sucesos i proyectos agrandados de la manera mas fantástica. Verdaderas colleras de ébrios, enternecidos con sus propios relatos, rodeaban la mesa en cuyo desórden ya era difícil descubrir la mano de Pepe Flores, el especialista en materia de arreglos suntuarios de mesa.

El mareo de Ladrin seguia en *crescendo*, avanzando rápidamente sobre una série interminable de hipos entre los cuales lanzó de nuevo el nombre de Magdalena:

—Magdalena...I Patricio Lucerol hip...hip... Se pasaba la mano por la pechera encharcada de vino, *champagne* i ceniza, que desprendíase del cigarro puro que babeaba entre los dedos.

Las náuseas veníansele ferozmente encima, haciéndolo palidecer, zamarreándole el cuello.

Pero él seguia hablando:

—Magdalenita ¿no?... Ya sé que no te la habrian dado. Pero no se te dé nada, chico. A Patricio no le queda cuerda ni para un año mas. Narvaez dice que padece de... hip... hip... de de lo que él llama agotamiento... hip... «agotamiento nervioso...»

Pedro se echó atras sorprendido.

-«Agotamiento nervioso»... Ya podia espli-

carse, por fin, el verdadero significado de aquella plancha de bronce, atornillada en el pedestal de la Vénus del célebre doctor: «Patricio Lucero, agradecido, al doctor Narvaez.» ¡Si habria sido consultado el doctor por la familia de Magdalena sobre el estado de Lucero!

El bullicio no cesaba i ya nadie estaba en estado de oirse sino asi mismo.

—Oigan, sepan que Patricio Lucero decia hace una semana i en este mismo comedor, hip... hip..., que se casaba porque sí, porque ya se encontraba en las últimas i sin cuerda... hip...

Ladrin salió tambaleándose del comedor:

—Hip... hip...

La orquesta tocaba la Marcha de Cármen.

Pedro sentíase inconteniblemente triste, deseoso de estar solo, en silencio, sin que nadie lo viera. Escuchó que discutian a donde debian ir a continuar la noche i, sin que nadie lo viera, se escapó, anhelando salir luego, porque nunca habia sentido ni mayor repugnancia, ni mas vacio que en esa comida, en que nadie habia sido capaz de comprenderlo.

En ese momento si que comprendia mejor que nunca que su vida de la capital habia terminado para siempre. Nunca, en efecto, se habia sentido mas marchito, mas enfermo con el análisis o el espectáculo, como quiera llamarse, de lo que veia.

I esos hipos de Ladrin!

—Нір... Нір...

Sí, nunca se habia sentido mas solo i mas lleno de vacios, que esa jente contribuia a ahondar.

Ahl i si hubiera podido casarme con ella—murmuró con los ojos llenos de lágrimas, mirando por última vez la pieza llena de luz de que acababa de salir.

Nunca se habia encontrado mas abandonado en la vida.

Seguia dolorosamente excitado por el licor, febril, sin deseos de dormir, mirando los edificios cuyas líneas parecen inclinarse para escuchar el eco de los pasos.

Hubiera querido entrar de nuevo «al nido,» a la pobre garçoniere abandonada.

Pero no se habria atrevido; no habria tenido valor para entrar a la pieza ya sin muebles, desnuda.

Sin embargo, se encamino hacia alla. Detúvose al llegar i luego, al mirar la puerta cerrada, en lo alto, distinguió un letrero:

Se arrienda

Empujó i el ruido le produjo un escalofrío de terror.

—Silencio, paz—debió decir el crujido de aquella puerta.

«Se arrienda.»

Todo el pasado resurjía ante esa frase vulgar, ante ese cartel movido de tiempo en tiempo por la brisa.

Seguia andando inclinado i ante él aparecia aquella cabeza, que empezaba a marchitarse, que habia perseguido tantas veces con sus besos, en cuyas mejillas encendíanse los fulgores de la carne, cuyos cabellos de oro estremecíanse bajo una cálida brisa de placer, cuyos labios ardian, cuyos ojos dilatábanse i cuya cabeza, desvanecida de gozo, caia a un lado, como flor que se desmaya sobre su propio tallo...

El tren del sur va a partir.

El mismo movimiento, la misma tristeza monótona de todos los dias.

Cada cual piensa, seguramente, en lo que va a dejar o lo que va a encontrar al llegar.

Flota cierta vaguedad, hai cierta tristeza enlos sitios donde se va a decir adios: los cementerios i las estaciones.

La jente del pueblo se dirije al tren, cargada de bultos

El tren espera siempre, deseoso de llevarse de la ciudad el mayor número de jente que le sea posible.

En los carros de primera, con su marcado aspecto fúnebre, los pasajeros esperan, miran con indiferencia, afirmando la cabeza en los vidrios i la gorra de viaje aplastada entre la mano i la barba. Algunos bostezan, otros cierran los ojos, otros hojean un libro o miran algun diario que todavia no empiezan a leer.

La Tarde, Mercurio! -vocean los muchachos

a lo lejos, confusamente, como último eco de la ciudad, de cuyo hervor incesante va a alejarse el tren en demanda del campo, del cielo azul que llena el horizonte en que las nubes rojizas de la tarde incendian el verde de los árboles lejanos.

Un sujeto—¡quién podrá ser!—espera sentado en un sofá.

¡Qué resignacion píntase en él!

Seguramente ese no llega por primera vez a Santiago. Seguramente se va i, al irse, acaso recuerda que llegó alegre i lleno de esperanzas.

Hai en su fisonomia esa dulzura de la tristeza, que quiere inutilmente ocultarse. Mira hacia los carros de tercera, esas grandes jaulas por cuyas ventanillas rebalsan tipos populares i de campo; grandes sombreros de pita, cabezas amarradas i mantas de colores encendidos.

Suena un acordeon i luego se escucha una voz de hombre:

Quien canta, su mal espanta; Por eso yo canto para espantar Este mal que me atormenta.

Unos cuantos minutos mas i el tren habrá partido.

Un nuevo pasajero llega a la boleteria:
—Un pasaje para «Lo Ocampo».

Es Pedro.

Se acercó un muchacho a ofrecerle los diarios de la tarde.

—Nó, nada; le dice i avanza hácia el tren, busca un sitio solo i, como tantos otros, afirma la cabeza en los vidrios del carro i quédase inmóvil observando vagamente.

Un peso enorme de años i penas parece abrumarlo, colocándolo como algo flácil i aplastado en el rincon de aquel carro en que iba a salir, por fin, de Santiago, que así decaido i lleno de canas i de palideces lo devolvia, es decir, lo arrojaba de nuevo.

Volvia derrotado, enfermo, sin otro anhelo que el de conseguir un poco de quietud i de calma para entregarse de lleno a su proyecto de hacer la pintura de esa vida de la capital, engañadora e inmoral i en la cual multiplicábanse los tipos como los que acababan de despedirlo.

Ah! i no era poco poder escapar alguna vez! Pero en qué estado de desaliento i amargura profunda volvia a su pedazo de tierra, a la pequeña hijuela que habia tenido necesidad de hipotecar para pagar sus deudas! El no lo notaba, seguramente, embebido en sus pensamientos, i, sin embargo, sus ojos llenábanse de dolor.

Por eso yo canto para espantar este mal que me atormenta

Era el estribillo de la cancion popular llegando hasta él, acaso para entristecerlo mas.

Es curioso, pensaba, el entristecerse al dejar esta vidal

Es que no era el recuerdo de esa existencia pasada lo que apenábalo, sumiéndolo en olas de infinita nostaljia.

¿Puede sentirse pena al salir de una cárcel? Nó; es que en ese pasado aparecian tambien figuras que le habian sido queridas i que no podrian olvidarse tan luego, porque solo lo que nos ha emocionado fijase, hondamente grabado, en la memoria.

I los nombres de Magdalena i Maria aparecian involuntariamente con tintes de crepúsculo que se va, bañando las copas de los árboles.

Ambos nombres le traian a la memoria, como en medio de una mañana lejana, sus proyectos i sus sueños al llegar a la capital, tantos años há.

Se habia prometido entonces ser feliz i era un desgraciado; triunfar i alejábase derrotado.

El estribillo popular escuchábase de nuevo a lo lejos:

¡Quien canta su mal espanta!

I todo por qué!

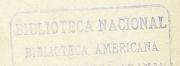
¿Habíanle faltado fuerzas, ánimo, deseos de luchar, de ser útil i bueno?

Pero todo eso habia quedado en la categoria de los deseos, de las cosas que la accion deja indicadas, en simple esbozo.

Culpaba a esa educación, sin enerjias, que habia recibido i que no forma verdaderos hombres.

¿Pero, acáso el mal no vendria de mas atras, no seria mas hondo e irremediable? ¿No provendria talvez de que estos pueblos nuevos que debieron ser de labradores, de aradores de la tierra, de mineros, habian querido alcanzar de un salto la cultura europea, a que otros habian llegado despues de muchos siglos?

El sembrador, el barretero, el comerciante, el pulpero, transformados de súbito en clase su-



perior ¿no habran determinado una buena parte de los males que buscábanse a ciegas, sin poder dar con su orijen?

Confundíase en un mar de cavilaciones, de ideas, de luces que brillaban fugazmente en su cerebro, sin alumbrar todavia de lleno el camino incipiente que habia de seguir su obra, su novela.

¿Pero llegaria a escribirla? ¿Devolvíalo la capital con fuerzas suficientes para ello? No se sentía profundamente desequilibrado, acaso loco, como se lo habia dicho el doctor Narvaez?

I al pensar así, invadíalo una pena profunda, la desesperacion horrible que remuévese como algo candente en las entrañas estériles de los que se sienten fracasados antes de haber luchado.

El sol asomaba a lo lejos, cayendo como una cortina de oro tras el galpon ennegrecido de la antigua estacion.

Toda la vaguedad i la ternura indecible de la tarde parecian flotar en ese sol lejano, desteñido, como detenido a la puerta de algo mui oscuro en que no se atrevia a entrar.

Sonó una campana, luego el pito del conductor. El tren iba a ponerse en movimiento i Pedro, para divisar el pedazo de ciudad que todavia podia ver, levantó el vidrio i sacó la cabeza. El tren se movia ya cuando apareció en el anden una mujer elegante, que andaba lentamente.

Era Maria.

Pedro la reconoció en el acto, comprendió que habia esperado el momento en que el tren se pusiera en movimiento para aparecer por úlrima vez, lejos, fuera del alcance de la voz, de la mano que se estrecha cuando los ojos se llenan de lágrimas i la garganta de palabras que no pueden decirse.

Arrojarse del carro habria sido volver, abdicar, caer de nuevo entre la garra, manchada de barro de la capital.

Ah! i de qué manera tan cruel la ciudad abandonada, tentaba en pleno corazon la última se duccion del pobre vencido que huia!

El tren se alejaba, aumentando mas i mas la rapidez de la marcha.

¿Qué signo, ni qué señal habria podido pintar el dolor de su corazon, la pena horrible que lo amagaba de nuevo en un asalto postrero i feroz?

Pedro se llevó las manos a la cara i dejó caer la cabeza entre ellas. Cuando miró de nuevo, ya mui léjos, distinguíase aun la silueta, que la distancia borraba mas i mas, de Maria, cuya mano hacia ondular un pañuelo diciendo «adios, me abandonas»...

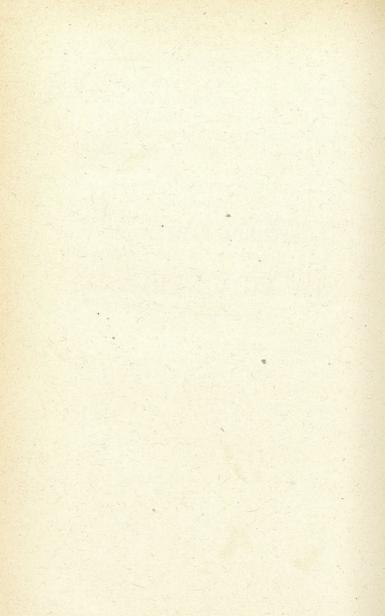
Ella subió en seguida a un carruaje i la cabeza abatida cayó tambien entre las manos.

Era cierto, lo amaba.

El tren a su vez corria entre las alamedas que enfilaban la línea i, de trecho en trecho, las ramas de los duraznos en flor cruzaban rozando los vidrios de los carros.

El sol, próximo a ponerse, estallaba en hoguera inmensa tras los árboles esparcidos al borde la linea.

SEGUNDA PARTE LA VIDA NUEVA



Han pasado dos años. Ya nadie se acuerda del párrafo de *Vida social*, aparecido al dia siguiente de la partida de Pedro.

Es la oracion de una tarde de los últimos dias de Diciembre.

Santiago va quedando despoblado por el veraneo de la jente ansiosa, no tanto seguramente, de respirar aire mas fresco, sino atmósfera mas pura que la de la capital.

¡Qué calma inalterable, de convento a la hora del coro!

No se escucha ni el ruido de los carruajes i ándase cuadras i mas cuadras sin ver ni una puerta abierta ni una cara conocida.

Es el tristé Santiago de vacaciones.

Las puertas cerradas i la marquesa de vidrio del Municipal cúbrense de polvo; del Hotel Milan han huido de nuevo al estranjero, aves de paso, todas las contraltos, divas, sopranos i bailarinas. ¡Cármen, Guilda, Aida, Lucia di Lammermoor, la pobre Traviata, todas han huido.

El invariable patio de Gage está vacío i el mismo bandurrista eterno con un ojo vendado, rasguea melancólicamente el vals Estudiantina miéntras los parroquianos leen El Mercurio, comiéndose un asafate de pan, esperando el consomé de la lista.—De la pila cae el mismo chorrito de agua cristalina.

En las paredes hai algunos letreros nuevos. Por lo demas, todo es igual.

En la plaza una banda toca a los desocupados que se adormecen, sombrero en mano, sentados en los sofáes, en medio de la penumbra creciente de un crepúsculo de telon viejo.

Una victoria de alquiler sube pausadamente, gozando del fresco de la tarde, el cerro de Santa Lucia.

Las torres destácanse del limbo de oro muriente del crepúsculo.

La victorita sigue avanzando en direccion al hotel. Los pasajeros van en silencio, echados atras en sus asientos.

Solo uno canturrea algo mui ténue i mal en tonado. Los otros fuman, echan humo, inmóviles en sus asientos, mirando la ciudad que se estiende a sus pies i sobre la cual elévanse gradualmente viéndola mas chica cada vez.

—Eh!... eh! animal! le grita uno al cochero.—Espera al otro coche.

I luego, saliendo de una curva verde que forma el camino boscoso que trepa en demanda de los torreones i las rocas de la cumbre, aparece otra victoria de que destácanse con esa arrogancia que da a los rostros de mujer el carruaje abierto, trajes claros, grandes sombreros; percíbense risas, alegres carcajadas i la palabra «mira» «mira», acentuada por una manito que se levanta sobre los ojos señalando algun punto lejano de la ciudad en que empiezan a encender las luces que brillan como joyas ocultas bajo un manto negro.

Los dos carruajes no tardan en juntarse i siguen marchando en convoi.

Ahl ahl espera, cocherol gritan las mujeres en español falsificado.

I se paran sobre los asientos i se quedan absortas, mirando las luces lejanas, desparramadas aquí i allá, mezquinas, vacilantes, tan pegadas al suelo que se diria que eran linternas puestas sobre las cruces de algun campo santo.

-I el nostro hotel? el hotel?

I miran, siempre juntando sus cabecitas adornadas con esos sombreros característicos que 15—16 parecen un pequeño lecho en que han quedado revueltos los encajes.

—Oh! no tonteen; arriba mirarán a su gusto—gritan los hombres.

Los carruajes vuelven a partir; i al llegar a la escala para subir a los altos del restaurant las mujeres saltan al suelo como pájaros que salen de la jaula.

Llega un mozo, asustado ante los parroquianos que seguramente no esperaba i que siguen arriba, en silencio, sin hablar, mudos, preocupados, como molestos con la alegria de aquellas mujeres a las cuales, sin embargo, ha sido preciso llevar.

Debe pasar algo grave seguramente. Algun conflicto, ¿acaso el dinero colectado para algun nuevo banquete ha sido gastado sin que, por desgracia, Severo Fernández encuentre otro Niño Dios con qué salir del paso?

[Quien sabe!

El hecho es que los tres íntimos, los inseparables en altas i bajas, se miran de hito en hito i se tiran el bigote i se muerden distraidamente el labio superior.

No cabe duda. Alguna desgracia ha caido

encima, impensada, cual rayo en dia de sol, al circulito famoso que aun subsiste desde la tarde ya lejana de la despedida a Pedro.

Porque son nada ménos que Severo Fernández, Cárlos Astacuando e Inocencio Lazo los que llegan a aquella comida que empieza bajo los tristes auspicios de un mutismo indiferente ante la bandeja de aperitivos que acaba de traer el mozo.

Dos líneas oblícuas i profundas diséñanse en los labios de Cárlos Astacuando; la voz de Severo Fernández es mas confusa i enredada que ántes i sus dedos huérfanos lloran una desagradable viudez de brillantes i turquesas.

Solo Inocencio Lazo es el mismo de siempre. Sin embargo, sus bigotes parecen desfallecer, en plena rebeldía a las tenazas; su tez amarilla con resplandores de exéquias i en sus cabellos divísanse algunas canas, perseguidas como delatores furtivos, escapadas a la accion del cabo negro.

El encargado de alguna oficina antropométrica habria tomado nota especial de cierto perfilamiento agudo de sus fisonomías: la barba, los pómulos, en competencia con los ojos que se hundían; la nariz cuya piel amenazaba ser rota

por el hueso que blanqueaba impúdicamente bajo ella.

Severo manifestó que lo primero era comer, advirtiendo que por su parte se contraeria solo a un guiso: huevos a la *cocotte*.

· Las mujeres se sonrieron.

Cárlos se enfadó:

-¡Para risas estamos!

Pero luego se humanizó tirando de una oreja a Levafria:

- -Qué triste seria la vida sin estos diablos!...
- -Si no fuera por ellas!
- -Así, si no fuera por ellas...

Era inútil! No podian alejarse ni disipar la preocupacion inevitable i que parecia no abandonarlos un instante.

Las mujeres lo comprendian así con su tacto aguzado quince años de conocer a toda clase de jente. ¡Alguna esperiencia ha de dar eso de pasar de los brazos de un rico de veras a los de algun tahur perseguido por la policía!

—¡Malíchima la suerte ¿eh? se atrevieron a preguntar, sonriéndose, mostrando los dientes juntos, apretados, diciendo a las claras ¡hablen para ver qué camino se toma! Ah, Dio! il pasa-

je a Buonos Aires...suspiraron, golpeando la mesa con la cacha de los cubiertos.

Pero luego volvieron a alegrarse, bebiéndose las copas llenas.

Hablaban por su cuenta, en alta voz, con algarabía ensordecedora:

- —Buonos Aires, il pasaje... quince libras... Ellos hablaban tambien replegados en un ángulo de la mesa:
- —No tengo yo la culpal jugaba por su gusto, por su bueno i hasta me debe dinero.
 - —I a mí! Tres mil pesos.
- —Apostamos juntos ¿i?... De ahí no me sacan si me llaman a declarar.
- —Yo apuesto —decia otro que lo que ha sacado no pasa de veinte mil pesos, que es lo que ha perdido. I ni un cinco mas. Conozco lo que ha perdido. Los diarios no saben, mienten para echarnos al agua porque andábamos con él.
- —Nada mas, que porque andábamos con él. Inocencio Lazo se mordia las coyunturas, con los ojos hipnotizados por las luces del gas.
- —I acaso no andaba con veinte mas? dijo de improviso. I a que no los llaman a declarar? preguntó, golpeando la mesa.

Apareció el mozo:

- -Qué le sirvo, señor?
- -Una trucha.
- —Sí—repitió Inocencio—apuesto que no los llaman a declarar.

Las mujeres comprendieron, por fin.

-A declarar... declarar? qué es eso?

Se miraron, se miraron todos.

Severo Fernández afirmó las manos en la mesa, se tiró los puños i se inclinó adelante, guiñando un ojo:

-Se acuerdan de Anjelito Smith?

Inocencio suspiró; Cárlos tomó una pluma de dientes i todos volvieron a mirarse...

—Ha sido tomado preso en la tarde de hoi, agregó, tosiendo, Severo Fernández.

-Preso!... ¿i per qué?

I ambas mujeres, con ese temor cerval del estranjero a la policía, se pararon espantadas, juntando las manos.

—No es nada, a ustedes que les importa, sobre todo él se las avendrá como pueda. A ustedes cuando mas podrán llamarlas a declarar para preguntarles cómo le conocieron i cuánto gastó con ustedes.

La Joya se sacó en el acto sus anillos guardándolos en su porta-monedas. Una afliccion risible, realmente cómica se habia apoderado de las dos mujeres.

—Hai una cosa que ustedes negarán hasta el último porque de otro modo están perdidas — dijo Severo: — que en la casa de ustedes soliamos jugar. ¿Se acuerdan quiénes iban? Pues no hai que decirlo ni a fuego.

I las mujeres cotorreaban zurciendo i alargando nombres, pronunciados de un modo imposible.

—Eso no se puede decir, no se puede decir nunca, ni las cantidades que jugábamos, o estamos todos hasta aquí—terminó Severo, señalándose la frente.—I ahora un poco de chartreuse... Mozol mozol... chartreuse, traiga chartreuse i cognac.

Se diria que habian descansado despues de aquella advertencia que las bailarinas rezagadas juraron observar.

I luego que Cárlos tenia una manera espantosa de amenazarlas:

—Si quieren, pueden decir todo lo que han visto, pero de cuatro a cinco años no ha de bajar el carcelazo que les pegan!

-Dio... Buonos Aires- murmuraban azora-

das, preguntando si se podria salir aquella misma noche para Buonos Aires,

El chartreuse compone las fisonomias i cualquier percance....

En efecto el humor reaccionaba visiblemente.

Qué distantes estaban los tiempos aquellos de la despedida a Pedro, del cual no habian vuelto a saber ni a acordarse!

Ahora los apuros eran mas grandes i ya no se salvaban saliendo con el Niño Dios dentro de un sombrero de pelo.

¡Qué tiempos aquellos!

- —Se acuerdan de Pedro?—preguntó Cárlos—¡Qué será de él! Ahora lo envidio... Ah, sí, ya lo creo que estaria en su lugar.
 - -No le ha escrito a nadie?
- —A alma nacida. Lo advirtió al irse... Tenia el proyecto de no leer ni diarios de Santiago para encontrarse con algunas sorpresas al volver.
- —Si es que vuelve, porque, segun el doctor Narvaez, tenia síntomas de loco.
 - —I de tonto, si no me equivoco.
- —De todo, ménos de eso. Recuerdan el brindis en el banquete de despedida?
- —Ah! sí, porque cada uno de nosotros llegara luego donde le correspondia..

- -Buen deseo!
- —Así es. Decia que a su regreso hallaria a Ladrin hecho un perfecto casado, a Anjelito Smith de Jerente de Banco, a doña Atractiva de santa canonizada, a Magdalena de madre ejemplar, a tí de Ministro de Hacienda, a Manuelito Soda de rei de la banca...
- —Se burlaba, seguramente. Han pasado dos años i acaso no vuelva. Seria mejor.
- —Mozo! Mas *chartreuse*, por si mañana nos llaman a declarar. Hai que beber bien en la vispera de una declaracion.

I sus risas, tan diferentes i disonantes, se mezclaron en un ruido desagradable como de arcadas o de quejidos.

— No hablaba Pedro de vida nueva? — preguntó Severo. ¿I qué es eso? ¿Algun libro?

-Tonteras, cosas de él.

Pagaron en silencio, como temerosos de separarse, espantados de la noche que ya no sabian pasar sino en orjias.

Acordaron separarse-en la puerta, por si álguien los seguia.

—Iremos mas tarde —adios, i luego — dijo Severo a las mujeres.

A few life at the left of the process of the proces

Cuánto tiempo que Pedro habitaba la vieja casa de Lo Ocampo!

Una puerta de color desteñido por los años mui ancha i que crujia melancólicamente al abrirse en la mañana i al cerrarse en la noche, daba acceso a un patio en que crecia el pasto en completa libertad. Pedro se habia opuesto a que arrancaran ese pasto i, seco en verano, volvia a brotar en la primavera.

La puerta era de aldabon por nadie tocado; oxidado por el tiempo; en lo alto, el brazo de fierro, mohoso, cubierto de polvo i en cuyo estremo conservábanse huellas de que en otro tiempo se hubiese puesto en él alguna luz.

Ese mismo pasto aplastado bajo el rocío de la mañana; el empedrado tupido, las paredes blanqueadas i con greca negra abajo; las rejas de las ventanas, pegadas al suelo, de barrotes terminados en forma de lanza; las pequeñas cruces verdes clavadas de trecho en trecho, indicando cada estacion de la via crucis; los ladrillos gas-

tados, quebrados por el trajin; los anchos corredores de vigas ennegrecidas en que ostentábase al desnudo el colihual; los arcos de encina en que aparecía una gran rosa tallada; los techos semi-tendidos i musgosos; los viejos naranjos colocados al centro i en cada ángulo del patio i cuyo fruto nadie tocaba; la campana colgada en una escarpa de palo en bruto ¡qué no indicaba ahí la paz, los años, el abandono, el sosiego de esas casas en que parece que nadie vive, a no ser la yerba i las flores, que van quedando como últimos recuerdos de otro tiempo, de jeneraciones que se han ido para siempre!

Frente a la puerta grande hai otra mas pequeña, que rara vez se abre. Es la que da entrada al salon.

Se abre con dificultad, como si a nadie quisiera dejar pasar o como si hubieran perdido la costumbre de que la abrieran.

Conserva la huella amarillenta de las manos que la han empujado i tras ella parece que hai alguna capilla, algo que quiere estar en el silencio del polvo, la calma i la oscuridad.

Es una pieza ancha i espaciosa, mui baja i en cuyo cielo osténtase un jénero manchado por la lluvia que se ha filtrado hasta él. La alfombra, en que destácanse grandes ramos de flores que va siendo dificil distinguir por lo desteñidos i gastados, está rota, inconocible, en el sitio en que en otro tiempo estuvo el piano seguramente.

Al centro, hai una mesa tallada, de un estilo que seguramente quiso ser Luis XV. A los lados, osténtanse dos cornucopias antiquísimas con pinturas doradas i cubiertas de mármol negro. Sobre ellas, en floreros con pinturas de colores, flores de trapo, último recuerdo de las novenas al Niño.

El sofá, las sillas de alto respaldo taliado 1 jénero salpicado de ramitos azules está gastado, deshilachándose en los bordes. I qué aspecto venerable conservan sin embargo!

¡Cuántas cabezas blancas parecen reposar dormidas en su alto respaldo!

Los pasos apáganse, resuenan como quien estiende un jénero, en la vieja alfombra rota, agujereada en elsitio en que ostentábase el piano enchapado con incrustaciones de bronce.

En las paredes, a ámbos lados del sofá, hai dos retratos, encerrados en marcos desteñidos i que acaso pertenecieron a algun santo.

· ¡Qué bien están hoi con sus ojos que no ven i con sus trajes que hacen reir!

No han querido salir del viejo salon, aferrándose al clavo de que cuelgan, temerosos de que alguna mano impenitente los lleve a la capital, donde no habria sitio en que colocarlos.

Ahí están en algo que todavia les pertenece, que es de ellos; de donde aun no se han atrevino a sacarlos i ponerlos con la cara vuelta hácia la pared como para ser fusilados por la espalda por el delito de haber pertenecido a una jeneración mas fuerte i mas buena.

Cuando se abre una de las puertas de aquel salon, eternamente vacío, todavía divísanse el antiguo catre de bronce con su pabellon de seda azul i la cómoda de palo de rosa en cuyos cajones guardábanse los trajes para los domingos i para ir a la ciudad.

Pasados los primeros meses, entregados al descanso, Pedro pensó, por fin, en organizar sus trabajos.

Sentíase poseido de una alegría infantil que nunca habia sospechado.

Se prometia no salir mas de aquella vida en que empezaba a hallar un encanto creciente.

No le fué difícil encontrar lo que en el campo se llama *medieros*, entre los cuales dividir el pequeño fundo que salia a recorrer todos los dias de mañana. Preguntaba, observaba, interesábase cada vez mas en el cultivo del campo, el cual, segun él, no tardaria en rendirle ganancias suficientes para ser ensanchado.

Parecia un niño grande vagando por aquel pedazo de tierra blanda que se hundía bajo sus gruesos zapatos.

Se sentia presa de un temor indecible, de un verdadero remordimiento al recordar la capital i su vida pasada.

Aquel recuerdo irresistible asaltábalo de súbito, en medio del campo, de la cosecha, del grano, convertido en planta verde, florida, que aromatizaba el aire, meciéndose, rozándolo al paso de su cabalgadura.

Entonces corria, azotaba su bestia para cambiar de ideas i verse libre de aquel recuerdo.

Complacíase viendo arar la tierra que se abria blanda i dócil, sin quejarse, ansiosa de verse fecundada por la semilla que nace despues, alimentando al *mediero* que lo cuida, que avanza sobre ella sin dañarla.

No podria dejar de pensar en este proceso

admirable, llegando a la conclusion de que era necesario esplotar a inucha jente para que la tierra i el grano costearan aquel lujo i aquella vida de la cual habia huido enfermo, estenuado i lleno de vergüenza.

Así, sin que nada alterara esta vida, pasaban los meses.

El mismo habia ayudado a hacer la cosecha; habia arado la tierra, no pudiendo menos que pensar, cuando desviábase el arado bajo su mano torpe i débil, que ni siquiera para ese trabajo era apto.

Pasaba dias enteros errando por los fundos vecinos, a cuyos administradores inspirábales cariño por su modo afable i su interes por hacerse práctico en sus trabajos.

—La ciudad no sirve No hai nada como el campo—les decia.

Le mostraban todo, sonriéndose de sus preguntas i de su curiosidad.

Los acompañaba dias enteros, tratando de agradar i asimilarse al modo de aquella jente.

—Me parece que de aquí no vuelvo a salir... Como que no hai para qué, porque, por último, supongo que no ha de faltar un poco de tierra que hacerse echar encima—decia riéndose. —Allá, patron, allá—le contestaban, señalando la falda de un cerro lejano, el cementerio de Lo Ocampo.

Prometia ir a verlo un dia, cuando amaneciera de humor:

- —Ah! el de allá es mui bonito, pero cuesta mucho enterrarse en él.... Mucho!
 - -No es para los pobres, patron...
- —Sí, cierto, es para los ricos, i sin embargo, va dando vergüenza descansar en él...... Mucho!

Se sonreian:

- -Las cosas del patron!
- —Es cierto. Se está mejor aquí. I cuidado que yo lo sé bien, porque figúrense si he conocido eso. Vengo de allá, donde he vivido quince años.

Se detenian para dejarlo pasar adelante:

—Tendria alguna pena o alguna desgracia el patron...

-Ahl si, algunas penas...

I empezaba a contarles minuciosamente su vida, consultándolos, interrogándolos sobre si habria hecho mal o bien:

—Yo no creo en nada—les decia—pero por lo ménos quisiera que ustedes me absolvieran.

He sido un bribon que no he hecho nada, a no ser lo que no debía.

Los *huasos* se reian, con su malicia que nada ni nadie pueden sorprender ni disipar,

—Es cierto, quisiera que ustedes me absolvieran.

I estrechaba con cariño aquellas manos ásperas, hechas de tierra o de cortezas, i con las cuales se podria abrir un surco o una tumba.

Volvia contento, galopando para sentir la brisa, el frio de la noche que se acercaba i el último resplandor del sol que se hundia.

Una tarde le preguntaron si no tenia noticias de Santiago.

—Nada, no quiero saber nada de Santiago. He prohibido que me traigan diarios o cartas.

Era la reaccion, la vida nueva que llegaban. ¡Con qué espíritu renaciente i en perfecto equilibrio, emprenderia el trabajo de aquellos apuntes de que le habia hablado al doctor Narvaez, que, seguramente, no conocia a ninguno de esos nuevos amigos de Pedro!

Ah! esos si que eran verdaderos amigos! Sin embargo apenas si sabian sentarse a su mesa.

—He ahí la gran clínica i esos amigos el verdadero gran mundo,—pensaba. Un dia de la capital se le habria hecho mas largo que un mes de su nueva vida.

Los meses corrian, pues, veloces, deslizándose sin que Pedro tuviera necesidad de salir de Lo Ocampo para vender los productos de su pequeño fundo.

La reaccion estaba producida i muerta para siempre la vida de Santiago.

En efecto, la existencia nueva era un hecho real i definitivo en su carácter, rehecho por la reciente resolucion.

El mismo se admiraba de aquel cambio, esperimentado sin violencia, con dulzura, como si siempre hubiera habido en él algo innato i que la capital no habia alcanzado a matar.

¿Pero, era en realidad otro hombre, un ser moralmente transformado por completo?

I esa necesidad de huir de sus recuerdos ino demostraba que todavia habia algo herido, huellas i cicatrices que no era posible tocar?

¡Por qué corria i azotaba su caballo al sentir la melancolía infinita de esos recuerdos!

I de noche, no salia a veces a andar, sin direccion fija, sin otro deseo que el de sentirse rendido, cansado para poder dormir sin despertar? I a veces, obsediado por el panorama constante de esa vida ya lejana ¿no abandonaba su lecho, perseguido por frases, miradas i sonrisas que aparecian de nuevo, con melancolia infinita, diciéndole claramente que existian lazos que no podrian desaparecer?

Un dia era una escena, otro dia otra. Mas, siempre reaparecia algo de lo ido, de lo que acaso no volveria.

Por último, concluia por encontrar un verdadero encanto en esos recuerdos.

Una noche de luna se sentó en el corredor. Ya no deseaba andar sino estar quieto, con los ojos cerrados, embriagado con sus recuerdos. Oíase el canto de las ranas, haciendo mas solemne el silencio i mas imponente la soledad i la quietud de la vieja casa.

Pedro habia echado la cabeza hácia atras, adormeciéndose en ese estado de inconciencia que va haciendo aparecer borrosamente las cosas de otro tiempo.

Ahora era el adios a María, aquella frase horrible «ándate i cerraré...» La pieza con su mesa i su *chaisse longe*, aparecia tal como en otro tiempo.

Se despertó sobresaltado.

-Estaba soñando - dijo.

Se encontraba emocionado por aquel despertar súbito de algo que creia borrado.

Inconcientemente cerró los ojos de nuevo; como obedeciendo al silencio dominador de aquella noche profunda.

Se inclinaba en la silla, caido, como si estu viese muerto.

Apareció el mozo, estrañando talvez que todavia no se hubiese recojido.

Notó su palidez i le tomó una mano, caida, rozando el suelo.

- —Se ha traspuesto, patron, dijo remeciéndolo. Pedro despertó:
- --Qué hora es?
- -Tarde, patron.
- -Gracias i ándate a dormir.

Esperó que el pobre hombre se alejara i a su vez se encaminó a su pieza.

Temblaba.

-Será el frio de la noche!-pensaba.

Sentia un miedo estraño, la desconfianza de si mismo, el temor horrible de un trastorno cerebral.

Recordó al doctor Narvaez i su diagnóstico.

—Habrá que aumentar las horas de ejercicio —decia.—Los nervios vuelven a relajarse. ¿O todo esto no significa sino que la vida que se ha hecho deja una huella demasiado profunda para que pueda ser borrada? Acaso esa vida, en si, pueda dejarse, pero no el recuerdo de lo que hemos sido...

La bonanza de aquel espíritu parecía concluida. Las nubes aparecian de nuevo, entristeciendo sus hermosos dias de campo.

Pedro empezó por aislarse i salir solo cuando no lo vieran.

Volvian las ideas de que se creia libre. Pasa con estas lo que a la madre que tiene una maternidad infamante. Volvia a convulsionarse en su mente aquella confusa muchedumbre de personajes que habia conocido de cerca i de los cuales habia huido como de algo malsano.

Lo dominaban i seguian asediándolo sin dejarlo ni un instante.

I, sin embargo, habia logrado hasta entónces sustraerse de aquellos recuerdos, reaparecidos de nuevo como la herida bajo el lienzo que lo cubre.

Habia sido el cambio demasiado brusco i súbi to para que dejara de asustarlo, trayéndole a la memoria aquella triste visita del doctor Narvaez.

Trataba de distraerse, de volver a la vida que habia empezado al llegar a Lo Ocampo.

Un dia domingo, una hermosa mañana, subió temprano a caballo, encaminándose hácia el pueblo cercano en que se celebraba a las nueve la misa dominical.

Tomó el camino de álamos que daban sombra i frescura.

De trecho en trecho, aparecian los ranchos con su aspecto alegre, iluminados por el sol de la mañana, rodeados de duraznos, destacándose sobre el maizal maduro.

Grupos de campesinos encaminábanse tambien a la misa.

El paisaje no podia ser mas hermoso i lugareño: a lo lèjos, la perspectiva mas i mas estrecha i la carreta que sigue lentamente entre el polvo.

Tambien lejana, entre los árboles i el maizal, oíase una guitarra.

—Será algun santo seguramente... Se detuvo a escuchar:

> La cintita rosá No pierde el color

I aquel estribillo le recordó de una manera viva i profunda a la capital, donde él habia oido por primera vez esa cancion cuyos ecos se iban ondulando sobre el maizal trigueño, asediado de abejas.

Siguió.

La carreta perdíase a la distancia, camino de la torre, en cuya cruz de palo florecia el sol de la mañana i la campana volteando sobre una reja, como ave que aleteaba dentro del nido.

Los huasos, campesinos i medieros de los alrededores encaminábanse tambien a la misa llevando a la anca a sus mujeres o a sus niños.

Pedro sentia deseos de hablar con toda aquella pobre jente.

¡Si lo hubieran visto sus amigos, Ladrin, Severo Fernández, el elegante; Anjelito Smith, el sportmen; Antonio Berjel, el de los camarines; Inocencio Lazo, el de las grandes comidas!

Se reirian i con razon porque no basta con alejarse del sitio infectado para sanar i ser otro.

Acaso él mismo, marchando cabizbajo, camino de la misa de la villa ¿no era prueba evidente de que hai ideas i enfermedades morales de que es imposible curarse? El tuberculoso cambia en vano de temperatura; la voluntad perdida, el amor deshecho, la vida convertida en algo de hotel, cambia inútilmente de pano-

ramas. Para ella, ya no florece el sol en la cruz de la torre del lugar, ni suena la campana; i esa cinta de la cancion, ha perdido para siempre su color.

El doctor Narvaez tenia razon. Aquello era un mal sin remedio; eran la impotencia, la desesperacion siguiéndole al campo, como lo habian seguido en la ciudad. ¡Mal incurable i misterioso, cuyo jénesis no sabia precisar bien, desesperándose por encontrar i señalar su principio!

Un camino de campo; a lo lejos una iglesia; el paisaje ilimitado con los cerros lejanos en cuya cima resplandecia la nieve... I bastaba eso para operar en él el cambio esperado?

Nó; talvez era ya tarde i nada podia bastar para recomenzar de nuevo la vida.

Ya no era suficiente la repeticion cotidiana, i monótona, al fin, de aquellos baños de aire fresco que estremecia i arrancaba sus pétalos, blancos i rosados, a los árboles floridos. Ni la puesta de sol que va muriendo de gradacion en gradacion, como fantástica decoracion tras la cual se estingue lentamente la luz.

Acaso la vida no renace como la sávia, la flor i el perfume, estenuados por el invierno i el frio.

I habria de renunciar a esa vida, confesarse impotente hasta para recobrar la calma perdida?

L'volver?

Ah! estaba resuelto a no volver aun, dejando correr el tiempo para darse en seguida siquiera el placer de ver los cambios operados durante su ausencia.

¡Ver lo que habia pasado, sorprender acaso el final de las comedias cuyo principio le habia tocado presenciar!

Solo esa idea enfermiza, convertida en esperanza, le hacia sonreir, iluminando la fisonomia del antiguo elegante transformado en hombre de campo.

No habria sido fácil, en efecto, reconocerlo bajo el sombrero de grandes alas caidas, de la manta i, sobre todo, de su cara, curtida por el sol, en que aparecia la barba áspera i crecida.

La iglesia levantábase en uno de los ángulos de la plaza. Humilde iglesia de campo en cuya torre inconclusa asomaba furtivamente el atravesaño que sostenia la campana.

Por un raro privilejio, obtenido por cierta poesia rural a favor de las parroquias de campo, la iglesita hacíase simpática en fuerza de su pobreza blanqueada tarde i mañana.

¡Qué bien le venia su cruz i su campana, asomándose curiosamente entre las vigas de la torre!

I con cuánto cariño mirábala el sol de aquella espléndida mañanal En efecto, parecia complacido acariciándola, juntándose con ella, entibiando su cobre negruzco i haciendo brillar la pintura blanca de la cruz.

Dominaba la plaza cuadrada i llena de yerba i árboles i en cuyo centro la munificencia del municipio de la localidad habia elevado un tabladillo pintado de verde-mar en que tocaba la banda del batallon cívico.

El progreso de la localidad no se habia detenido solamente en eso i, yendo mas allá, i a indicacion de *La Estrella Solitaria*, periódico de la localidad, habia hecho embaldosar todo el frente de la parroquia.

No faltaban jóvenes en la cabecera del departamento a que pertenecia Lo Ocampo i, para probarlo, paseábanse al lado afuera con flor al ojal i baston en la mano como en Santiago. I como de Santiago podria haberse tomado aquella salida de misa, sino hubiera sido por uno que otro detalle insignificante en los trajes de aquellos jóvenes: alguna levita lijeramente corta, algun sombrero un poco alto, alguna corbata de color talvez mui encendido.

I hasta el amor debia florecer ahí con todas sus ternuras e inconvenientes a juzgar por ciertas palabras sueltas que Pedro alcanzó a percibir.

Se acercó a la puerta de la parroquia en cuyo fondo divisábase la casulla blanca del oficiante. La campanilla resonaba sin cesar i, de tiempo en tiempo, el sacerdote, que no debia tener mucha prisa en concluir con el santo sacrificio, volvíase lentamente.

Pedro trataba de escuchar lo que hablaban aquellos jóvenes, pero no tardó en notar que se retiraban de él, talvez para que nadie fuera a incurrir en la equivocacion de creer que estaba con ellos.

Sonreiase complacido.

Volvió a acercarse con grandes precauciones, afectando distraccion.

Pidió fuego.

Evidentemente, lo despreciaban.

-Como si me presentara en esta facha don-

de Gage!—pensaba riéndose. — Ah! la vanidad de Lo Ocampo!...

La misa terminaba, por fin, i la concurrencia empezó a desbordarse en todas direcciones, a desfilar ante los jóvenes dispuestos en dos filas, formando calle a ámbos lados de la puerta.

¡I que bien habian aprendido a saludar, una de las cosas mas difíciles, segun la autorizada opinion de Ladrin!

El saludo es una lágrima!—decia Ladrin.

Pedro se quedó mirando como se alejaba aquella jente, mas feliz que él.

Subió a caballo i se alejó tambien con el desengaño de quien ha visto algo que solo es para ser observado una vez. Sobre la mesa habia un paquete de diarios i algunas cartas de Santiago.

Un rayo de luz, entrando por la ventana, caia sobre ellos dorándolos por completo.

Los reconoció al instante i se sintió sobrecojido. El corazon le palpitaba con fuerza ante aquel anuncio estraño.

Las fajas blancas dejaban ver los nombres de los diarios: La Tarde, El Mercurio, La Libertad Electoral...

Algo mui importante seguramente debian decir, porque, de qué otro modo podia esplicarse que se los enviaran.

Talvez algun suceso de los que él habia previsto al salir de Santiago!

Sus deseos de leer aquellos diarios crecian por instantes, ya que seria indudable que darian cuenta de algo grave ocurrido en la capital.

¿Seria algun escándalo, algun crímen, algun fraude ruidoso?

I si era así, para qué llegaban hasta él, trayén-

dole el triste anuncio de los escándalos de que habia huido!

Su rostro se iluminó i en sus ojos apareció una sonrisa intensa, quemante. Ah! empezaban a cumplirse ya sus vaticinios i sus predicciones sobre la vida podrida i enferma de la capital, i no podia ménos que sentirse halagado en su vanidad, de haber previsto los escándalos i sucesos que anunciarian esos diarios, arrojados como una palada de cieno traido de otra parte para ser tirado a su mesa.

—Si se cumplen mis vaticinios o, por lo ménos, van ya camino de una realidad lamentable!

Paseábase ajitadamente, obsesionado de repente por la vida de la capital.

Sentia, en realidad, ruido de club, de sala de juego, de meson de cantina.

I la vida, dejada para siempre, surjia mareante, risueña, oliendo a cigarros puros, a prostitucion i a licor.

¡Acaso aquellos candelabros con que iluminábase la mesa de las grandes comidas, estarian alumbrando el cadáver de algun nuevo Melosa en esos instantes!

El presentimiento, tan marcado, tan hondo

i perceptible en ciertos momentos, apoderábase de él, cubriéndolo de sudor frio.

¡Qué seria de él, si estuviera en Santiago!

Se turbaba, palideciendo intensamente, pareciéndole una mentira, una ficcion, que hubiera roto para siempre todos los vínculos que ligábanlo a la vida pasada.

-Por qué me han traido esos diarios?

Habia sido uno de sus primeros cuidados, al llegar a Lo Ocampo, el ordenar que rompieran o quemaran cualquier papel o carta que le llegara de Santiago.

-Entónces, por qué me han traido cosas que

no quiero ver...!

Se acercó a los diarios i las cartas.

Miró, coordenando recuerdos, esforzándose por reconocer caractéres de letras olvidadas ya.

Observaba sin tocar, inclinándose para ver mejor. Nunca acaso se habia puesto mas a prueba la pasion de la curiosidad. Pero Pedro estaba resuelto a destruir todo aquello sin abrirlo.

Un nuevo presentimiento pasó por su mente:

-Parece letra de mujer...

Era una letra pequeña i fina, continuada, mui pareja.

—En efecto es de mujer. ¡Alguien—pensó—

que la habrá disfrazado asíl ¡Pero con qué objeto!... Desde luego, no es la de Maria.

I tomó el pequeño sobre de un azul blanquecino del cual desprendíase un perfume suave, desvanecido.

¡Quién usaria ese perfume, débil i estenuado, que así venia a evocarle la vida pasadal ¡Quién! El conocia, habia aspirado ese perfume que reaparecia de nuevo entre sus recuerdos.

I esa letra, parecida, como la de todas las mujeres, a tantas otras?

Tambien tenia la certidumbre de haberla visto en alguna invitacion «a tomar el té.»

La miraba fijamente a esa luz con tanto oro, de la tarde.

Sacudió ese pequeño sobre azul claro, angosto i largo, igual a los que se guardan en el cajon mas querido de tantas mesas.

—Es la letra de la invitacion al matrimonio de Patricio Lucero i Magdalena Valleriesgo?

Pero, ¿podia ser de ella? Imposible! Por qué podia escribirle... Nó, nó, jamas!

—Ignora, i seguramente lo ignorará siempre, que la he querido!

Miró de nuevo aquella carta misteriosa bajo cuya cubierta palpitaba, llamándolo, esa vida de la capital, que lo atraia de nuevo, no satisfecha de haber concluido con él i con su carácter, con su enerjia, i con su modo de ser alegre de otros tiempos.

Iba a abrirla, a salir al fin de la curiosidad intensa que lo asaltaba.

—Pero abrirla es volver a Santiago! Volver sin haber hecho nada, sintiéndome peor i mas desfallecido! Nó, prefiero morir en Lo Ocampo, morir en algo que es mio, de donde nadie puede echarme i de donde he de irme alguna vez, no seguido de esos cortejos de ciudad grande, sino en hombros del mayordomo i el hortelano i atras el cura i los perros guardianes.

Rompió lentamente la carta i los diarios que caian en pedazos a sus piés.

Se sentó, tapándose la cara.

No pensaba en nada; i cuando levantó la cabeza, sintió los ojos húmedos. Las lágrimas mojaban sus manos. Se las miró elementado, sin saber lo que hacia i solo entónces notó que sus hermosas manos, tan cuidadas en otro tiempo, habianse cambiado en manos de campesino, curtidas por el sol i encallecidas por las herramientas.

-Me he atrevido a romper esa carta!

—Si me vieran! Talvez no me conocerian! Se miraba otra vez las manos agarrotadas, torpes, perdida del todo la elegancia con que barajaba los naipes

—Cuántas veces he tenido entre ellas las ondas de su pelo rubio!...

I riéndose siempre, agregó:

-Eh, tipo! Todavia haces frases!

Dejó caer nuevamente la cabeza sobre el respaldo del sofá, deseoso de adormecerse, de sentir tambien el crepúsculo a esa hora dulcísima en que el dia que muere participa al alma su estenuacion mortal.

Las nubes encendidas en el fuego lejano semejan ruinas, alas que se ajitan entre sangre, sin poder levantarse, espantadas de la noche que ya llega.

A lo léjos, oíase el grito de los corderos vagando aun en el ocaso, ya próximo a perderse en el primer escalofrío de la noche. Fué una aparicion súbita, inesperada i a la vez festiva i triste, la de aquel personaje que Pedro no veia desde tantos años atras.

Estrañábase de la ocurrencia de anunciarle visita:

-Lo he conocido apénas!

Pedro iba recordando mas i mas al estravagante personaje de quien tanto se habia hablado en otro tiempo:

—Seria curioso saber despues de qué serie de incidencias i descalabros ha venido a dar al campo... Como yo, ni mas ni ménos que como yo. Estará loco, seguramente, o en vísperas de volverse. I, en efecto, no es el loco político, el utopista, el soñador que hasta bajo la tapa de su ataud escribirá el programa de grandes reformas?

Pedro se detenia ante la ventana, por cuyos postigos abiertos entrábanse el sol i las matas

de suspiros, esa flor que solo puede vivir entre las frescuras de la mañana.

Iba a verse con un loco del cual se habian burlado todos en la capital. ¡I cuándo mejor que ante un loco puede adquirirse la certidumbre de nuestro equilibrio, de nuestro juicio, de nuestra lójical Es el contraste produciendo sus efectos inevitables!

—Será el mismo de otro tiempo, noblemente enfurecido con todo lo actual: política, administracion, vida social; con ese todo mal organizado, bamboleante, segun él, por ser falsa i mal escojida la base en que se asienta. Locol Le llaman locol ¿I acáso no tendrá razon, por mas que diga lo que diga el doctor Narvaez?

Bajo la sombra lejana de los árboles cubiertos de flores rosadas que parecen mariposas embriagadas de luz i sávia, surjia, ya mas precisada i clara, la figura del utopista con su cara aun jóven, formando contraste con la cabellera blanca, echada atras, azotada por un soplo constante que enardecia su rostro, inflamándolo a la menor contradiccion.

Era un verdadero tipo, mezcla de orador i de catedrático; anteojos, frente alta, apretada por el tiempo, como si tras ella se desmoronara algo. Deteníase con las manos a la espalda, el pecho inflado constantemente por una ola de indignacion, i el pié hácia adelante, inclinada la rodilla, como las estátuas en su pedestal.

Se diria que estaba ante una muchedumbre de admiradores, ardorosamente inflamado, levantando en alto su viejo sombrero de pelo i sus papeles con que, amablemente i dándole escusas, arrojábanlo de todos los diarios.

Solo su costumbre de estornudar con demasiada frecuencia descomponia de manera festiva el conjunto solemne de su personalidad de revolucionario pacífico i enemigo de los tumultos
desde que en uno de ellos i de un palo le habian
sentado levemente su nariz que no por ser un
poco gorda perdia por completo el perfil griego...
I qué hermosa i simbólica figura la que hatia aquel último idealista parado sobre el campo verde, bajo las ramas de duraznos i el gorjeo de los pájaros i el grito de los zorzales
que le recordarian los silbidos de toda la vida.

Acaso más que loco, era un derrotado ignominiosamente i que no conservaba otros rastros del pasado que su desesperacion, convertida en escepticismo, i su levita, alegremente disfrazada de verde, i que, al quedarle corta, dábale ese aspecto de los veteranos que, al ser declarados inválidos, conservan el traje de la última parada militar...

Pobre don Manuel Mora!

La ciudad repudiaba para siempre al altruista, al reformador, ya desoido i befado, como si en todos sus sueños i utopías hubiera tenido otro norte que no fuera el bien de todos.

I qué bien sabia a veces burlarse de todas las farsas i convencionalismos!

Cuando descubrió, ya grande, que no era hijo lejítimo sino natural, sintió una gran alegria i atribuyéndose sus teorias nacientes al amor incontenible de que habia sido hijo, resolvió cambiar de nombre, agregándole una la su apellido que se transformó así de Mora en Moral.. ¡I qué daño habia en ello! Acáso otros, con ménos títulos i razon no introducen letras forasteras i sílabas furtivas en sus apellidos?

Al cabo de unos cuantos años, la sílaba de mas o de ménos adquiere personería, sonido a cosa sólida, aspecto como los cuadros de museo. ISe clasiliza!

Pero don Manuel no habia sido feliz en su innovacion i a poco de casarse, empezó a decirse que la señora se *reia* con tal descaro de su apellido, que contribuia poderosamente al descrédito de sus primeras obras... ¡Moral, Moral!

Se corria, ademas, que ella se ponia furiosa a causa de la constancia imperturbable para dotarla de un vástago por año.

No obstante, dedicaba el exceso de sus fuerzas creadoras a la obra de rejeneracion que emprendió por aquel entónces, dando conferencias, escribiendo libros, folletos i artículos; propendiendo así a la apertura de centros, órganos i comitées de propaganda.

Se habia enamorado de cierto réjimen político, como ántes se habia enamorado de su mujer, sin comprender que ámbas debian serle al fin infieles...

—Ah! el réjimen decenal, decia, he ahí la síntesis de la centralizacion administrativa, causa matriz de males sin cuento!

I habia convertido sus ideas en verdadero apostolado, en doctrina por la cual estaba dispuesto a todos los sacrificios, empezando por los desgastes de dinero que una propaganda contínua imponíanle a diario.

Se batia heroicamente, insultando a sus ad versarios, repartia remitidos en todos los diarios, rectificaba públicamente las objeciones o casos

de conciencia de sus afiliados que llegaban ya a constituir un grupo al cual no tardó en notarse que le faltaba una bandera que ostentar en las reuniones de propaganda.

Pero los adversarios no le contestaban o no lo leian, lo cual alentaba al propagandista para proseguir sin tregua el aniquilamiento de adversarios que no querian bajar «a la arena de la lucha»...

Los diarios reventaban a remitidos de dos columnas, i de mas a veces, cuando se trataba, por ejemplo, de la «presentacion de la bandera» o de alguna sesion de que era necesario dar cuenta i dejar constancia.

I qué caro iban costándole los remitidos i la propagandal

La tarifa de los diarios i el estómago de sus correlijionarios concluirian por dejarlo sin medio. Pero él, allá en sus horas de entusiasmo irresistible, habia prometido quedarse en la calle ántes que desatender la propaganda activa de aquellos principios que eran la salvacion del pais, del buen pais.

¡En qué objeto mas adecuado i práctico podria emplear los treinta o cuarenta mil pesos de su herencia!

El no desconfiaba, por otra parte, de que al agotarse aquella suma, estuviera asegurada i robusta la existencia del periódico que, por fin, se habia resuelto fundar para atender mejor la propaganda del partido naciente.

¡Pero, qué implacables para arrastrar con todas las entradas del periódico eran los redacto-

res principales!

Un dia, a la hora de la salida del periódico, habia ocurrido un suceso sangriento con motivo de una reparticion poco equitativa de la venta del dia.

Pero él no se desalentaba i seguia imperturbable, seguro de que con sinsabores i todo, trabajaba eficazmente por el bien público.

Con todo, el diario no tenia salida i el dia en que, como medio económico para aumentar su circulacion, tan restrinjida, empezó a insultar a la jente, por nada descalabran a palos a todo el cuerpo de redactores.

Don Manuel los exhortó a seguir adelante i a no desmayar jamas; pero los redactores se pusieron furiosos protestando que no volverian a tomar la pluma.

I La Bandera, periódico bisemanal, murió en silencio, cerró sus puertas hasta que llegó a

abrirlas i a desclavar las herraduras el receptor que penetró seguido de dos policiales.

Era evidente que el público en jeneral no participaba del programa de *La Bandera*, la plancha de cuya oficina aparecía todos los dias manchada con sustancias poco agradables al tacto i nocivas al olfato mas refractario. ¡I qué hermoso era, sin embargo, su programa!

Pero el altruista no caia aun en la cuenta de que la mejor manera de vivir es no teniendo programa fijo...

Nó, él no concebía la vida sin una bandera i un programa i estaba dispuesto a morir aferrado a la querida bandera, es decir, a la otra bandera, a la lacre con letras de oro, de los desfiles i las procesiones cívicas.

Pero hasta esa bandera apareció sin las letras despues de una manifestacion! Se las habia estraido, rompiendo el jénero, el que la conducia en alto, sin mácula i sin mancha, altiva; ondeante con sus flecos de oro!...

¿I otra vez, el dia de su penúltima aparicion en público, no habia tenido que pagar cuarenta centavos porque se la llevaran hasta su casa? ¡Doloroso camino, vía-crucis amargal Durante el trayecto, la bandera habia tenido que ir arras-

trándose por el suelo, temerosa de destacarse en el aire i ser víctima de los puñados de tierra i carozos recojidos en la calle.

Sobrevino la disolucion del partido i la notificacion i arraigo de los bienes i persona del quebrado propietario de *La Bandera*.

I, con todo, i dijérase lo que se dijera, qué hermoso programa fracasado i qué linda bandera, entregada a la polilla i condenada a dormir envuelta en su astal

Todos los males del pais, segun el propietario de *La Bandera*, provenian a ciencia cierta de una série de errores de derecho administrativo que habia que remediar a la mayor brevedad.

Mala division territorial i de los ajentes encargados de la administracion pública, de donde se deriva, en primer lugar, una plaga de intendentes, gobernadores, municipales, jueces i subdelegados; pésima organizacion de la hacienda pública i de los impuestos; peor organizacion de la instruccion... En fin, qué cúmulo de males, estrechamente eslabonados e imposibles de ser remediados aisladamente sin reformar el conjuntol

No era cosa poco peligrosa hablar de las ventajas del poder central en presencia del utopista a quien sus derrotas no habrian conseguido hacerle perder ese espíritu alegre que recibe todas las cosas. Con un ¡qué vamos a hacerle! i un pronunciamiento horizontal de los labios.

I así, con un ¡qué hacerle en los labios i otro en el corazon, lo mandó su mujer al fundo de uno de sus parientes.

Se marchó contento:

-Qué hacerle!...

--Te iré a ver-le dijo ella-ándate; un poco de talaje te hará bien porque a nadie le hace mal...

¡Era un mueble inútil i viejo mandado de la ciudad, donde no servia para nada, a la casa de campo en que pasaria sin ver i sin que nadie lo vieral

Todo eso estaba bien, suele suceder, sucede, cuando no con frecuencia, por lo ménos de tarde en tarde.

Pero, no era lo inesplicable el cómo habia llegado al campo, sino el medio de que se habia valido para descubrir la residencia de Pedro.

¡Para qué podia ponerlò el desti no ante ese despojo arrojado fuera por esa corriente turbia de la vida santiaguina que constantemente aleja a unos para atraerse a otros! Vió la hora. Debia llegar de un momento a otro.

—Acaso quiera contarme sucesos de Santiago de que no he tenido noticias. En tal caso, lo haré callar, le diré que no quiero, que no deseo saber nada.

Se sintió el ruido de un carruaje que se detenia ante la puerta de la casa de campo.

Era él, el mismo don Manuel Moral.

—Ahí, golpée en aquella puerta, le decía el sirviente.

Empujaron i apareció.

-Oh! usted por aqui, pero es usted mismo?

-El mismo-contestó.

El recien llegado se dejó caer sobre un sofá; se sacó el sombrero con el cual empezó a echarse viento; despues abrió las piernas i dejó caer los brazos.

Ambos se sonreian, mirándose.

—I a qué debo, don Manuel, el gusto de te-

nerlo por aquí?

—He venido a verlo, mi amigo. Supe por los sirvientes que usted habia sentado sus reales en estas soledades i aquí me tiene a hacerle compañia un momento.

Pedro se inclinó:

—Cuanto le agradezco a usted... Es un poco monótona esta vida del campo. Me aburro soberanamente i acaso volveria a Santiago, si allá no me aburriera mas.

Le nombraba de intento a Santiago.

- -I desde cuando por aquí?
- —Desde Marzo del año... ¡Qué quiere usted! ¡El campo, el talaje!

Se puso de pié, se paseó ajitado, deteniéndose de cuando en cuando ante la ventana asediada de suspiros i llena de sol.

- —Qué quiere usted! Para vejetar, el campo. ¿No es verdad que se está mejor aquí? Supongo que hará lo que yo, levantarse temprano, andar, mirar, tonificarse con el aire tan puro.
 - -Así es..., sí, sí..., así es.
- —I sobre todo, que aquello de Santiago terminó definitivamente.

Pedro afectó no saber nada.

- —Sí? Pues lo ignoraba.
- —Ah, síl no se podia ir mas léjos. I qué hacerlel no ha sido mia la culpa de que la jente no siguiera mi programa.

I se reia levantando los hombros, con la mirada vagabunda, sin destino.

-Hice cuanto pude... ya lo creo, como que

he quedado sin un cinco, siendo la filantropia una de las cualidades de que mas desconfiaba. Bien es cierto que solo ahora empiezo a creer en lo que no creia i a no creer en lo que creia ... Creia en la fé, en la constancia... No sirven de nada absolutamente. Son necesarias otras cualidades creadas por el tiempo. El reformador de ahora no puede ser como el de ántes. Lo digo yo. Los filósofos, los propagandistas, son unos farsantes prácticos i conocedores de los mil vericuetos en que otros se pierden. La descentralizacion! ¡Qué cosa mas sencillal ¿Recuerda usted aquel primer editorial de La Bandera?

-Ah, magnifico!

Sacó un diario del bolsillo...

- -No lo lea, lo recuerdo, don Manuel.
- —I sin embargo, nadie hizo caso. Es que no hai peor sordo que el que no quiere oir, ni peor ciego que el que no quiere ver. Pero se hizo lo que se pudo i eso me basta porque ese es el deber de cada cual. I qué hacerle, mi jóven amigol

Se reia de nuevo, satisfecho, sin resentimientos, paladeando sus tiempos de luchador.

- —No faltará, don Manuel, quien levante despues la misma bandera.
 - -Así lo creo.

—Pero eso será la obra de muchos esfuerzos porque uno solo no basta. Me he convencido, no basta.

—Qué quiere usted! Los tropiezos, la indiferencia, la falta de comprension de los intereses bien entendidos; la risa, la mofa, hoi mas comunes que en época alguna.

—Ah! sí, todo eso trae mui luego el escepticismo.

I la misma sonrisa alegre retozaba de nuevo en aquella fisonomia amarillenta, cubierta de arrugas que se plegaban, ocultando los ojos.

¡La misma sonrisa, subsistiendo siempre así, como esas plantas ya secas en que solo queda una hoja verde!

-¿Recuerda usted como se reian de mí?

—Sí, don Manuel, lo recuerdo con pena—dijo Pedro—con pena, porque usted tenia razon. Usted recuerda con amargura aquellos dias ¿no es cierto?

—Absolutamente. Por qué! Estaba en lo cierto... La centralizacion; un solo poder absorviéndolo todo i administrando lo que no ve ni conoce. Creo, repito, que estaba en lo cierto; pero ódio no le conservo a nadie..... Amigo mio! no ha sido mejor, personalmente, que me

vencieran? ¿El valor de ciertas derrotas no está en lo que se gana no obteniendo la victoria? Medítelo.

Torcia su cigarrillo, sin atreverse a pedir un fósforo, incapaz como era de molestar a nadie.

—Yo mancharme, proseguia, por medio de préstamos de conciencia i de transacciones con otras ideas?...

I se paseaba, mesándose los cabellos blancos, irguiéndose dificultosamente bajo su levita verdosa, como un espectro del pasado que halláse demasiado abrumadora la losa de su tumba.

—Don Manuel, si a todos los que le llaman loco pudiera dar usted su honradez!

—Ah! mi amigo, no hablemos de eso—dijo, mascando meláncolicamente una punta de sus bigotes.—Para qué, con qué finl...

I la sonrisa vagaba siempre, rielaba en las pupilas del último filósofo, manifestando la subsistencia del espíritu tranquilo i resignado sobre la derrota definitiva, sobre la imprenta embargada, sobre la bandera apedreada i arrastrada, con el asta de bronce inclinada al suelo.

Habló de su salud. Estaba bueno; pero algo sentia, que perturbaba su sueño, recordándole

cosas tristes: la bandera, la pobre bandera que habia corrido quién sabe qué suerte...

- —La bandera de la descentralizacion! ¿I usted?
- —Yo? bien, es decir, relativamente bien—contestò Pedro—enfermo de algo así como de desprecio a mí mismo i a los demas. ¿Una enfermedad rara ¿no es cierto?
 - -I qué hace?
 - -Nada; andar, mirar.
 - -I usted?

El rostro de don Manuel se iluminó como si en su pecho se hubiese levantado una última llamarada:

- —Ah, he sido un poco aficionado a la música i compongo una ópera: Las cuatro estaciones....
 - -Pobre hombre!-pensó Pedro.
- —El invierno, el verano, la primavera, el otoño. ¿No ve usted que armónico resulta el todo?

—Vuelva por aquí alguna vez—le dijo Pedro i despues de estrecharle la mano, salió a dejarlo hasta la puerta. Pedro se decidió, por fin, a ponerse a la obra i emprender de una vez la ejecucion de la novela en que debia mover a todos los personajes que habia visto i conocido en la capital.

Habíanlo retenido hasta entónces los temores horribles de un fracaso mas.

Sentia miedo de tomar la pluma, de acometer aquella obra, ante cuya ejecucion sentíaselleno de temor.

I era así como se retardaba aquella empresa para la cual todo estaba listo i que, sin embargo, iba quedando siempre para el dia siguiente.

Enamorado de la idea de escribir recuerdos, predicciones que su estadia en el campo, ignorante de todo, le permitiria someter despues a las rectificaciones de la realidad la cual debia decirle si se habia engañado o no, temblaba, sentia verdaderos terrores al llegar el momento terrible de empezar, de fecundar esas carillas en blanco-

que esperaban siempre, ya cubiertas de polvo.

Pero sus recuerdos, en cambio, iban agrandándose, comprimiendo su cerebro, deseosos de salir no pudiendo contenerse, estrechados en las celdillas en que habíase formado algo infecundo, estraño, deforme i que, sin embargo, palpitaba i removíase, reclamando la vida, la luz, el aire a que acaso no tenia derecho.

¿Son las mismas leyes fisiolójicas las que rijen el alumbramiento del sér normal i el del feto enfermo i lamentable, resúmen de infinitos males?

¡I cómo se reflejan esos dolores, esas incertidumbres cruelísimas en la producción intelectual, hondamente sentida, i en la cual percíbense prematuros vajidos de miseria i de angustial

El organismo enfermo, agotado i torturado por el resíduo enorme de observaciones que solo pueden sentirse al precio de que alleguen un átomo mas a la nube de dolores que oscurece el alma, implora, grita.

La vida cerebral hácese mas intensa i perpétuamente vibrante.

Las palpitaciones del corazon se aceleran, asustadas ante la presencia de fantasmas que turban i vienen en busca de los últimos vestijios de tranquilidad i de calma. Asustábanle las preguntas i las dudas que surjian en su espíritu sobre lo que es en realidad la novela.

I cómo podria ser esplicable que emprendiera la ejecucion de una obra sin base, sin fines ni resultados!

Ahl i siendo todavia niño, no habia soñado con la pura satisfaccion de hacer arte, cosas bellas, nada mas que bellas, sin fines ulteriores, obras refuljentes de frases brillantes, magnificas en su opulencia, de colores i tonalidades?

¿I por qué ahora, siendo ya hombre i sintiendo todo el peso de la vida, renunciaba a lo que habia sido en otro tiempo tan hermosa ilusion? ¡Qué anhelos de ejercitar la mision activa i práctica del escritor! Él, que habia fracasado en todo, cómo hacer sentir la influencia de sus ideas, de su sér rejenerado i en lucha desesperada con la impotencia, fruto de su vida pasada!

-¡Cómo!

En las noches paseábase hasta tarde, dormia mal i a la mañana siguiente, proseguia su existencia febril i sin descanso.

No veia de una manera clara la novela de hoi; i concluia por desesperarse, luchando por dar desarrollo lójico, conjunto armónico i regularidad perfecta al cúmulo enorme de sus observaciones que asaltábanlo, viniéndose desordenadamente i en tropel a su memoria.

Ahl seria posible que se hallara incapaz de ejecutar su proyecto de tantos años!

I al pasearse, inclinado, mesándose la barba abrupta, que crecia libremente, como crece el pasto entre las ruinas, de súbito, como evocacion terrible, divisaba a don Manuel Moral con su aspecto de estátua desenterrada.

Luego aparecia la bandera apedreada, despues todo el programa de la descentralizacion administrativa...

Pero, como siempre, la idea, revuelta i enmarañada al principio, iba apareciendo cada vez ménos confusa i mas delineada.

Habria un héroe, un protagonista, al cual las circunstancias ordinarias de la vida llevarian a todas partes, hasta que, cansado, aburrido, sintiendo náuseas, huiria de aquello, refujiándose en el campo, donde pasaria algunos años para volver despues a ver si habian resultado inexactas las predicciones de su libro.

Hé ahí la idea matriz a cuyo alrededor iban surjiendo poco a poco los procedimientos i los recursos para llevar a todas partes el análisis, una diseccion velada que, para que pudiera dar resultados i no chocara de súbito con el medio i la sociedad, poco acostumbrada a esta clase de estudios, debia atenuarse, a veces indicarse apénas para que no saltara la sangre.

Pero sus dudas i sus turbaciones surjian de nuevo ante la idea de no poder entrar a fondo i hacer, sin atenuaciones de ningun jénero, ese análisis tan deseado.

¿I si aquello no agradaba o resultaba sin verdadero alcance, sin importancia, sin los accesorios de moralidad de que queria dotarlo?

Porque él no asignaba ningun valor a lo que no imprime influencia, a lo que no señala rumbos i ejerce una accion profunda i sólida en el interes social.

La novela, el cuento, no debian ser para él un sport de ociosos de la pluma. Asignábales un fin mas útil i mas alto: el de medios de propaganda destinados a tener una gran eficacia, sirviendo una moral severa, el dia en que sean empleados por hombres preparados i conocedores de la vida.

Sentíase víctima de ese ambiente malsano de que habia huido; i de ahí sus anhelos de hacer obra benefactora pintando ese mismo ambiente, dando cuerpo a esos recuerdos, cada uno de los cuales era un detalle de ese mundo maleado e infecto de donde salian no pocos de los que actuaban en la política, la administracion, la vida social, los negocios, el matrimonio.

—¡La juventud que forma el mañana!—pensaba.—Es eso lo que hai que pintar, o por lo ménos el punto por donde debe empezarse.— Reflejar el estado social, el alma de la jeneracion para la cual se escribe!

¡Qué síntesis mas perfecta de ese estado lamentable, formaba aquella comida inolvidable en que sus amigos habian hablado de ambiciones, proyectos i caminos por seguir!

Le parecía tenerlos a su lado, verlos de nuevo con sus bigotes doblados hácia arriba i sus pecheras blancas, infladas, como si debajo de ellas hubiera oculto algo monstruoso.

¡Cómo podria olvidarse de Pepe Flores, aquella notabilidad sin igual en materia de arreglo de mesas i confeccion de menúes; de Zenon Hurtado, de Ladrin del Valle, que hacía prodijios por casarse con alguna pobrecita que le diera prestijio o dinero; del inolvidable Ladrin que empezaba a dedicar a la política el tiempo que le dejaba libre el bacarat...

I Manuelito Soda, que la noche del banquete hablaba de volver al comercio ¿no era otro specimen, otro veneno en funciones activas?

I cada uno de ellos, Severo Fernández, Anjelito Smith, Inocencio Lazo ¿no eran otras tantas manifestaciones evidentes de que existia una descomposicion que asomaba, cundiendo i estendiéndose rápidamente?

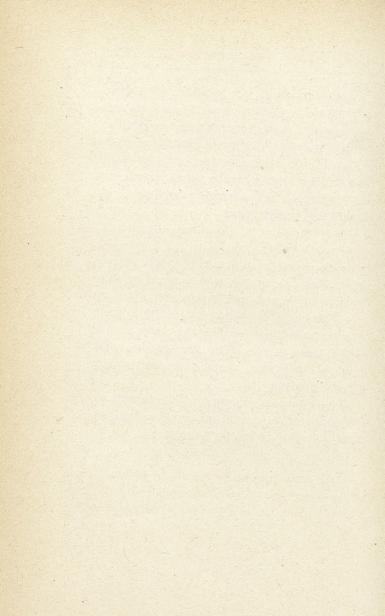
¿No aparecian ya en la política, el comercio, las letras, el matrimonio?

He ahí la novela en la cual no podia equivocarse. ¡Pero, qué miedo, qué temor al empezar esa obra cuyo curso estaba señalado, a la vista!

—Vida nueval... Yo me voi—les habia dicho, levantando la copa—yo me voi, pero, cuando vuelva, todos ustedes serán unas grandes cosas: políticos, publicistas, comerciantes afortunados, esposos modelos...

Qué de sucesos habrian ocurrido durante los tres años i meses que llevaba en el campo, sin tener la menor noticia de Santiago!

La obra empezaba dias despues.



Hai que haber sentido la satisfaccion de dar cima a una obra que se ha soñado, para comprender i medir el alcance de esa satisfaccion.

Las carillas van juntándose, engrosando, compilando lo que se ha sentido, lo que ha dejado alguna huella.

¡Es indudable, hai que haber vivido, hai que conocer la vida en millones de escenas, antes de escribir novelas!

¡Qué de ilusiones esperimentaba Pedro al tomar la pluma, a cuyos puntos, que deslizábanse veloces sobre el papel, acudía en desfile, personaje a personaje, la existencia pasada!

Ohl que fruicion, que alegría, poderosa e intensa, enorgulleciendo, esforzando al que crea, al que da realidad o algo que a su vez, trasmitiendo las sensaciones, hará pensar, entristecerse, sentirl

Los personajes de otro tiempo, Maria, Mag-

ng harros arana

dalena, Ladrin, Severo Fernández, Antonio Berjel, todo ese conjunto, resúmen i síntesis de esa parte dañosa que se estendia i se agrandaba, surjía animada con sus mismos jestos, sus mismos dichos i su manera peculiar.

Era la vida, la vida misma, la realidad brotando incontenible, bajo su pluma veloz, rápida, tan largo tiempo contenida.

Leia en alta voz los capítulos escritos; contaba las pájinas, correjía, daba toques, releía.

La novela seguia su curso lójico, la carrera natural, el destino que él veia inevitable i fatal en cada uno de los tipos que habia conocido.

¡Cómo podia equivocarse jamas!

Anjelito Smith, Severo Fernández, Ladrin, Cárlos Astacuando, Manuelito Soda, el doctor Narvaez, todos rodarian, caerian, confundidos aquí, o allá, a la miseria, al vicio, al desprestijio, quizá a la cárcel...

I si nó? Ah!

Ya veria al volver a la capital si se habia equivocado!

I qué contento i qué feliz se sentia al contar todo eso que brotaba de su pluma, aliviándolo de un peso enorme: la carga horrible que lo habia abrumado hasta entónces. ¡Qué iban a decir del capítulo en que contaba el matrimonio de Magdalenital

I qué diria ella, i qué diria doña Atractiva i qué diria ese mismo miserable Patricio Lucero, que ya empezaria a torturarla.

¿Acáso estando de novio no se exhibia con ella, en el palco del Municipal, poco menos que ébrio?

Un nuevo capítulo engrosaba todos los dias la novela que, por fin, acercábase al desenlace en un final dramático, tristísimo, que a él mismo hacia padecer.

Ah, era una verdadera novela, sentida, real, ampliamente vivida!

¡Qué de comentarios despertaria!

¡Entónces si que sus amigos no lo festejarian como al partir para no volver i entónces si que se veria que él resurjía con una obra útil, que señalaría muchos males, insinuando reformas que alguna vez habrian de venir.

¿I acáso no haria correr en secreto mas de una lágrima de mujer?

I los que le creian perdido, fracasado, no se sentirian furiosos?

—Nó, pensaba, irguiéndose, golpeando el orde de su mesa. Nó, quedan fuerzas para lu-

char sin tregua, para reobrar, para echar abajo muchas trincheras, para ascender i ascender siempre, cuesta arriba o como sea necesariol

Una escitacion intensa, prolongándose sin soluciones de continuidad, animábalo febrilmente a seguir sin desmayar, seguro ahora de que iba camino del triunfo, de la victoria, noblemente ganada, de la popularidad i de la fama.

Cuánta seria su felicidad al volver de nuevo a Santiago con sus manuscritos bajo el brazo, camino de alguna imprenta!

I despues tener, por fin, entre las manos el libro, sentir lo tanjible, releerlo, divisarlo en las vidrieras!

Eran todas las ilusiones i placeres enjendrados por la paternidad, rejuveneciendo aquella alma que renacia a la esperanza, a la vida, a la aurora, a la plenitud, a la lucha sentida de nuevo, estremeciéndose con sacudidas varoniles en la frase rebelde, en la idea que se precisaba al fin, clara i luminosa, como luz disipadora de tinieblas.

La obra terminaba por aquellos últimos dias de campo i la imájen de la capital, tomada ahora por otro camino, por el esfuerzo propio, surjia ante Pedro con atracciones irresistibles que lo sujestionaban, no haciéndolo pensar ya en otra cosa que en volver luego.

Ah! ya no seria el provinciano que, en su anhelo por conquistar la capital, transije con todas las infamias i los convencionalismos. Nó, ahora entraria redimido por el esfuerzo hecho i mostrando a otros el fruto envenenado de su esperiencia amarga.

La vida nueva estaba realizada, era un hecho; i desde aquella aurora espléndida, bañado en aquel sol fecundante de la primavera, Pedro divisaba las torres, el panorama inmenso de la ciudad, no como algo que podia tentarlo i asustarlo de nuevo, perdiéndolo en su laberinto inestricable, sino como algo en que ya no podria perderse como en otro tiempo, al llegar por primera vez, despues de descender del carro de segunda, camino de la Universidad i la eterna casa de pension, pintada de azul, de puerta mui ancha, invitando a todo el mundo a entrar.

¡Qué enorme, qué saludable diferencia! Volvia viejo, lleno de canas i de arrugas, es cierto, pero con el alma joven, fuerte i dispuesta a situar la lucha en un terreno mas alto i con mas horizonte.

Para eso, ahí cerca de su lecho, en el cajon de su velador, para eso, estaba ahí su novela ya concluida i en cuyas pájinas sentia palpitaciones, tibiezas i latidos de vidal

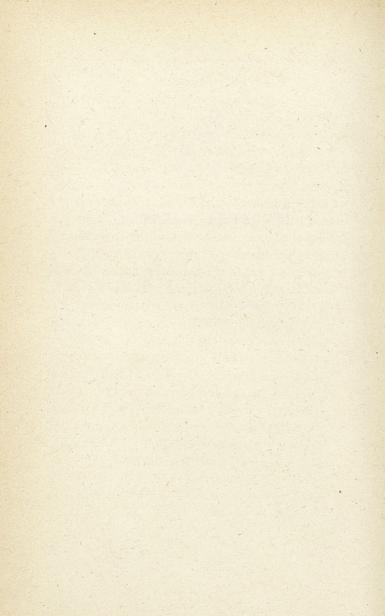
—¡Existencia, vida nueva!

Iuna ternura infinita, un reconocimiento consigo mismo lo invadia, arrobándolo ante la perspectiva, ante el camino real que debia tomar para salir de Lo Ocampo, del campanario que se divisaba lejos, en direccion de la capital.

Habia llegado, pues, el momento de volver a Santiago i, despues de dar algunas órdenes al administrador, todo quedó terminado i dispuesta la partida para los primeros dias de Octubre.

TERCERA PARTE

LA VUELTA



Se disponia a salir del hotel cuando el mozo le pasó los diarios, cuyas columnas, segun los casos, indignábanse o trataban solemnemente todos los temas.

Uno sobre todo, amenazaba furioso, hablando de anarquía, desgobierno i desmoralizacion, porque llegaba a la omnipotencia cierto personaje sumamente divertido i cuya historia podria escribirse sin nombrarlo....

—Oh témpora, oh mores! gritaban los diarios de oposicion.

Signos del tiempol—esclamaba tambien la oposicion,—¡Cómo decaen los hombres i el nivel moral!...

«La corrupcion política, la República en peligro; como éramos antes; como somos ahora» ...

1 El Areóstata exhibia todos sus tipos mas grandes, mas sonoros, mas solemnes para hablar de la decadencia.

¡En fin, quedaba opinion! Ahí estaba El Areóstata para probarlo!

Pero, repentinamente El Areóstata, órgano independiente, dejaba de sonar, escapábase el viento de sus tripas de lata i abandonábanse los pedales, se dejaba caer la tapa i el órgano quedaba en silencio....

Despues, las mismas letras grandes, en receso, de duelo durante algunos dias; esas mismas letras con que se anuncian los incendios intencionales i los asesinatos a cuchillo, las mismas letras con que dícese tanta mentira, anunciaban regocijadas, infladas de gozo, ahitas de la tinta que antes conocian apenas:

Nuevos rumbos

¡UN GRAN REPÚBLICO!

I qué buen humor envidiable, que sátira feroz i constante contra la política descubríase en todos los actos de aquel vividor!

¡Curiosas teorias las suyas!

Segun él, los hombres en jeneral, deben dividir la vida en dos partes esenciales: diurna i nocturna.... Pero la oposicion no convenia con este horario tan justo i razonable. I como consecuencia de esta intransijencia, venia la zumba, el chicoteo, la zurra interminable, diaria i constante.

Los vecinos protestan de que se baile i se toque el piano hasta tarde, si tambien no se les convida a ellos.

Eléspuro tenia la simpatia de querer estender a todos los beneficios de que disfrutaba él; llamaba en efecto a los vecinos i esas terribles letras gordas, a que solia tenerles cierto respeto desaparecian entónces como por encanto....

Pero como no tardaba en fastidiarse con sus nuevos huéspedes, los echaba con cualquier pretesto. ¡Los íntimos no querian forasteros!

Entónces las letras gordas, mas infladas i negras que nunca, aparecian de nuevo, denunciando a fondo los mismos asuntitos en que, por la premura del tiempo, no habian alcanzado a tomar parte ni La Alborada, ni El Areóstata.

¡Novedades, sorpresas, cosas nuevas! Mui nuevas, en efecto, por que Pedro no sabia nada de todo esto, al partir a Lo Ocampo.

—Se progresa — pensaba. — Vamos lijero, mui lijero, camino del abismo, agregaba, feliz por ser él quien señalaba en su libro el peligro inevitable, en formidable avance.

Del editorial furibundo, de las letras gordas, pasó a las secciones de novedades locales, de crónica social i de *gran mundo*.

Primero era necesario orientarse un poco, ver si funcionaba aun la compañía del inevitable Lalloni en los carteles i avisos del Teatro Municipal.

Por fortuna, por suerte, funcionaba todavia la compañia del Municipal, pero—¡i qué sorpresa esperimentó al principiol—no era ya Lalloni sino Manuelito Soda el empresario. ¡Su sueño, su ilusion inasible i nunca alcanzable! «Empresa Soda i Compañía»

Manuelito de empresario! Ya no saldria de los camarines, yendo de las sopranos *lijero* a las mezzo soprano o de las contralto a las soprano dramáticas

Empezaban las sorpresas! I tambien las contrariedades, porque Pedro hacia morir en su novela a Manuelito Soda.—Morir tristemente, solo, seco, con los ojos brillantes i saltados como rata envenenada; tiritando de frio, amarillo, con la barba i el pelo crecido; en un pueblo de campo, acompañado de una cuidadora, la ma-

mita que lo habia criado; envuelto en una colcha, sentado en un gran sillon, tras una ventana inundada de sol.

Primera equivocacion! Manuelito continuaba vivo i de empresario.

—Estoi lucido si en todo he apuntado tan bien como en esto!—pensaba Pedro, empezando a sospechar, a paladear la amargura, la decepcion horrible de haberse equivocado, de haber falseado la vida, que creia conocer.

Siguió leyendo.

Ohl hé ahí una asistencia a un último baile. «Señoras, señoritas, caballeros i jóvenes» decia la lista.

Pedro sintió, como en otro tiempo, esos escalofrios horribles, que anuncian algun presentimiento, algo oculto, algun nuevo pesar por venir.

¡Qué iria a ver, cuántas sorpresas encontraria en esa lista en que aparecerian nombres que no conocia, uniones que no sospechabal

Empezó a leer i leer nombres i mas nombres que al principio no recordaba bien, olvidado ya de aquel fárrago de apellidos revueltos, confundidos, barajados caprichosamente por un de aquí un de allá.

Señora Bellon, señora Fontana, señora Urbistondo, señora Arratia, señora Brea, señora Adoe de Madera, etc., etc.

Realmente, no conocia a toda aquella jente introducida de repente, venida de quien sabe dónde a enterrarle los dientes i las uñas a los apellidos desmoronados i sonantes, como campana rota, de la capital.

De pronto, Pedro se estremeció, se acercó el diario a los ojos, se puso de pié i sacudió el papel como si hubiera caido sobre él algo que impidiera leer bien.

«Señora Olmos de Ladrin.»

¿Pero podia ser cierto? Ah! i tan cierto!

«La interesante esposa del señor Ladrin, inspector jeneral de instituciones de beneficencia, vestido negro, paño de lyon, con aplicaciones de oro viejo, estilo arte nuevo.»

Ladrin casado, Ladrin, inspector jeneral de instituciones de beneficencia. ¡Arte nuevo!.....

Ohl de tal manera que el marcador de naipes, el elegante, tampoco habia caido?

¡Imposible! Seria necesario que la corrupcion de que hablaban las letras gordas fuese mui grande para dar entrada, accion social, gravitacion propia, a esa clase de tipos —I por qué nó! Por qué no puede tambien ser que sea tan grande i creciente el mal, la corrupcion en avancel ¡Quién sabel Si es así, me habré equivocado como un niño, como un inspector de colejio, como un pobre farmacéutico sin título.

I siguió leyendo, cada vez mas desalentado a medida que encontraba un nuevo nombre conocido que salia sonriendo ante sus ojos, para decirle que se habia equivocado i que todo aquel medio que él habia conocido, aquel medio infecto, malsano, corrompido, seguia viviendo mas alto, en plena altura, actuando en la política, en la administración, en la vida social, en el comercio, aquí i allá, estendiéndose, haciendo cada vez mas grande el círculo de los que comprendian la vida, no como algo útil para sí i para los demas, sino como un simple tráfico.

¡Sí, se habia equivocado!

Un desfallecimiento horrible invadiólo otra vez, dejando caer sus brazos, su frente, que buscaba algo en que apoyarse.

Se habia equivocado miserablemente, como no le habria acaecido a un niño.

El mal sin sancion, triunfante e infame, alen-

tando a otros i otros, seguia creciendo i arrollándolo todo.

¡Ladrin, inspector de instituciones de beneficencial

¿I esos apellidos desconocidos que venian a incrustarse, atraidos por el brillo de esa masa enferma que ya nada, ni talento, ni honradez, ni vigor podia dar?

Tomó el diario de nuevo, buscando el nombre de Magdalenita, Magdalenita Valleriesgo de Lucero.

Pero no aparecia.

En cambio, ahí estaban como siempre, Severo Fernández «el activo organizador de instituciones de ahorro,» segun el redactor del gran mundo; Antonio Berjel, Inocencio Lazo, los Carreras. Sí, ahí aparecian de nuevo; i de nuevo se veia hormiguear sus nombres como en algo corrompido i descompuesto.

Era el fracaso final, la última ilusion que se iba; las hojas, una a una, su novela toda, cayendo hecha pedazos al canasto de los papeles inservibles!

Habia perdido su tiempo de una manera lastimosa, se habia equivocado, no habia hecho nada real, sino una trama burda de invenciones a las cuales gritábales: ¡falso, mentira! esa misma realidad que habia venido a buscar ansiosamente a la capital.

Su cabeza se inclinó hácia adelante, caida, abrumada, como si una mano la inclinara oprimiéndola.

Todo estaba perdido. Volveria al campo a morir sin que nadie lo supiera.

Pensó en el licor; pero sintió asco.

Ah! nó-murmuró i las lágrimas desprendiéronse de sus ojos.

Es cierto—dijo—soi un desgraciado, un pobre hombre que en todo ha fracasado.

Sus párpados, empapados en llanto, cerráronse, cayeron como si no fuesen a abrirse mas.

Pero le faltaban muchas cosas que ver i saber i tomó de nuevo el diario i siguió leyendo esa misma seccion que acababa de destruir en un instante las ilusiones de tantos años.

No fué poca su sorpresa al ver un párrafo en que se daba cuenta de su regreso a Santiago: «Despues de una larga estadía en el campo, durante la cual ha llevado a cabo importantes negocios agrícolas, ha regresado a Santiago nuestro antiguo amigo don Pedro Fernández.»

Quedó sorprendido, espantado, de aquella

mentira grosera que ya circularia profusamente en esos instantes, sacándolo por la fuerza del incógnito en que hubiera querido pasar los dias de estadía en Santiago.

«Importantes negocios agrícolas»!

Ignoraba por completo la realizacion de tales negocios.

«Se hospeda en el Oddo», agregaba el párrafo.

Aquel dia almorzó en el hotel, en ese mismo comedor tan peculiar i silencioso, en que nadie se conoce, contrayéndose cada cual a comer i a mirar vagamente por la sala llena de mesitas i manteles blancos.

En la tarde, a la oracion, tomó un coche para dar un paseo por la ciudad, sofocada por el calor a esa hora; pasó por la Alameda desierta; por la plaza, repleta, como siempre, de jente que continuaba dando vueltas i mas vueltas, como en busca de algo que no podia encontrar...

Se acordó de Gage, de la copa de la tarde, del Casino, donde, desde hacia tantos años, se juntaban los carabineros, sentándose en una misma mesa con las mujeres alegres de aquel entónces.

Se asomó al salon, tan concurrido en otro tiempo. Ya no iban ellos. Iban otros.

Tomó por el portal i se encaminó al Restaurant Santiago, repleto a esa hora.

—Pero, esto está mas lleno que ántes, pensó al entrar, al crujir la mampara, como si lo hubiera reconocido.

Pero la jente se renueva, bebe, se rie, se emborracha i pasa, es decir, rueda, sigue aguas abajo o sale i flota. He ahí la vida que, sin embargo, es tan difícil i compleja.

Habia otros mesoneros i otro meson.

Pidió una bebida refrescante, un poco de jerez con hielo.

A su lado hablaban en alta voz de carreras, caballos i apuestas.

Pero ya no nombraban a *Plata*, ni a ninguno de los favoritos de su tiempo.

¡Qué habria sido de *Plata!* Vió un programa, pero el nombre de aquel animal célebre no aparecia.

A cada persona que entraba, dirijia la vista hácia la puerta, deseando encontrarse con alguno de sus antiguos conocidos.

Se asomó al patio en que resonaban lánguidamente, siempre fieles, ayudándose mútuamen en el desfallecimiento de sus cuerdas, bandurria i mandolin. Tocaban el eterno vals de *Bohemia*. Se acordó de la famosa comida de despedida, de la vida pasada, de María,

-Otro jerez con hielo,-dijo.

Alguien le tocaba el hombro en ese instante.

Era el baron que lo abrazaba con el mayor cariño, con la efusion de un padre.

Su pelo era mas blanco, casi blanco del todo. Las arrugas surjian de todas partes, haciendo desaparecer los últimos rasgos, las últimas acentuaciones de aquel leon desmelenado; de cuando en cuando, se escondia los puños que no querian permanecer ocultos.

Se notaba en él esa cortedad característica, mezcla de amabilidad i de temor, de las personas que han sido nuestros iguales i que ya no se atreven a tratarnos como en otro tiempo.

El cuello de su sobretodo aparecia gastado por la escobilla en un esfuerzo supremo i lamentable por aparecer aseado i pulcro.

Evidentemente, el pobre baron habia decaido un poco.

¡Qué gusto tenia de ver de nuevo a Pedro, de quien se habia acordado tanto! ¡Como que habian pasado unas cosas increibles durante esos años que habia estado en el campo!

-Baron, usted come hoi conmigo.

Se escusó.

- -Tendria que ir a arreglarme un poco...
- —Ahl nó, nó, vamos así: podemos comer poco ménos que de incógnitos, en algun comedor solo.

Se tomaron del brazo i Pedro sintió de nuevo uno de esos terribles estremecimientos nerviosos de otro tiempo.

El baron lo notó.

-Un escalofrio! -dijo Pedro.

Entraron a un comedor del segundo patio i, al dejar los sombreros, una mirada casual le hizo divisar en el del baron dos letras que no correspondian a su apellido: L. del V.

—Ah! las iniciales de Ladrin del Valle,—pensó Pedro.

Seguramente era así como ejercitaba Ladrin sus filantrópicas funciones de Inspector Jeneral de instituciones de beneficencial

Ambos personajes se miraron en el espejo. El baron se pasó la mano por la cabellera.

-Estoi mas viejo ino es cierto?

-Algo, baron. ¿I yo?

—Sí, tambien ha cambiado un poco.

I desapareció del espejo la figura borrosa de ambos personajes.

—No tengo noticias de Santiago desde el dia de mi partida, querido baron. Hábleme con franqueza, no me engañe, sea fiel a la amistad de su viejo amigo que nunca lo ha olvidado.

Presidia el baron i Pedro de pié a su lado, le golpeaba el hombro con cariño.

- —Ya sabrá usted porque tengo tanto interes en saber lo que ha pasado.
- —Han ocurrido muchas cosas! Desde luego, todos mis negocios se han ido al diablo, empezando por aquello de los comitées comunales encargados de rifar quincenalmente una suma dada con la cual se adquiriria, para el que la sacara, alguna propiedad raiz. ¡Pues, mi amigo, nadie quiso comprender que se trataba de protejer al pueblo, fomentando sus hábitos de ahorro. Se gastaron inútilmente quince mil pesos en comprar diputados i todo se fué al diablo, exactamente, al mismo diablo. Ahí tiene usted.
- —Lo comprendo todo, querido baron. No hablemos mas de eso. Hablemos de los otros asuntos i segun lo que usted me cuente, nos

iremos juntos al campo, pero con una condicion, solo con una condicion, baron: que no volveremos mas.

Ah! espléndida idea!

I la cara del baron irradiaba felicidad, fuego que llameaba en sus ojos, que hacia temblar su cabellera que los reflejos del gas hacian ver amarillenta.

- -Pregunte usted, con franqueza.
- —Ah, nó! hábleme de todos, quiero saber de todos los antiguos conocidos.

Como algo elemental al empezar todo relato, el baron se sirvió una copa e inmediatamente despues otra.

-- Recuerda usted a Ladrin?

Se detuvo, pensó un instante i una mirada furtiva escapóse a su sombrero.

—Ahora—continuó riéndose—es Inspector Jeneral de instituciones de beneficencia. Ha sido un cambio radical ¿no es cierto?...

¿Ha estado usted ya en el Municipal?—pre guntó de repente.

Tan inconexa con lo anterior era esta pregunta, que Pedro se sorprendió, creyendo que pesaba algun desequilibrio sobre el cerebro tan aporreado del pobre baron. -Nó, aun nó.

—Bien. El dia que usted vaya, i estamos en la época de los últimos *llenos*, mejor que en parte alguna, podrá observar la ausencia paulatina de las antiguas familias cuyas fortunas van mermándose cada vez mas. Son reemplazadas por otras, ansiosas de posicion, que vienen del campo, de fuera...

Me comprende bien? ¿Sabe a donde voi?

-Me parece, baron.

—Bien, bien—repetia sirviéndose nuevas copas de vino.—Bien. Entónces ahora podrá comprenderme mejor: fué sobre uno de esos lotes de campo sobre los que cayó Ladrin sin aportar otra cosa que sus costumbres que no han cambiado al cambiar de fortuna, sino que han variado simplemente de índole i modo de ser. ¿Me comprende?

-Ahl sil

—No desconfió nunca de que se le presentara una ocasion i, poco ántes de llegar las Olmos a Santiago, de las cuales se convirtió en obligado *cicerone*, proyectaba una jira al sur en busca de alguna provinciana con plata. Tenia que dar el golpe, el gran golpe, el mas grande de todos, el de tener fortuna—gritaba el

baron. Vino despues la cuestion política, ahí lo tiene usted ahora de íntimo i en vísperas de irse a Europa, despues de haber desempeñado brillantemente el puesto de Inspector Jeneral de establecimientos de beneficencia? Ehl qué tal! I para qué digo mas. Ahí tiene usted lo lo que vale ser listo! ¡Amigo mio! Es lo único que hoi vale, sobretodo para Eléspuro que es gran improvisador.

I se reia, conjestionado por el licor i la abundancia de la comida.

Pedro oia absorto, espantado, como si estuvieran acusándolo i riéndose de la manera abrumadora como la realidad se habia reido de su pretendido conocimiento de la vida. ¡Qué mejor crítica de su obra que la palabra, la relacion de aquel pobre hombre, al cual la desgracia habia hecho bebedor i en cuyo sombrero verdoso i pasado de moda, aparecían como un sarcasmo insultante las iniciales de Ladrin! Se habia equivocado! Tenia razon el doctor Narvaez! Debia haber abandonado el proyecto, que resultaba superior a sus fuerzas, de escribir algo palpitante, vívido. ¡Eléspuro, Ladrin, los Campitos! ¡Puntos diversos de un mismo abatimiento sondeado en

diversos puntos, como si en todo debiera aparecer de una manera inevitable!

El baron seguia hablando i riéndose al evocar cada nombre nuevo.

- -I de Melosa ¿se acuerda usted?
- -Ya lo creo!
- —Me olvidaba...! Pero en cambio, vive Severo Fernández que es otro sosten de la política elespureana.
- —De tal manera que todos, Astacuando, Antonio Berjel, Inocencio Lazo, todo el círculo se ha repartido ya en la política, el matrimonio, el comercio, la administracion?
- —Casi todos, ménos Manuelito Soda que permanece imperturbablemente fiel a las bailarinas. I ahí los tiene usted, en medios—es decir, en esferas ya mas grandes i en que, por lo mismo, podria ser mas sencilla su accion... Se dice que hai apuestas entre ellos a quien llega primero a la fortuna, pero a la gran fortuna. I llegarán, sí, llegarán... Harán fortuna, si ya no la han hecho i vendrán otros dispuestos a hacer lo mismo que ellos.
 - -I Cárlos Astacuando?
- —Viaja, disfruta de una gran posicion mediante el cariño que le cobró Eléspuro por su

talento artístico para arreglar mesas. Solo Anjelito Smith hizo crack en un asunto de tesorería de que ya nadie se acuerda. Pero los demas! Si viera usted a los demas! Qué suerte han tenido! Ajenor Hurtado ¿lo recuerda? Es un publicista distinguido; Pepe Flores es diplomático, nombramiento que fué mui combatido por E. Areóstata, que aun no apoyaba al Gobierno. En cambio, La Alborada, en la cual tenia buenos amigos, lo defendió calurosamente... I a propósito de calor ¿no siente usted algo?

-Sí, algo.

A lo léjos, la bandurria i el mandolin atacaban el coro del mal como en otro tiempo.

Credo in un Dio crudel che m'ha smile a sé, e che nell'ira io nomo.

—Bien; me he equivocado. Sí, baron, lo reconozco, i lo que es peor, me he equivocado cuando ya no hai fuerzas para comenzar de nuevo. ¿Es triste, no es verdad?

Pedro se paseaba, con las manos a la espalda i se detuvo delante del espejo.

—En efecto, acaso no habria tiempo para empezar de nuevo.

El baron lo miraba riéndose:

- —Usted es jóven, en cambio yo... ah! yo si que no podré empezar de nuevo.
- —Estamos en igualdad de condiciones, baron. Oiga i piénselo: vámonos para no volver. Acompáñeme al campo donde nadie sabrá de nosotros, ni nosotros de nadie. Piénselo, baron. Hoi, mañana, pasado, hai tiempo. Sea como fuere, por mi parte, me voi, pero para no volver.
- —Sí, lo acompaño—dijo el baron con ternura.

Pedro lo abrazó:

- —No me hable de *usted*, me molesta, me hiere. Me llamo Pedro, nada mas que Pedro i no quiero que conmigo se usen fórmulas. Yo mando! Perdóneme!
- —I yo, puedo mandar aun? preguntó el baron, hablando pausadamente; dejando un vacio, una tumba, entre palabra i palabra.
 - -Todo.
 - -Entónces, vámonos luego.
- —Bien, pero es preciso esperar algunos dias, tres, cuatro, talvez dos o uno.
- —Sabe usted quien es Maria? Sabe usted los lazos que me unieron a ella?

El baron inclinó afirmativamente la cabeza.

-No se hablaba de otra cosa cuando aquello comenzó.

Pedro sintió vergüenza i continuó sus paseos en silencio.

- —I sabe usted qué ha sido de ella? preguntó, por fin, lanzando un suspiro.
- —Es feliz i sobre su carita, todavia hermosa, parece que se refleja la tristeza de no haber si do siempre buena, es decir buena esposa.

Una nueva pregunta, otro nombre palpitaba entre los labios de Pedro.

Pero nombrar a Magdalena habria bastado para infundir alguna de esas sospechas vagas, que en nada se fundan i que, sin embargo, suelen no disiparse jamas.

Luego salieron en silencio.

En la calle ya, el baron dijo con timidez:

- -Cuando nos veremos?
- -Antes de arreglar la partida.

Se despidieron.

Entró a su pieza, sobresaltado, sintiendo el mismo hielo intenso de otros tiempos.

Una onda de amargura, algo horrible, rebalsaba en su corazon. Abrió su maleta i sacó un grueso de papeles que fué rompiendo poco a poco.

Cuando terminó aquella operacion, la respiracion acelerada, la tension de sus mandíbulas contraidas, una palidez mortal, indicaban la presencia de alguna crísis nerviosa horrible.

El mozo le pasó una tarjeta: Ladrin del Valle. — Una elegante tarjeta en pergamino.

Los dos antiguos amigos se abrazaban un momento despues.

-Eres el primero en venirme a ver!

—Seguramente, los otros andan acompañando a Eléspuro que ha partido en jira.

-Seguramentel

I como si todo estuviese dicho, hubo un momento de silencio.

—Vienes a quedarte? El diario hablaba del espléndido resultado de tus asuntos.

Pedro, que jugaba con uno de los papeles que habian quedado esparcidos, sintió el escozor de aquella sátira, dicha sin sospechar el efecto mortal que hacia.

—Regular — contestó sonriéndose. — Nada mas que regular i fíjate que he estado unos cuantos años fuera, una buena parte de los cuales he empleado en acordarme de ustedes.

—Nos has correspondido, porque, creéme, que hemos admirado la resolucion de no volver i desterrarte de veras. ¡Eres un grande hombre! Desterrarse! ¡I qué tiempos aquellos! Te acuerdas?

—Qué tiempos, repetia, echado atras, sobre el respaldo del sofá.—Qué tiempos!

I haciendo abstraccion de su amigo, hablaba consigo mismo, monologaba.

- —Tiempos que no volverán i que alguna vez habia que clausurar para entrar en el camino de la seriedad en toda forma.
 - -Me dicen que te has casado?
- —No lo sabias? Estoi casado, contento de haberlo hecho i con familia. Es indudable; hai que casarse, siempre que se tenga la suerte de encontrar una buena mujer, es decir una mujer que convenga. ¡Sabes las ideas que tenia sobre la materia! I tú ¿persistes en las tuyas sobre los matrimonios equilibrados? Solo a tí se te ocurre que un hombre se case con una mujer sin dinero. I el hombre solo ¿cuánto vale? Acaso no aporta, nombre, iniciativa i porvenir? ¿Desde luego, no renuncia a su libertad?

- —I tú ¿has renunciado a la tuya?
- -Hasta cierto punto i nadá mas, chico.
- —Ah! la libertad... ¡La libertad bajo fianza! —dijo Pedro.—Sin embargo, continuó—me alegro que te hayas casado porque sé que serás un buen marido, un buen hombre, te conozco.
- —Por lo ménos, hai que serlo para el mundo que es mui hipócrita, tanto, que entre otros cargos, se le ha hecho a Eléspuro el de haberle dado al círculo, a nuestro circulito, una participacion que no le corresponde como si alguien pudiera negarnos nuestro derecho i nuestra libertad de figurar! Para eso tenemos fuerzas propias, elementos electorales para constituir un pequeño grupito parlamentario. ¿Te acuerdas del círculo? ¡Era mui pequeño, apénas esto entónces! Ahora es mas grande i mañana será mas...

Hablaba con cierta importancia, que crecia por momentos ante el anonadamiento doloroso de Pedro, que veia en aquel tipo algo jenérico, algo representativo de una marea que crecia invadiéndolo todo.

Ladrin se paseaba deteniéndose a pisar los pedazos de papel esparcidos por el suelo. —No te han aseado la pieza? preguntó haciendo ascos, mirando aquellos papeles.

—Son papeles que he hecho tiras: la novela aquella de que les habia hablado hace tiempo...

Le costaba ocultar su emocion, impedir las lágrimas que llenaban sus ojos.

-Me acuerdo... ¿I por qué la has roto?

—Me habia equivocado; resultó algo falso, sin vida real, una invencion completa i... ahí la vez. Písala, es justo que tú la pises...

Has hecho bien en romperla i seguir los consejos del doctor Narvaez, de dedicarte al campo, donde puedes hacerte luego rico, si ya no lo eres, i meterte en política, figurar, ser diputado, talvez ministro, casarte bien. Es mui sencillo. Te casas con alguna mujer con plata, aunque no sea bonita ni de grandes campanillas; viajas un poco, enseguida te instalas bien: coche, recibes, invitas a comer, buscas algun candidato a senador que te lleve de candidato a diputado, contribuyendo tu a los gastos, entras a cualquier grupito pequeño, de esos que siempre están a punto de ser gobierno i, te lo garantizo, inesperto, eres ministro ántes de un par de años. Así hemos obrado nosotros i ahí nos tienes en el Congreso, lo que basta en una

republiquita como esta, en que nadie mas que el Fisco tiene plata i da posicion.....

Golpeaba el hombro de Pedro, mirábalo con cariño, paternalmente, meneando la cabeza.

- —No equivoques el caminol Soi franco i bueno; te lo señalo i ya sabes que: quien a buen árbol se arrima, buen gancho le cae encima. Lo demas es ser un bestia.
- —Así es—contestaba Pedro anonadado, confundido ante Ladrin altanero, paternal i triunfante.
- —Tres años en el campo sin venir a Santiago! Se te ocurre solo a tí que eres un loco o que, por lo ménos, algo tienes de tal. Tres añitos que nosotros no hemos perdido (no es cierto?... Sí, señor, que no hemos perdido. I me marcho, estoi citado para las tres.
 - -A alguna sala de gobierno? preguntó Pedro.
- —Nó... nó, a una sala de otra especie.— Vendré a las nueve por tí, para que vamos al teatro... Gioconda, Cielo e mare... la danza de las horas! Hasta ahora i no pienses en escusarte. Estaremos solos; mi mujer no vá.
- —Iremos, contestó Pedro, estrechando ambas manos a su amigo.

Era la última representacion de Gioconda, de que tan apasionado se ha mostrado siempre el público de Santiago.

El teatro estaba lleno ya i como en las mejores noches de las festividades patrias, cuando entraron Ladrin i su amigo.

- —Has hecho mal en traerme; no conoceré a nadie; me he olvidado de todos i de todo; te lo juro, no me atraveria a entrar a ningun palco.
- —Ah! no habrás visto en Lo Ocampo una Gioconda igual. Nunca se ha cantado mejor en el Municipal. Es admirable. No acepto mas romanticismo en la vida que el del teatro. I esto! Ese Alvise, envenenando a su mujer, me carga. En todo caso, la culpable es la mujer i no uno. Al fin i al cabo, Alvise tiene razon, pero es un bruto.

Pedro miraba de palco en palco, sorprendido de encontrar solo caras desconocidas o que de pronto no recordaba bien.

—Se me figura que ha envejecido mui luego toda esa jente que conocí en otro tiempo!

Lo dices por mí?...

- —Ah! nó, has rejuvenecido; se diria que el matrimonio hace bien.
 - -I tú por qué no te casas?

Mira qué constelacion de muchachas bonitas! No hai otra cosa. Cosecha bastante trigo, ten un buen año i estás al otro lado. Ves aquella? Esa negrita, la del segundo palco de la derecha, la vestida de tul blanco, la que está al lado de esa vieja con cara cuajada de jalea? Representa diez mil fanegas de trigo al año.

¡Era el mismo Ladrin de siempre!

- —No hai otra cosa que tontos i mujeres. Es lo que mas abunda en Santiago.
- —Deja en paz a las mujeres, eres inspector jeneral de instituciones de beneficencia—dijo Pedro. Escucha la romanza de la ciega.
 - -Con los oidos cerrados.
 - -Ves allá? palco de la derecha....

¡Um Papá Lebonnard! I mas allá, Rejina.

—La misma! El marido,... parece que ya se resigna. ¡Hai que resignarse a veces!... I hace bien! Era inevitable! La albuminuria, la dispepsia!...

Mira arriba, al palco cueva de la izquierda.

Distinguíase esa penumbra de alcoba de los palquitos famosos, de cuyas tinieblas surjen escotes insolentes, flores llameantes, joyas cuyos destellos parece que luchan entre la sombra, sin atreverse a refuljir en el aire luminoso i tibio de la gran sala.

—Mira bien, al fondo. ¿No ves una pechera que se dobla sobre la baranda, una mano que cuelga, una calva enorme sobre una carita de cera, de ingles afeitado? Mira bien! Es Manuelito Soda, el empresario!

—Realmente, no lo hubiera conocido. ¡Pobre Manuelito Soda! Dá lástima!

—Se le acaba la cuerda antes de la temporada próxima.... Sin remedio.

Ladrin, seguia silvando suavemente el duetto de Enzo i Barnaba.

Los palcos iban llenándose poco a poco i al terminar el primer acto, entre los aplausos que apagaban los compases de la frase final, el teatro ostentábase brillante, completas sus dos guirnaldas de mujeres convertidas en muestrarios de joyas que palpitan animadas, vivificadas por la luz, por el ambiente de tocador o de alcoba que llena la sala.

Es el final del primer acto; el momento en que la concurrencia empieza a reconocerse, a insinuar sonrisas i saludos, a cambiar de asiento, a charlar de palco a palco. Los jovencitos que llenan el pasillo central miran de palco en palco, como de vidriera en vidriera; i allá en los de arriba, sobre cuyo fondo oscuro resaltan dorsos de líneas atrevidas i senos llenos de flores—¡escombros asaltados por las rosas i la primavera! Manuelito Soda reclina la cabeza cansada en la mano mas cansada aun.

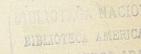
Es un entreacto que trascurre entre el murmullo de los hombres que obstruyen el pasillo, sin moverse, sonriendo, seguros de haber conquistado una buena posicion en que ejercitar el placer inocente e inofensivo de mirar.

Levántanse los jemelos, se mira, se saca la cuenta, ya tan sacada, de lo que hai en joyas, palcos, hermosura, bondad, mentira, deshonra, distincion, cortesía, encajes i fraques bien o mal cortados, antiguos o nuevos.

Es una cuenta que todos han hecho! Es el debe i el haber, implacablemente sacado por los labios que se sonrien vagando, reconociendo cada palco.

Aquello es la primera agua, el tout Santiago, como diria el redactor del Gran Mundo.

—Ola que pasa fugazmente, que dura tan poco, que va a perderse tan léjos!—pensaba Pedro recordando al pobre Melosa, al baron, que él habia visto aparecer con esa tranquilidad de gran



señor, en otro tiempo, cuando disputábanselo todos los palcos, cuando jamas por jamas faltaban algunos jemelos mirándolo, estudiando sus modos, su manera solemne de inclinarse ante las mujeres, su especialidad para dejar caer los anteojos como un monarca su cetro.

I Anjelito Smith?

Tampoco estaba ya, llenando de estrépito los bastidores; i lo que es Echagüe no hacia iluminar con llamas de *chartreuse* la *última parte* de sus cenas famosas.

Pero, en cambio, surjian otros ménos incautos, mas hábiles i mas flexibles para no dejar huellas.

Eran esos precisamente los que él habia creido encontrar derrotados i perdidos i a los cuales encontraba, en cambio, triunfantes i satisfechos.

Ladrin se quejaba de los empeños de que es imposible zafarse: madres, chiquillas, medio mundo que puja... Sobre todo, madres que andan metiendo por las narioes a sus chiquillas.

—Fijate, esclamó, volviéndose a un palco que habia permanecido solo. Doña Atractival

I sobre las cortinas, sobre el papel rojo del palco destacóse la figura de pescado en lata, importada, de aquella vieja de párpados enrojecidos, de pestañas escasísimas i cuyos brillantes enormes parecian inclinarla hácia adelante.

Tras ella apareció Magdalenita, vestida con sencillo traje oscuro i ostentando un hilo de perlas sobre la ancha cinta negra en la garganta, alta i delgada, que caia en línea suavísima, faldeando sus senos, su espalda admirable que blanqueaba como la nieve, bajo el tul de seda trasparente.

¡Qué palidez intensa, qué amargura, qué resignacion inocultable i que su sonrisa hacia mas dulce, mas orijinal!

¡Cómo resaltaba su palidez bajo dos ojos negros, cuyos párpados plegábanse agotados, cansadamente, mirando para abajo sin cerrarse del todo, como avergonzados!

¡Qué cambio en cuatro años! En ella que tendria apénas veinticuatro i que habia sido la perla, la joyita, el cristal de Murano de todos los salones!

- —Qué le pasa?—le preguntó Pedro a Ladrin.
- —¿Qué? ¡No es nadal ¡Que se separó hace dos años de Patricio Lucero, al cual le pasó algo mui divertido el dia de la boda: se le dobló el cuchillo al partir la torta de novios...
 - -Separada un año despues de casarsel ¿I él?

- —En la Esposicion Universal! Era sumamente divertida la furia que le vino al divorciarse, con ese picaro del doctor Narvaez, que le habia asegurado que no corria ningun riesgo!...
- --Dices que se le dobló el cuchillo al partir la torta de novios?
- —I tan doblado! decia Ladrin, apuntando por décima vez al palco de doña Atractiva.
- —Ahí la tienes a la pobrecita. Está inconocible, completamente cambiada, mui de la iglesia, resignada i, lo que es peor, ni mira a nadie, resistiendo heróicamente, dispuesta al martirio.
- —Vamos a saludarla. Te recibirá bien. Me ha hablado ya muchas veces de tu transformacion i doña Atractiva ha descubierto que eran parientes.
 - —Lejanos...
 - —Sí; lejanos.

Salieron.

Pedro se restregó la cara para aparecer ménos pálido, se frotó las manos, sacudió los brazos.

Pero todo fué inútil i el corazon se sacudia con fuerza contra el pecho, haeiendo temblar la pechera blanquecina de la camisa.

Era el drama en silencio de dos existencias

deshechas que iban a encontrarse, a sonreirse, sin poder decirse ni hacer un jesto de dolor.

I cómo se volvian a encontrarl

Él, en visperas de partir para no volver; ella, divorciada a los veinticuatro años i sin duda cortejada por Ladrin que se habia reido i que habia bebido tanto el dia de su matrimonio...

Se inclinó hácia adelante, estirando su manito helada, suave, perfumada i fria como una flor...

- —Usted, Pedro... Siéntese, aquí, porque hace tanto tiempo que no hablamos.
- —Hé aquí un desterrado del cielo i de la tierra—esclamó Ladrin.—¡Se vuelve al campo!
- -Es cierto? De nuevo, despues de haber estado tantos años fuera?
- —I qué podria quedarme haciendol ¡Qué! No hai nada que me retenga, ni nadie que me diga ¡Quédate! Me voi. I con una pena profunda, que nunca habria soñado...

Magdalenita levantó los ojos con un candor, con una suavidad, con una espresion intensa, amarga.

- —I no puedo saber cuál es esa pena?
- -Disculpe usted que le conteste a una pre-

gunta con otra pregunta. I usted ¿cree que debo esplicarle en qué consiste ese dolor?

-Te esplicas, te esplicas bien-decia Ladrin.

—Piénselo! I me retiro, pero le advierto que vendré por la respuesta al otro entreacto, despues que Enzo haya quemado su barco...

Al salir, Ladrin miró a la platea i vió con satisfaccion que se fijaban en él sin mirar a Pedro que, escusado por su misma falta de mundo, acababa de insinuársele a Magdalena con una franqueza inaudita i que acaso habria sido rechazada sino hubiera estado disculpado por su misma falta de mundo.

Algo nuevo, un algo desconocido, una de esas reacciones que llevan a la muerte o a la salvacion ajitábase confusamente dentro del pecho de Pedro.

Hai momentos en que se tiene la certidumbre, la certeza de lo que va a suceder

Pero temblaba de súbito. ¿I si se engañaba de nuevo?

Pasaron a la cantina del teatro i al atravesar el foyer Pedro dijo a Ladrin:

—Te miran mucho. ¿Le haces el amor a Magdalenita?

- —¿Yo?... ¿Estas loco?... ¿Te has enamorado de nuevo?
- —I no crees que es cobarde manifestarse públicamente enamorado de una mujer en la si. tuacion de Magdalena?

Alguien abrazaba a Pedro, tapándole los ojos, segun la costumbre santiaguina.

—Me conoces?... Bravo, por los espléndidos negocios!

Era Inocencio Lazo.

- -Gracias. I tú?
- —Mejor... He andado con Eléspuro i vengo llegando. Tenemos que conversar, pero el acto empieza. Hasta luego!

Al entrar miró al palco de Magdalenita..

Ambos tomaron sus anteojos i sus miradas fugaces se encontraron temerosamente.

Enzo se pasea abismándose en la noche, en lo infinito del mar i mirando las luces de Venecia. *Hécate*, la barca, se balancea mecida por las olas.

Una dulzura de ensueño, de tristeza infinita. dulzura de adios, de amor, de besos que no han llegado a darse, de sentimientos intraducibles, le llena el alma.

Reina un silencio profundo, los ojos están absortos i el corazon espera algo inefable i supremo.

Sus miradas volvieron a ponerse en contacto, comprendiéndose, temblando ante la proximidad de algo desconocido.

—Ahl Magdalena sabe seguramente que yo la he querido, se dijo.

Sus miradas chocaron de nuevo en el silencio intenso, en la armonía que empezaba a emerjer, tímida, vaga, saliendo al paso, al encuentro de aquella pasion que renacia:

Cielo e mare....

I luego el canto sublime, nacido de las olas, hacíase doloroso, evocando las lágrimas, en la noche, en la oscuridad, ante el misterio infinito del mar, de la luna que desaparecia entre las nubes del telon.

Los ojos de Pedro buscaban a Magdalena en medio de aquella melodía infinita, profunda i suplicante.

Cielo e mare....

El telon, caia por fin, i Pedro, separándose de Ladrin, entró de nuevo en el palco de Magdalena i el diálogo interrumpido por aquella música propicia, empezó de nuevo.

- —Ha pensado usted? ¿Cree aun que debo decirle la pena con que regresaré de nuevo al campo?
 - -Sí, cuénteme usted.
- —Es una historia mui corta. Me fui pocos dias despues de su matrimonio. Me fui... porque nada esperaba ya de Santiago. Ademas ¡figúrese usted! tenia un proyecto: escribir una novela en que reviviria ese mundo que dejaba atras i en el cual figuraba usted, éste, aquél, el de mas allá, todos, siguiendo el camino que yo creia adivinar. ¡Qué de esperanzas cifraba en ese libro! I bien, he vuelto i la realidad me ha demostrado mi equivocacion, mi fracaso, haciéndome ver que son felices los que yo hacia caer i desgraciados los que yo hacia felices... ¡Me he equivocado! He fracasado una vez mas.

—I a mí ¿me hacia usted feliz?—le preguntó Magdalena.

—Sí, feliz—contestó Pedro con amargura.— Ahora la novela está rota, hecha pedazos i me voi de nuevo, talvez para no volver. Ahí tiene usted la causa del nuevo desengaño con que voi a regresar. I usted ¿qué ha hecho?

-¿I me lo pregunta usted? Es una crueldad! Pero luego haré lo mismo que usted, es una resolucion igual a la suya i que habia tomado desde mucho ántes de verlo: romper, hacer tiras la novela que nos ha engañado i en cuya realidad creiamos,

Se quedó en silencio. Se miraron.

- —Otra palabra i no hablemos mas... va a empezar el tercer acto, la danza de las horas. Solo una pregunta: ¿cuándo se va usted?
- —Mui luego, cuestion de diez o doce dias mas.
- —Bien, entónces queda usted invitado a la ceremonia...
 - -A cuál?
- —No le he dicho a usted que yo tambien voi a romper mi novela con toda ceremonia?
 - -No entiendo.
 - -Ahí está el secreto que luego sabrá.

Se sonreia.

—Romper una novela! He ahí lo que es la vida, ¿no es cierto?

Ella comprendia que en ámbos habia un corazon roto, destrozado.

I pensar que Ladrin se habia deleitado en pisotear esa novela despedazada con tanto dolor!

—He ahí lo que es la vida.

Ladrin, ya de nuevo en el palco, los miraba.

Pedro se despidió.

—No se olvide usted de mí—le dijo Magdalena al salir.

En el foyer se encontró de nuevo con Inocencio Lazo, que salia de la cantina.

Se pasearon un instante.

- —I has visto a algunos amigos?
- -Nó; solo a Ladrin.
- -I te ha presentado a la señora?
- -Nó.
- -Ah! si es un animal, un horror, chico.
- —El acto va a empezar. Hasta luego, hasta mañana.

Ladrin lo aferró al entrar.

- -Qué te ha dicho Magdalenita?
- —Que casado i todo continuabas siendo el muchacho mas loco i mas simpático—contestó Pedro.

Ladrin miró hácia el palco para dar las gracias, pero Magdalena miraba al proscenio.

Empezó luego la danza de las horas, aquel fuego rápido entre el iris que flota, embriagando las cabecitas rubias de las bailarinas.

—Reconoces a alguna? míralas bien!—dijo Ladrin a Pedro, pasándole los anteojos.—Fíjate! Se han contratado de nuevo: son Linda, la *Joya*. ¿No recuerdas que comimos con ellas aquella tarde del triunfo de *Plata?* ¡Qué se va a imajinar el pobre Anjelito Smith que ellas continúan bailando, puñal en mano, la danza de las horas!

Despues del baile, Magdalena i su madre se marcharon.

Inocencio Lazo desde su sillon de orquesta miró a Ladrin.

- -Vamos-dijo éste a Pedro.
- —¡Qué querrá hacer comprender este infame, siguiéndola!—pensó.

Ante el descalabro de la obra de Pedro, como una dulce compensacion, surjia de nuevo avasallador e irresistible el amor por Magdalena, sobre la cual tambien se habia equivocado, haciendo de ella a la mujer que engaña vulgarmente a su marido.

¡I de qué diversa manera habian pasado las cosas!

Magdalena no engañaba a su marido, manteniéndose honradamente en la situacion horrible de la mujer jóven, sin familia, divorciada.

Era el único ser al cual nada quedaba que hacer en la vida.

I todavía, como si fuese poca la desdicha de la mujer que quedaba fuera de la sociedad, sin derecho a amar ni a odiar, poníase a prueba su virtud, tentándola, empujándola a caer.

Primero partió al campo, donde pasó muchos

meses, negándose volver a Santiago i buscando obstinadamente la soledad como única manera de evitar toda sospecha sobre su conducta.

Construyó un oratorio, rodeado de flores que cuidaba ella misma.

Oraba, pensaba en Dios, en su suerte, obstinándose cada vez mas en su propósito de no volver a Santiago.

—El dia que vuelva, quiere decir—repetian en la capital—que pone fin definitivo a su penitencia....

Ella misma comprendia que su regreso podia ser malévolamente interpretado i buscaba entretenciones que le hicieran mas agradable la vida del campo.

Confeccionaba los trajes de los niños pobres del lugar, para los cuales habia llegado a ser una Providencia, i a medio dia los reunia a todos para enseñarles a leer i a rezar.

Esperimentaba un cambio súbito, total, de esos que solo las mujeres, despues de alguna gran crísis, pueden sentir. Era otra, completamente diversa a la Magdalena de otros tiem pos.

Pero su resolucion de permanecer en el campo no podia durar muchos meses i al acercarse el invierno la soledad se le hizo insoportable, determinando crísis i desfallecimientos, que la hicieron creer que el corazon, cansado ya, se revelaba por fin.

Volvió, pues, a Santiago i desde ese dia, empezó el desfile de pretendientes que no habian conseguido otra cosa que hacerle comprender que todos los hombres querian aprovecharse de su desgracia.

—Todo ha concluido—pensaba.—Hai que conformarse.

Dueña del mundo i de hacer lo que quisiera, sin embargo, su situacion tenia que resultar anómala e irregular.

Concentrábase mas i mas en su vida interior, como si su poder mental adquiriera doble intensidad, fijo sobre el problema horrible de su vida!

¡El escrúpulo a los veinticinco años!

¡Qué infinita crueldad con la linda mujer inocente i condenada sin saber por qué!

Era inútil que pasara horas i mas horas arrodillada, anonadada, con los ojos cerrados i la cabeza inclinada sobre las manos, ante el altar sobre cuyas luces i flores surjia la imájen de la Vírjen de Lourdes, con su sencillo lazo azul sobre su traje blanco.

La tristeza, el pesar horrible, volvia a aparecer, junto con apagarse el eco de sus pasos, saliendo del templo cuyas campanas hablan de retiro eterno, de soledad.

Una vision única, ténue al principio, melancólicamente poética despues, una ilusion, empieza a aparecer.

Se recuerda, aparece de nuevo, mui distante, entre palomas i tocas blancas, a la sombra de la torre i al eco del órgano i las campanas, el claustro solitario en cuyo patio verdean las enredaderas que trepan a la fuente, ofreciendo todos los dias flores frescas i rocío de lirios.

Es el claustro de las buenas madres de los Sagrados Corazones!

La garganta se anuda de infinita ternura, los ojos se nublan i la cabeza inclínase lentamente sobre las manos puestas.

Salia del pequeño oratorio de su casa a esa hora en que nunca falta un rayo de sol que vaya a embriagarse con los nardos i azucenas del altar.

La sirvienta le pasó una tarjeta i la vision del

convento disipóse en un escalofrio que la hizo estremecerse:

- -Es Pedro... Hágalo entrar i avísele a mi madre.
 - -Salió temprano.
- —Ahl i entónces, cómo recibirlo! En fin, no importa, que entre, dijo, haciendo un mohin delicioso, una contraccion de lábios, como rehusando un beso, en que reaparecia fugazmente la coqueta de otro tiempo.
 - -Aqui, aqui.....

I Pedro fué introducido en un pequeño salon, uno de esos saloncitos a que no entra por completo la luz; queridos, amados i llenos de recuerdos para ciertas mujeres que han ido guardando en ellos flores, retratos, canastillos, porcelanas, chiches, compañeros del perío do de vida sonriente que no ha de volver.

- —Le recibo aquí, porque este es mi rincon predilecto.
 - -Ahl gracias!

I ella se sentó con esa majestad, que solo la mujer casada conoce.

Pedro titubeaba; la turbacion de no hallar por donde empezar cuando es mucho lo que hai que decir.

- Usted me ha invitado a una ceremonia... Vengo por la invitacion. No es esta la costumbre, pero me he olvidado un poco de la moda i sus convencionalismos. Sobre todo, figúrese usted la curiosidad por saber de que ceremonia se trata.
- —Ah! pero, cómo quiere usted que lo invite, sin que se haya fijado la fecha?...

Se sonreia, jugando con los lazos de tul negro de su traje.

- —Cómo quiere usted! I no sospecha siquiera de qué ceremonia se trata?
- —Imposible! ¡Usted que ha hecho una novela solo para tener despues el triste placer de romperla!
- —Es un reproche?... ¿I usted acaso no ha hecho lo mismo que yo? ¡La novela rota! ¡Eterna historia!

Se miraban, sin atreverse a ir mas allá, i ambos, sin embargo ¡cómo deseaban volver, volver la vista hácia atras, hojear juntos lo que iba quedando distanciado en la vida!

La eterna frase vulgar no tardó; no podía tardar en aparecer:

-La vida es un poco triste ¿no es verdad?

—I no lo sabia usted? O solo lo descubre ahora, al mirarme?... ¿I usted, Pedro, es feliz?

-I me lo pregunta usted?

Las frases se acercaban, temblaban mas, eran mas intensas, mas sinceras.

- —No comprende usted cuanto he sufrido? Ahl es demasiado buena para dejar de comprenderlo. Por lo menos, me imajino que todo puedo parecer, menos un hombre feliz ¿no es cierto? El sufrimiento no puede ocultarse jamas, sale, aparece en los jestos, en los ojos, en la lentitud de los labios, en el pliegue imborrable.
- —I ocultar la desgracia (no seria hacerla mayor aún?
- —Sí, pero por qué no es uno feliz, pudiendo serlo, pudiendo haberlo sido!
- —Dios mio! ¿Quiere usted no dejarme otro recuerdo de su visita que una serie de preguntas terribles? Sea bueno conmigo! En cambio, yo seré franca: sufro mucho.
- —I yo siento el dolor de usted mas grande, mas quemante, mas sin remedio que el mio mismo. Acaso no todos le hayan hablado de esta manera; porque a una mujer de su belleza i en su situacion no siempre se le habla para salvarla, como le hablo yo, sino para perderla.

—Pero ¿cómo podria usted salvarme. Cómol No me hable como todos los hombres, que solo quieren aprovecharse de una mujer en mi situacion. No ignoro que usted me ha querido i que hoi debe compadecerme. De otro modo no lo habria recibido. Sé que ha sido bueno conmigo. Cuando estaba en el campo, usted debe haber recibido una carta anónima que decía: «gracias», nada mas. «Gracias...» Era mia. ¿La recibió usted?

—Ahl dijo Pedro, recordando aquel pequeño sobre azul, escrito con letra de mujer i que él habia roto, creyendo que se trataba de una broma.

—Lo recuerdo. No la han engañado a usted. I en la vispera de partir de nuevo, permitame la satisfaccion dolorosa de hacerle esta declaracion tardía e inútil, ya que comprendo que no debo volverla a ver: es cierto, Magdalena, la he querido a usted.

—Creeria que me hacia usted la declaración que hacen todos los hombres a las mujeres que se hallan separadas de sus maridos, si no descubriera que hai en usted un corazon de cuya desgracia no tengo yo la culpa. Ignoraba que usted me hubiera querido. Fué ese Ladrin, a

quien no quisiera ver nunca, quien me lo dijo. Entónces recordé, ví mejor, comprendí, pero era ya tarde.

—Entonces tambien lo habria sido. Usted estaba habituada a un medio del cual no era fácil sacarla i cuyas ideas no eran las suyas. I sin embargo, talvez habriamos sido felices. ¿Recuerda usted el dia del baile?

Ella inclinó la cabeza i guardó silencio, acariciando los lazos de tul de su traje.

- —Recuerda? Entónces era usted otra. Una palabra i habríamos podido ser felices. Pero sus padres, que creyeron en la rejeneracion de Patricio Lucero...
- —Oh! no lo nombre usted, por favor dijo Magdalena, llevándose las manos a la cara.
- —Sí, ellos que creyeron en la rejeneracion del otro, no habrian creido en la mia. Usted i yo eramos otros. Usted ¡ah! qué hermosa era en su exhuberancia de juventud. ¡Qué linda chiquilla! I para quién la guardaban sus padres! Entónces era solo una niña que empezaba a convertirse en mujer. Yo, un loco que empezaba a convertirse en sensato. Habia en usted una mezela de altaneria i tristeza. Hoi solo queda lo último. Llevaba una orquídea negra en su pe-

cho. Era la reina de aquel baile. Recuerdo perfectamente. «Ahora se enamora con letras de la Caja Hipotecaria, le dije. Son indispensables.—
¿Para comprarnos?—me preguntó usted, riéndose.—Habla usted como un enamorado—me dijo luego.—Lo estoi; le contesté. — De mí? — me preguntó, abriendo mucho sus grandes ojos inundados de gozo.—No me pregunte lo que no puedo contestarle. Es una crueldad—le repliqué.»

Magdalena le escuchaba abstraida, sonriéndose, oyendo un eco del pasado.

- —Cómo poder acercarme a usted sin ser otrol—le dije entónces. No me contestó.
- —Iba vestida de gasa dorada, sin ninguna joya.

Sus ojos, tan dulcemente melancólicos, llenábanse de gozo ante aquella vision desvanecida de la chiquilla vestida de gasa, de espuma dorada.

—Me habló luego — continuó Pedro — del baile de los Albas i, poco despues, Patricio Lucero se acercó a usted. Las cosas caminaron rápidamente i ántes de tres o cuatro meses, cuando yo tenia ya dispuesto mi viaje, se casaba usted. Era casi la víspera de mi partida, como ahora.

Sufri horriblemente durante el curso de aquella ceremonia, al divisarla al pié del altar, vestida de novia, cubierta de azahares...

—Nó, por favor, no lo recuerde usted—dijo ella deshecha en llanto.

—Cuánto sufrí entónces! Creí desvanecerme i tuve que apoyarme en el brazo de Severo Fernandez. Ah! i la alocucion nupcial!... Cada palabra me oprimia el corazon. Faltaba lo peor. Saludarla a usted, felicitarla. Creí que iba a desfallecer. ¿Recuerda usted? Ignoro aun lo que pasó por mí. «Magdalena—le dije—que sea usted feliz.—Sentí que la sangre se me helaba i me retiré.—¡Que sea usted feliz!»—¡Qué distancia entre aquella frase i esta escena! No depende de nosotros el ser felices. Creo en la fatalidad.

—Sí, hai que creer—dijo ella, llorando siempre, presa de una verdadera crísis, provocada por esa vuelta cruel hácia el pasado que no volveria. La imájen del claustro, las tocas blancas, la soledad, las enredaderas trepando a la fuente rodeada de lirios, aparecia de nuevo ante ella con atracciones irresistibles.

La garganta se anuda, en sus ojos llenos de lágrimas parecen reflejarse las luces de los cirios i sus manos, tan pálidas, escavadas, simulan ya la plegaria en la celda, ante el crucifijo blanco, colgado en la pared pintada de cal. Temblaba, yerta, ajitada por un sacudimiento histérico.

—El convento... Es lo único que me queda, murmuró, inclinándose, alzando los ojos i las manos, como si fuese a caer de rodillas.

—Ahl nó, nunca!—le dijo Pedro abrazándola, sacudiendo nerviosamente entre sus brazos febriles i convulsos, aquella figurita mística, que no se resistia, que solo padecia mas, abatiendo la cabeza desfallecida, como el nardo del altar que se dobla sobre su tallo.

—Nó, nó, por Dios—dijo con voz aterrada, empapada en llanto.

No la habia vuelto a ver.

Su palco permanecia vacio durante los últimos dias de la temporada, que concluia, i perdia ya la esperanza de saber tan luego de ella, cuando una tarde el mozo le pasó una carta. El mismo sobre azulado, con una pequeña hoja de trébol en un estremol

Su corazon latió con fuerza, asaltado por un presentimiento misterioso.

«Pedro—decia la carta.—No le volveré a ver. Esta tarde mi madre me irá a dejar al convento, de donde no debo salir mas.—Adios.—Magdalena.»

Se puso de pié, sin saber lo que hacia, afirmó la cabeza en el muro.

Tuvo una idea repentina, fugaz, que llameó en su mente.

Miró su reloj.

Nó, aun no puede haber salido—murmuró. Tomó su sombrero, salió i se dirijió a la casa de Magdalena, a cuyas inmediaciones se detuvo.

En la puerta esperaba un coche americano.

Hacia mucho rato que aguardaba cuando salió un sirviente con un pequeño maletin que el cochero puso en la delantera del carruaje.

La sirvienta debia saber seguramente que la señora no volveria. Tenia los ojos enrojecidos por el llanto.

Un momento despues apareció Magdalena vestida de manto i seguida de su madre. Subieron.

Pedro tomó un carruaje que pasaba i siguió tras el coche, sin perderlo de vista, hasta que se detuvo en la puerta del convento.

Cómo detenerla, arrodillarse ante ella, pedirle por Dios, por lo mas santo, por lo que mas amase que no traspasara aquella puerta tan apacible i misteriosal

Sus pupilas se agrandaron i las lágrimas inundaron sus ojos.

—Oh! qué cosa mas horrible que esta despedidal—murmuraba, cruzando los brazos como ante una tumba.

Un sudor de nieve corria por su frente.

Pedro divisó fugazmente a Magdalena, vestida de negro, desapareciendo en la puerta blanca bañada en sol.

Su madre cubríase los ojos con un pañuelo. Pedro se descubrió inclinándose.

¡Era la misma que él habia visto vestida de noviâ! ¡La misma que él habia tenido entre sus brazos!

Adios! Adios para siempre, murmuró.

El carruaje se echó a andar.

Se cubrió la cara con las manos.

Le pareció que algo negro i frio caia sobre él. Pensó en la muerte.

Pasaba largas horas abstraido, paseándose o de bruces sobre el sofá.

De noche no dormia i la fiebre no lo abandonaba sino durante breves instantes.

Quiso volver al teatro, pero se halló sin fuerzas.

- —Seria conveniente llamar algun médico le dijeron en el hotel.
- —Ah, sí!—contestó. Quisiera ver al doctor Narvaez...

El famoso doctor, cada vez mas célebre, llegó al dia siguiente. Sus gafas eran mas grandes, su pelo mas blanco i largo, sus ojos mas sumidos, su mirada mas solemne.

- —Le creia bueno—dijo, reprendiéndolo por no haber observado su tratamiento.—¡Qué ha hecho! ¡Cuénteme todo lo que ha hecho!
- —Recuerda usted, doctor, aquella novela, el proyecto aquel que usted me dijo que habia que abandonar?

El médico meneaba la cabeza, golpeando gravemente el suelo con su baston.

- —Pues bien. La escribí, en el campo, donde he pasado cuatro años. Volví para ver qué suerte habian corrido durante mi ausencia los personajes que habia retratado i cuyo fin yo predecia en mi novela.
 - -I bien...
- —Resultó que me habia equivocado, que las cosas habian pasado de otra manera i que toda la canalla que yo aplastaba, haciéndola rodar, triunfaba espléndidamente.

El médico se encontraba satisfecho, feliz.

—Es un nuevo caso de neurastenia: la manía de la decadencia.— Sí, un nuevo caso de neurastenia—pensaba el doctor. Será mi tema —agregaba, golpeando mas fuerte con su baston—mi tema para el próximo certámen bienal universitario.

-Bien, i qué mas?-preguntó.

—¡Que he fracasado i que con esto ha fracasado mi vida... Pero algo peor, doctor. Ohl mucho peor, horrible i que la suerte me ha hecho palpar de cerca, me ha hecho ver caer a la tumba, es decir, a un convento, al mas querido de mis personajes: Magdalena, ¿la recuerda usted?

Lloraba.

El médico se acomodó los anteojos.

-Loco-murmuró.

—Sí, doctor, mis personajes, la vida, todo me ha engañado. Pero hai algo mas cruel: solo aquello pintado por otro, Balsac, Sthendal, Flaubert, me ha resultado exacto. Diga usted, es mi teoría la voz de la esperiencia: los jénios proyectan alrededor de sí ciertas circunferencias enormes, ciertas sombras jigantes de las cuales uno no puede salir? Renunciemos de una vez a hacer nada. ¡El jénio, las circunvalaciones de que no puede salirse, Balsac, Sthendal!—repetia Pedro.

-Loco, completamente loco-meditaba Nar-

vaez, pensando en el premio del próximo certámen bienal.

- —I qué siente ahora?—preguntó acarciándole la frente.
 - -Deseos de estar solo.
 - -Misantropía-murmuró el médico.

Pedro seguia divagando.

- —La vida es siempre la misma i pertenece a los primeros que la pintaron. Nosotros no podemos hacer nada, doctor!
- —I qué le agrada?—volvió a preguntar el médico.
 - -A veces, andar.
 - —La vagomanía—apuntó el galeno.
 - —I la cabeza?—volvió a preguntar.
- —Bien, pero, despues de todo esto, siento cierto temor de hablar, me parece que no sé lo que voi a decir.
- —Intermitencia de las ideas—pensó, poniéndose de pié.—Por el momento, tranquilidad, sueño i estas gotas.

Apuntó algo.

—Volveré mañana i esté resuelto a obedecerme i seguirme donde yo lo lleve—acentuó con firmeza, mirando fijamente al enfermo.

Pedro tembló. Era un niño i estaba en uno

de esos estados de sensibilidad esquisita, de alteración profunda, en que dejan a ciertos temperamentos las sensaciones demasiado fuertes.

Esa noche, Pedro no pudo conciliar el sueño, i la fiebre, mas intensa que las noches anteriores, solo disminuyó en la mañana, dejándolo en uno de esos estados de estenuacion en que desaparece casi por completo la voluntad propia.

El célebre doctor volvió al dia siguiente i al notar que la vaguedad que invadia al enfermo dejaba sin respuesta sus preguntas, murmuró, fuerte ya, como si nadie le oyese:

-Está loco.

El enfermo se sonrió con infinita dulzura.

- —Pedro—dijo el médico—contraiga la atencion i escúcheme bien lo que voi a decirle. Usted está mal i es nececario que lo lleve hoi mismo a una casa de sanidad en que podrá restablecer su juicio un poco alterado.
- —Ah, sí, comprendo—dijo.—¡El Manicomio, la Casa de Orates!
- —Hai pabellones nuevos en que usted estará solo, tranquilo, mas cuidado que aquí en todo caso.

Pedro inclinó la cabeza entre las manos. Estaba solo en la vida.

- —Hai que reposar; el cerebro está cansado, —continuaba el doctor, acariciándole la cabeza.—Usted sabe que yo quiero su bien.—Sí, ese cerebro está cansado.
- —Nó, doctor, usted se equivoca, está impotente, ciego, suelto como una pulpa cualquiera...
 - -Hai que reposar.
- —¿I para eso me llevan al manicomio, doctor? Estoi bueno i reconozco i sé que no he podido hacer nada, que lo que he hecho no es cierto, que Magdalena se ha ido a un convento... Doctor, estoi bueno—dijo abrazándose del médico.

-Vamos-dijo éste.

El enfermo se puso de pié i se enjugó los ojos.

—Vamos—repitió el médico mirándolo profunda i melancólicamente.—Vamos, hijo mio.

Salieron en silencio, sin hablar, i ámbos subieron al coupé que esperaba.

Pedro asomó la cabeza para mirar hácia fuera, hácia la calle, i un momento despues entra-

ba a la Casa de Orates, donde no tardó en desequilibrarse por completo.

Un año despues, el doctor Narvaez concluia su trabajo para el próximo certámen bienal: «Un nvevo caso de neurastenia: la decadencia de las naciones»...

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"DIEGO BARROS ARANA"

FIN

21 de Setiembre de 1900

Nota - Las fruebos de este libro ho fueron correfitos for efautor, que de encontraba puero del pais. Eple.

IMPRENTA ESMERALDA LIFOGRAFÍA Y ENCUADERNACION BANDERA 30 SANTIAGO DE CHILE 1902

DEL MISMO AUTOR:

COTAS DE ABSINTIO (prólogo de Ruben Dario
ULTIMA ESPERANZA
ULTIMOS DIAS DE LA ADMINISTRACION BALMACEDA
EN LA MANIGUA O CÁRLOS DUBLÉ
REMINISCENCIAS.—1879
LA CUESTION DEL NORTE (folletos)

EN PREPARACION:

Ensayo histórico sobre la guerra de 1879 y Barevolución de 1891.

Biblioteca Nacional

